

F. HERNANDEZ MIR

DEL DESASTRE AL FRACASO

UN MANDO FUNESTO

MADRID
EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6
1922

DEL DESASTRE AL FRACASO

F. HERNANDEZ MIR

DEL DESASTRE AL FRACASO

UN MANDO FUNESTO

MADRID
EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6
1922

Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30. — MADRID

AL LECTOR

El establecimiento del Protectorado de España en la zona septentrional de Marruecos es obra de transcendencia suma que afecta al porvenir de la nación de modo decisivo y que exige el concurso de todas las actividades propias. El hombre de gobierno actúa en el Gabinete ministerial o en el escaño de las Cámaras legislativas, proponiendo normas, dictando disposiciones reclamadas por el trámite, deliberando acerca de la eficacia de los medios que puedan ser adoptados para llegar al fin que se busca o fiscalizando la gestión de los directores y de los dirigidos. El general organiza y pone en acción la máquina de guerra, utilizando los elementos de que España, pródiga, le dotara. Y el ciudadano aporta su tributo de sangre y los medios económicos necesarios para sostener los gastos de la acción gue-

rrera y los exigidos por la labor protectora. En ese rivalizar de emulaciones patrióticas destácase un factor de inapreciable valía que cumple una misión social elevada, cual es la de encauzar a la opinión pública de tal modo, que en los momentos de adversidad inevitable se conforte con la esperanza del desquite y que en los días de sucesos gratos conozca con exactitud su alcance y rinda tributo de admiración a quienes en el ara nacional dieron su esfuerzo máximo. La Prensa periódica, severa al fiscalizar, hidalga al defender y siempre deseosa de inspirar su conducta en los dictados de la justicia, contribuye a los fines de la empresa nacional en que estamos aventurados, en términos tan eficaces, que sin su concurso—sépanlo los que ahora olvidan el servicio inmenso prestado—no habría sido posible la acción reactiva que siguió al derrumbamiento de la Comandancia general de Melilla. Desde aquellos instantes de doloroso recuerdo, una legión de luchadores sostiene el contacto de la gran masa nacional con los llamados a defender el prestigio español ante el mundo; se trabaja con abnegación a prueba de cortapisas puestas por la mediocridad dominante; y si la labor de los informadores puede en algún caso no estar exenta de yerro, bien debe éste ser perdonado ante la superioridad evidente de obra útil rendida.

Mas no sería ella beneficiosa al interés nacio-

nal en el grado a que debe aspirarse, si se limitara a la actualidad efímera de una fecha. Hay en la labor de los corresponsales algo que sólo responde al imperativo del momento, como es la relación detallada de cuanto día por día acontece; pero existe a la vez algo de más transcendencia que no debe quedar relegado al olvido en la sucesión cotidiana de los números de un periódico, y por ello, por la conveniencia de difundir más y más el fruto de las observaciones de los que en la realidad de la campaña y de la acción política hemos vivido, por deber patriótico de consignar definitivamente en las páginas de un libro aquello que al interés nacional afecta, por mandamiento de la imparcialidad, que obliga a sacar a luz los grandes errores evitables, se publica esta obra, inspirada en el propósito de demostrar que después del gran desastre se ha procedido y se sigue procediendo con tan notorio error, que nos estamos acercando, mucho más de lo que la prudencia aconseja que se evite, a los linderos del fracaso definitivo.

España se prestó al sacrificio para que el honor de su bandera resplandeciese limpio de toda sombra de mancilla. A lo que no debe ni puede prestarse es a que la soberbia y la ineptitud, en su maridaje sempiterno, pretendan eternizar una campaña estéril, aspiren a llevarnos a un nuevo Cuba y acaben con el último hombre y con la última peseta disponibles.

El cumplimiento del deber inspira estas páginas.

Si no caen en el vacío de la indiferencia ambientè, habrá satisfecho sus aspiraciones

EL AUTOR.

DE ANNUAL A BENI-ARÓS

España dormía, libre de preocupaciones, como si en Marruecos no existiese un vivero de desdichas que requiriera el esfuerzo, la atención y el sacrificio de gobernantes y gobernados.

Acababan de celebrarse las fiestas solemnes del Centenario del Cid. El histórico sepulcro fué abierto; la oratoria oficial se desbordó en cataratas de párrafos deslumbrantes y de himnos solemnes a las glorias de la raza; lucieron al sol en las calles de la ciudad los vistosos uniformes de nuestro ejército de la Península; cooperó la naciente aviación militar al brillo de los festejos, y, para que nada faltase, los buenos ciudadanos tuvieron ocasión de aplaudir las proezas de los más famosos lidiadores en corridas organizadas con todos los atractivos propios de la gran fiesta nacional.

Hubo en las piezas oratorias alusiones muy discretas a la actuación de España en Marruecos; se habló de nuestros derechos inalienables; se

evocaron los títulos de la nación cristiana a dominar a los infieles; se remontó la imaginación a los tiempos gloriosos de las guerras entre la Cruz y la Media luna, y se dió por semiterminada la campaña militar con el esperado e inminente éxito de las operaciones sobre Alhucemas.

Vivíamos en el más sano optimismo.

Muy pronto se sintió la sacudida de la realidad.

En Marruecos se luchaba para preparar la implantación del protectorado español, en cumplimiento de los convenios internacionales que nos asignaron la zona septentrional del Imperio para que la dotásemos de los refinamientos de la civilización moderna.

Un general en jefe y Alto Comisario tenía la confianza de los Poderes constituídos, a fin de que llevase a feliz realización esa empresa tan sencilla.

Se le dotó de cuantos elementos pudo desear, en proporción mayor sin duda que la de los acumulados en la zona francesa, donde Lyautey había ocupado extensos territorios y ponía ya por obra el régimen protector, y se le concedió de hecho amplia, amplísima autonomía para que pudiese desarrollar, sin limitaciones, los planes que en su cerebro bulleran en orden a la ocupación del suelo y de la captación de voluntades entre los hijos del país.

Tal vez se arguya que no deberá ser exacto lo

de la acumulación de elementos en la cuantía necesaria, cuando fué posible el desastre y tuvo tan inmediatas, rápidas y derrumbadoras consecuencias. A la objeción posible contestarán datos oficiales que son muy elocuentes.

La zona española de Marruecos tiene una extensión de 23.000 kilómetros cuadrados, mientras que la francesa es de 416.000. Puede compararse aquélla a la provincia de Cáceres, que mide 20.000.

Para intentar la penetración necesària a los fines protectores, teníamos en aquel territorio en julio de 1921 un ejército de 63.655 hombres, mandados por:

Dos generales de división.

Cuatro de brigada.

Treinta y un coroneles.

Noventa y un tenientes coroneles.

Doscientos nueve comandantes.

Setecientos cincuenta y tres capitanes.

Y mil seiscientos noventa y un subalternos.

El contingente indígena era de 12.765 hombres: 7.344 de Regulares, 4.930 de Policía, 146 de la jarca de Alcázar y 345 de la del caíd Melali.

Disponíase de 15.196 cabezas de ganado, a saber:

Caballos: 1.462 de oficial, 6.013 de tropa, 834 de tiro y 54 de carga.

Mulos: 5.536 de carga y 1.207 de tiro.

El presupuesto anual para sostener ese contingente era de 147.893.469,46 pesetas.

Veamos ahora la distribución de fuerzas, enumerando las que constituían al contingente de la zona oriental, o sea de Melilla, y deduciéndose por eliminación las restantes.

Infantería: Regimientos de San Fernando, Ceriñola, Melilla y Africa, que, a 3.000 hombres, suman 12.000. A ellos hay que agregar la brigada disciplinaria, con 300. Disponían esas fuerzas de 160 caballos y 720 mulos.

Caballería: Regimiento de Alcántara, con 2.006 soldados y 1.934 caballos.

Artillería: Comandancia y Parque, 1.200 hombres, con 62 acémilas. Parque móvil de municionamiento, 277 y 199. Regimiento mixto, 1.454 y 865. Total, 2.931 hombres y 1.126 cabezas de ganado.

Ingenieros: Plana mayor, 11 soldados con 10 acémilas. Zapadores, 1.044 y 186. Telégrafo de campaña, 230 y 82. Telégrafo de la red permanente, 170 y 6. Total, 1.455 y 290.

Intendencia: Plana mayor, 12 y 12. Primera compañía de plaza, 250 y 99. Segunda y tercera compañías montadas, 278 y 220. Cuarta compañía de automóvil, 82. Quinta, sexta y séptima compañías de montaña, 582 y 450. Total, 1.204 y 781.

Sanidad: 405 practicantes y conductores, con 114 acémilas.

Total de fuerzas peninsulares, 20.301 hombres, que disponían de 5.125 cabezas de ganado de silla y arrastre.

Esos contingentes estaban mandados por ocho coroneles, 19 tenientes coroneles, 31 comandantes, 180 capitanes y 425 subalternos.

Del Cuerpo de Estado Mayor había dos coroneles, dos tenientes coroneles, dos comandantes y cinco capitanes.

Fuerzas indígenas.

Las constituían los elementos siguientes:

Un grupo de Regulares formado por tres tabores de Infantería a tres compañías cada uno, y un tabor de Caballería con tres escuadrones.

Cuatro «mías» de retaguardia en Quebdana, Mazuza, Benisicar y Wad-Settut.

Cinco «mías» de apoyo en Beni-Bugafar, Beni-Sidel, Beni-bu-Ifrur, Saret y Beni-bu-Yahí.

Y cuatro «mías» de contacto.

Esas fuerzas estaban mandadas por:

Un teniente coronel.

Ocho comandantes.

Veintiséis capitanes.

Y cuarenta y seis subalternos.

Había, además, veinticinco oficiales moros, y nueve suboficiales de Infantería y cuatro de Caballería europeos.

Las clases y tropa peninsulares que servían en esos grupos eran:

Cincuenta y cinco sargentos.

Ciento un cabos.
Trescientos catorce soldados.
Seis cornetas.
Dos trompetas.
Tres educandos.
Tres armeros.
Un sillero.
Y veintiún herradores.
Las clases y tropas indígenas eran, en Infantería:
Setenta y ocho «mokadden» o sargentos.
Ciento cincuenta y nueve «maun» o cabos.
Ochenta y un cornetas.
Siete educandos.
Ciento cincuenta y nueve policías de primera.
Y dos mil noventa y ocho de segunda.
Caballería:
Cuarenta y dos «mokadden».
Noventa y cinco «maun».
Cuarenta y cinco trompetas.
Dos educandos.
Ochenta y nueve policías de primera.
Y novecientos veintinueve de segunda.

Total del contingente europeo, 506 clases y soldados.

Total del indígena, 3.784.

Disponían estas fuerzas de 150 caballos de oficial, 1.279 de tropa, 12 de tiro, 9 mulos de tiro y 142 de carga.

En resumen, el ejército de la zona oriental lo constituían:

Diez coroneles.

Veintidós tenientes coroneles.

Cuarenta y un comandantes.

Doscientos once capitanes.

Cuatrocientos setenta y un subalternos.

Veinte mil ochocientos veinte suboficiales, clases y soldados.

Y el contingente indígena era de veinticinco oficiales y tres mil setecientos ochenta y cuatro clases e individuos de tropa.

Había fuerzas más que sobradas para ejercer la acción militar indispensable a los fines de demostrar al moro que España podía aspirar a protegerle. Un ejército de más de 63.000 hombres, si hubiese estado bien dirigido, era, no ya suficiente, sino excesivo en número, para dejar a la altura debida el prestigio de nuestras armas.

Se hablará quizás de que, si las filas eran nutridas, no lo estaban igualmente los parques; y si por acaso el argumento se formulara, habrá que decir muy alto que en su enunciación estaría la mayor censura, el cargo más formidable que a la suprema dirección de aquel ejército pudiera dirigirse. España gastaba millones sin tasa, en la medida que de Marruecos le eran demandados; proveyó siempre, generosa hasta la exageración, a las peticiones de créditos extraordinarios para atenciones nunca previstas y siempre imperiosas. Gastó sumas enormes en adquirir material de guerra que ahora suele decirse que no es todo lo

útil que fuera de desear, y que a la sazón fué admitido sin protesta por quien tenía el deber de advertir a los gobernantes suministradores las posibles deficiencias.

¿Es quizás que los parques de armamento estaban desprovistos de material?

¿Es que éste resultaba inútil o siquiera deficiente?

Pues si así fuera, si alguno de ambos casos hubiérase dado, estaríamos ante el de una responsabilidad gravísima, imperdonable, que exigiría sanción ejemplar, porque se habría hecho burla de lo más sagrado y se habría puesto en entredicho, por abandono de funciones, el prestigio de la nación ante el mundo entero.

Teníamos en Africa, sin duda alguna, elementos bastantes para emprender la obra de penetración; pero faltaba lo más necesario a ese fin, o sea el jefe apto que la pusiese en práctica con seguridad de éxito.

El general Berenguer asumía las funciones de general en jefe y Alto Comisario. Joven, deseoso de consolidar su brillante carrera, conocedor de Marruecos, enamorado del indígena hasta el punto de colocarlo siempre en plano superior al europeo, tal vez tuviese algún plan a desenvolver en la zona de Protectorado; pero es lo cierto que por causas no del todo definidas, aunque sí muy calculables, su labor fué desde el primer día velada por las nubes de la rivalidad, y ese plan

no llegó en caso alguno a ser conocido. Diríase que las circunstancias le obligaban a vivir al día, a proceder con arreglo a determinaciones extrañas, a someterse siempre en lo militar a la iniciativa del enemigo, y en la gestión política a las incertidumbres del cable, a lo que el barómetro de Madrid anunciara como posible...

Tenía un rival prestigioso, ahito de popularidad, en disfrute pleno de un renombre que le abría las puertas grandes del Alcázar y que le hubo de convertir en el símbolo del guerrillero con que, de Prim a la fecha, soñaron, sueñan y soñarán las cuatro quintas partes de los españoles.

¡Fernández Silvestre!

No es la ocasión de este estudio adecuada para juzgar la obra del caudillo desdichado de Annual, que si erró y causó a España con su yerro males de mucha cuantía, tuvo, empero, el gesto de los héroes y procedió sin duda a impulsos de una idea noble, levantada, audaz.

Silvestre era más antiguo que Berenguer en la escala de los generales de división. Disfrutaba la confianza plena y con ella también la simpatía de las alturas; había dado su protección valiosa al compañero hasta el punto de colocarse voluntariamente bajo su mando; y de ahí nació una situación extraña, anómala, que dió origen a que la Comandancia general de Melilla fuese, al ocuparla él, algo muy semejante a una jurisdicción

exenta. Silvestre planeaba sus incursiones, las comunicaba a Madrid, y quizás también las noticiase a Tetuán; procedía de acuerdo con otras inspiraciones y laboraba, en suma, por su exclusiva cuenta y riesgo, como el desastre hubo de probar poco tiempo después.

¿Puede ello exculpar a quien legalmente ocupaba el puesto superior directivo?

En modo alguno. Berenguer, general en jefe y Alto Comisario, tenía el deber ineludible de ejercer la inspección directa sobre la labor de todos los que a sus órdenes se hallaban. Él era quien debía planear las operaciones militares; quien estaba obligado a seguirlas paso a paso para rectificación de posibles errores y para amoldarlas a lo que la acción enemiga impusiese; quien había de prever los riesgos de avances sin consolidación posible; quien jamás debió permitir que la aventura rayase en temeridad extrema, y quien al mismo tiempo, realizando obra de gobernante, hubiera debido vigilar para impedir demasías policíacas en las cabilas y para imponerles sanción enérgica siempre que se hubiesen comprobado.

Nada de eso hizo; se limitó a ser testigo indiferente de las audacias de su compañero; no le llamó jamás al orden, ni se preocupó de hacer comprender en Madrid los peligros del sistema de aislamiento en que para con él vivía Silvestre. Y en punto a la actuación de la Policía indígena

también dejó hacer, y se abstuvo de corregir, como si una voz interna le dijese que algún día las cabilas pudiesen suplir su increíble abstención.

Pecó de dúctil en grado superlativo, y si así no fué, si por acaso él era quien dirigía, quien realizaba los actos todos que a su cargo eran inherentes, entonces resultará que incurrió en pecado de ineptitud manifiesta y sería el único responsable del derrumbamiento.

Y surgió Annual, con todas sus consecuencias, con la sacudida formidable del pueblo español, con la apelación suprema al sacrificio de todos para subsanar la torpeza, la ineptitud, la locura, el incumplimiento de deberes de unos cuantos.

España despertó, y en un movimiento de sano patriotismo, de irreflexiva propensión a la venganza, aprestóse a realizar nuevos y mayores sacrificios para vindicar el prestigio de la nación y para imponer castigo ejemplar a los feroces cabileños. Jamás Gobierno alguno ha contado, como contó el del Sr. Maura, con mayor suma de abnegaciones en la colaboración a la obra que de los gobernantes se demandaba. Las tropas salieron de los cuarteles, en ocasiones aclamadas por el pueblo, y sin que en caso alguno se repitieran las andanzas de 1909. La generosidad nacional se desbordó en la empresa de enviar donativos al ejército, supliendo en mucha parte las deficiencias de orden oficial; y a tal extremo se llegó en

ese punto, que si hoy se cuenta en Africa con un número de aviones aproximado a lo que el servicio exigiría para ser suficiente, debido es al desprendimiento de las provincias, de las colectividades y del pueblo mismo, que soltaron los cordones de la bolsa para adquirir aparatos con destino a nuestra aviación militar.

Más de cien mil hombres de todas las clases sociales salieron de sus casas y abandonaron las Universidades, las oficinas, los talleres, yendo a Marruecos a sufrir las privaciones propias de la guerra y las acumuladas por el abandono de los elementos directores. Eran los días tristes de julio de 1921; llegaban de Melilla nuevas del gran desastre; se conmovió la nación al influjo de la afrenta sufrida y fué unánime el sentimiento despertado en demanda de vindicaciones. No hubo quien se detuviese entonces a discutir si el régimen directivo que en tal situación nos puso era merecedor de apoyo y de confianza para organizar el desquite; no se habló de responsabilidades, de ligerezas, de abandonos, de rivalidades que redundaban en perjuicio del interés colectivo; no hubo más que una voluntad expresada, la de volver por el honor de la nación española, mancillado en los campos de Annual.

Por eso el pueblo, que en 1909 votó contra la aventura imperialista, supo sofocar sus sentimientos en 1921, y fué a Marruecos, sin protesta, ávido de acabar de una vez con la pesadilla africa-

na, y convencido de que la salud de la nación reclamaba ese inmenso sacrificio. Salieron las tropas de sus cuarteles, dando con su noble actitud, soldados y pueblo, una lección de ciudadanía a los mediocres que, atenazados por la voz de la conciencia, veían gigantes en los molinos de viento y fieras mesnadas en los pacíficos rebaños. Llegaron a los puertos y embarcaron donde se les dijo, hasta hacinarse en las bodegas de algún buque carbonero no baldeado; soportaron los rigores de la travesía, acrecidos por el exceso de la imprevisión, y arribaron como Dios quiso a Ceuta, a Melilla y a Larache para sufrir el calvario de los acuartelamientos nominales, de los campamentos improvisados, del vivir sin higiene, del combatir sin preparación adecuada y de las hospitalizaciones deficientes, todo lo cual era reflejo de la obra desdichada que desde la dirección se había hecho y se ha proseguido.

Por lo mismo que España respondía de modo tan gallardo al llamamiento de la conciencia ciudadana, más obligado estaba el Mando a excederse en el cumplimiento de sus deberes previsores, supliendo en lo que de él dependía, que era mucho, las faltas del Gobierno y del arrogante titular del Ministerio de la Guerra. De cómo cumplió en ese respecto el general Berenguer, ocasión tendrá quien lea de saciar su legítima curiosidad.

En Marruecos habían quedado, después del

desastre, unos treinta mil soldados disponibles en la zona occidental. Con los contingentes que España envió sin regateo, llegó a sumar aquel Mando más de ciento sesenta mil hombres que, si bien es cierto que llegaban sin preparación adecuada para la empresa que había de realizarse, no es menos exacto que allí tampoco se le ha proporcionado a muchos de ellos después del tiempo transcurrido, porque falta en la altura la previsión, la aptitud directiva imprescindibles para poder transformar a las masas de ciudadanos en núcleos de combatientes plenos de eficiencia.

Dispuso, pues, el general en jefe de un ejército numeroso, en el que la primera materia, el factor hombre, es insuperable. Pudo moldearlo en armonía con las necesidades de la obra a realizar y prefirió, no se alcanza a saber por qué, dejar al tiempo esa labor, dedicándose él con toda parsimonia a preparar las operaciones de Melilla, que no le acreditan por cierto de sobrado en dotes de tacto y previsión, porque abundan aquéllas en contrariedades, debidas sola y exclusivamente a deficiencias de la alta organización. Con otro Mando, y con algunos de los jefes de columna que en la zona oriental se han distinguido, en mucho menos tiempo del que se tardó en rebasar el Gurugú, se hubiese podido llegar a Alhucemas, evitando a tiempo la vergüenza del sitio de los Peñones.

A impulsos de la acometividad del enemigo

hubo que operar en el sector de Gomara, batiendo a la jarca del Jatabí que puso sitio a Magán, y que pretendía, con un golpe de efecto, sublevar a las cabilas sometidas; hiciéronse después las operaciones de diciembre en Beni-Arós, suspendidas en mal hora, cuando el éxito de Ayyalia facilitaba el avance sobre la región en que Raisuni guarecíase. Se emprendieron más tarde las del Ajmás, tan fecundas en retiradas sangrientas y tan estériles en relación con los propósitos pacificadores; y se ha llegado en fecha reciente al nuevo intento sobre Tasarut, que requiere por sí solo un estudio especial, y que da materiales para escribir un libro sobre la ineptitud suprema de un jefe.

Tal es, a grandes rasgos indicada, la obra de Berenguer, posterior al desastre de Annual. Si antes de éste pecó de dúctil (en espera quizá de que la abrumadora realidad le desembarazase de un amigo molesto, y sin calcular, por de contado, que los hechos llegasen a adquirir las proporciones alcanzadas), después ha pecado de inepto, porque no ha sabido utilizar los materiales que España le envió sin tasa, para que pusiese fin, de una vez y para siempre, a la pesadilla de Marruecos.

En la zona oriental, lentitudes, sacrificios innecesarios, avances paulatinos y detención definitiva, sin alcanzarse los límites de Beni-Urriaguel, donde se nos infirió la gran ofensa.

En la occidental, escritura al dictado, con páginas tan sangrientas como la de Akba-el-Kola, con indecisiones como la del día de Miskrel-la, con paréntesis como los de Beni-Arós después del 19 de diciembre último, con empresas militares como la del 28 de abril próximo pasado, con agresiones diarias en lugares que se califican de pacificados, con secuestros como el del Selaui, a las puertas de Tetuán, y con robos y asesinatos en pleno día a la vista de nuestros centinelas de esa plaza.

Si este es el camino que puede llevarnos a la pacificación de Marruecos, preliminar del establecimiento del Protectorado, habrá que convenir en que el general Berenguer, responsable ante la nación del gran desastre de Annual, no ha fracasado en la obra subsiguiente al mismo.

LA SANGRIA SUELTA

Cuando un pueblo se somete al régimen de sacrificio y apronta, generoso, todo lo que de él se demanda, para contribuir a la obra de vindicar el prestigio colectivo que unos cuantos comprometieron, lo menos que puede pedir es que se haga buen uso de los elementos que prodiga, a fin de obtener, a la menor costa posible, los resultados que se anhelan.

España se ha comprometido en una magna obra que muy bien pudo ser llevada a feliz término si en las esferas directivas hubiese reinado la sensatez. El régimen que de mucho tiempo a la fecha se ha implantado en Marruecos para intentar cumplir la misión protectora que nos incumbe, se caracteriza por el desconocimiento más absoluto de todo aquello que importaba más y más haber tenido en cuenta. Se ha querido dominar al moro por la fuerza de las armas, olvidando que se carece de los dos elementos esenciales para abordar empresas de tal índole, a sa-

ber: espíritu militar para guerras de conquista y recursos económicos que cubran las necesidades de la campaña. No debemos hacernos ilusiones, ni engañarnos por una concepción falsa del patriotismo; si contra nosotros, contra el solar hispano algún pueblo intentase atentar, todos los españoles seríamos soldados que, a imitación de lo hecho por las viejas generaciones, defenderíamos palmo a palmo, milímetro a milímetro, lo que aquéllas nos legaron; pero a las alturas económicas en que vivimos, cuando en la Península está todo por hacer, cuando los recursos nacionales no bastan para cubrir el presupuesto de reconstrucción y de creación de riqueza necesarios, cuando las fuentes productivas no pueden desarrollarse, agobiadas por el Fisco que amenaza con mayores imposiciones, pensar en sostener una guerra de invasión en Africa, no haber tratado de evitar ese riesgo, no haber hecho esfuerzos titánicos por lograr un régimen de avenencia con los naturales, ha sido una soberana locura que nos ha puesto mucho más allá de las puertas de la ruina.

Es muy reducido el número de los que en España sueñan con el retorno a los tiempos de las colonias; pero a pesar de esa limitación, está resultando de hecho que los menos constituyen mayoría, porque triunfan en su propósito y nos arrastran por el camino del derroche, poniéndonos nuevamente en la sima donde se pierden ríos

de sangre española y miles de millones de pesetas. Esa propensión al imperialismo fué causa de que, en vez de haber enviado a Marruecos hábiles negociadores, enviásemos inhábiles hombres de guerra que se lanzaron a la aventura y que sólo consiguieron echar por tierra, en un par de empresas desdichadas, el viejo prestigio que a tanta costa y sin otro resultado eficaz conquistó el ejército de O'Donnell.

España había adquirido a precio de sangre un ascendiente inmenso sobre las cabilas de Marruecos. Desde que se coronó con la victoria la dura guerra de 1860, el moro vivía convencido de que Alá castigaba sus culpas, permitiendo que un pueblo cristiano le aventajase en poderío, y resignado, fatalista siempre, inocentísimo en su ciego fanatismo, decíase: «¡El lo quiere! ¡Su voluntad soberana sea cumplida!»

Y vió en nosotros seres superiores, se humilló a nuestro paso y, así, cuando las tropas de Alfau marcharon sobre Tetuán, no tuvieron en su camino asomo de resistencia.

El Consulado español era alcázar donde nuestra bandera ondeaba majestuosa, presidiendo el desfile incesante de sumisos. El notable sentíase satisfecho si el Cónsul se dignaba acogerle con benevolencia; el humilde imploraba apoyo, seguro de que ahí residía el mayor poderío; casos hubo en que persecuciones enconadas, órdenes de prisión equivalentes al martirio del acusado,

estrelláronse ante los muros de la casa española donde ejercíase el derecho de asilo con elevado criterio de equidad, reconocido por los servidores del Maghzen y pagado con el general agradecimiento de las gentes musulmanas. Los sultanes tenían, ciertamente, un poder absoluto; pero era mucho más efectivo y, sobre todo, más paternal y más acorde con el amor a la justicia, el ejercido por la representación consular del pueblo superior.

¿Por qué perdimos el ascendiente moral sobre los naturales?

La respuesta, documentada y razonada, exigiría por sí sola un volumen. Sintéticamente hay que decir que empezamos a perder prestigio ante las moros desde el instante mismo en que comenzó nuestra intervención directa y armada en la zona de Tetuán. La triste fecha de Laucien hizo pensar a los naturales que no eran fantasías los relatos que del Rif les llegaran en algunas ocasiones; y el tejer y destejer de una política torpe nos puso en trance de inferioridad ante la sutileza maravillosa que en diplomacia saben desarrollar los nietos de Mahoma.

Donde debimos presentarnos como amigos, como aliados leales, deseosos de cumplir una misión civilizadora, fuimos (o quisimos ser, mejor dicho) señores, ávidos de dominar, que pretendían dictar la ley al protegido, en vez de limitarse a indicarle normas de vida que le hiciesen

adoptar los hábitos propios de los pueblos civilizados en armonía con sus costumbres y de acuerdo con sus creencias.

Mejor que lo que acerca de este importante extremo pudiera yo escribir, dará idea de nuestros errores en la política de penetración marroquí la información siguiente, que un hijo del país, hoy al servicio del Protectorado, redactó a mi instancia para publicarla, como hubo de publicarse en *La Libertad:*

—Es necesario que me digas lo que por tu campo se opina respecto a la acción de España en Marruecos, a lo que se espera de nuestro protectorado, a la actitud predominante en cuanto al ejercicio de la misión civilizadora que nos ha sido impuesta y que en vuestro exclusivo beneficio realizamos. ¡Eres amigo de España, y no puedes negarte a decir la verdad!

—Lo haré; te escribiré unas hojas para que las publiques, si te atreves; y serás el primero en decir cosas que debéis conocer en España.

Así contestó el Garnati al reiterado requerimiento que hube de hacerle cierto día que nos hallábamos en el Casino Israelita, de Tetuán; y, en efecto, pocas fechas después me entregaba las consabidas hojas por él escritas en un aljamiado que me traducen y que casi literalmente reproduzco.

Conviene antes hacer la presentación del amigo moro. Abdesellam Ben Mustafá El Garnati

(que así firma para ocultar su verdadero nombre) es un gomarí que estuvo en el Barranco del Lobo y que, al terminar aquella campaña, volvió a su tierra, casó con la hija de un significado jefe, se estableció en Tetuán, entró al servicio de la Alta Comisaría y así continúa, esperando que haya ocasión de premiar sus méritos con un bajalato, que constituye su ilusión más preciada. Habla a la perfección el castellano, vive entre el elemento oficial y es posible que, por la cuenta que le tiene, nos sea útil en algunas circunstancias.

He aquí lo que para *La Libertad* escribió:

«Soy moro, y, orgulloso de serlo, quiero a mi religión, que es el Islam; pero no dejo de querer a la verdad y a la imparcialidad. Por consiguiente, señor corresponsal, inspirándome en ellas, voy a decirle mi opinión respecto a estas cosas, y si tal como la diga le conviene publicarla, le sería muy agradecido, porque, según creo, de ella sale la razón.

Empiezo a decir que hay un refrán árabe que consigna lo siguiente: «La madre del asesino olvida el hecho de su hijo muy pronto; pero la madre del asesinado no lo olvida nunca.»

Me preguntara usted qué quiere decir este refrán, y le contesto en seguida: España y los moros. España es la primera madre y los moros la segunda.

La primera madre parece que ha olvidado lo que su hijo ha hecho con el hijo de la segunda,

y, para no repetirlo, le ruego que consulte la Historia y sabrá que el vencido no puede olvidar a su vencedor.

Los moros se acuerdan siempre de que han sido vencidos por los españoles en España, y cada vez que ven a uno quisieran tragarlo de odio. No pudieron ir más a la Península para vengarse, debido a la gran decadencia en que se han encontrado; pero no dejan de manifestar su sed de venganza siempre que la ocasión se lo permite, como el fuego escondido abajo de la ceniza se manifiesta al primer soplo de viento.

Vino España a Marruecos por razones que todos sabemos; y en vez de venir prevenida, como a un territorio enemigo, vino como para hacer una visita de cortesía. Ella ha olvidado; pero los moros, no. ¡O debía venir como debe ser, o debió dejar de venir!

No quiere esto decir que viniera conquistadora o declarando guerra al moro. ¡No y no! Eso quiere decir que debió haber venido fuerte, sin utilizar la fuerza, por el refrán que dice: «Hay que demostrar el palo y, sin pegar, se hace gran efecto.» Así, el moro, vencido en el pasado, reconocería que su vencedora está aún lo mismo o más fuerte. Esa es la primera culpa vuestra.

El moro, tan temeroso por su país, su religión y sus bienes, con el odio en su corazón por el inolvidable hecho histórico, ha buscado hacerse fuerte en su hogar para defenderse contra el que

cree que es el mismo enemigo de antes y que viene a conquistarle su tierra y a cambiarle su religión. Le disculpa su ignorancia; pero también le impulsa a resistir desesperado por cuantos medios tiene.

¿Qué defensa ha empleado el moro contra el peligro que ve en vosotros?

Su defensa ha sido estudiar la fuerza de España, su política, la disposición del pueblo y las opiniones de los partidos.

Cuanto a la fuerza que habéis mandado cualquiera la sabe, porque no es ningún secreto su número y su preparación. Cuanto a la política, está declarada en la Prensa, que el moro lee diariamente. La disposición pública se sabe que es contraria a empresas militares. Y en lo que a los partidos se refiere, por los periódicos y por los hechos se sabe que todos cantan al revés contra los Gobiernos y que éstos suben y caen, transitorios, sin poder llevar a cabo el establecimiento de un protectorado español fuerte en Marruecos.

Habéis adoptado la política del dinero, que es la política más falsa. Comprar el silencio de los moros con dinero es lo mismo que dominar a un lobo con carne de carnero; la carne se acaba y el lobo, más fuerte, se come al suministrador.

No es sólo Abd-el-Krim, el Jatabi, el enemigo de España, sino, como antes dije, lo son todos los moros; y si no manifiestan la enemistad es por interés o por miedo. Así aprovecharon la

ocasión y el descuido para lanzarse contra España, utilizando su mismo dinero, sus mismas armas y las mismas tropas indígenas, contando siempre con los vecinos de la otra zona y con el contrabando de Uxda y Tánger, que están probados.

Y, como punto final, digo que para dominar la zona del protectorado hay que dejar en libertad a los Gobiernos y al comisario. «Munirle» con tropas, dinero, armas y municiones, y no olvidarse de desarmar al moro y aplastarle por una generación o dos con muchas contribuciones.

¡No hay más que la fuerza para dominar; todo lo demás es tontería!»

Eso y algo más que la prudencia obliga a dejar inédito consta en las hojas que me entregó el Garnati. A pesar de alguna contradicción y de algún ramalazo revelador del ambiente de frescura en que suelen vivir los moros amigos, hay en sus manifestaciones mucho digno de ser conocido, meditado y, sobre todo, corregido; porque es innegable que hasta ahora todos los gobernantes siguieron en Marruecos la peor de las políticas, la que no es carne ni pescado, o sea, por consiguiente, la que se podría denominar de lacticinio.

El moro está dominado por el sentimiento atávico, que el mismo Garnati no puede ocultar, a pesar de la situación especial en que con res-

pecto a España vive. No se aviene a la derrota que le arrojó de la Península; sueña con aquellos siete siglos de dominación y de florecimiento, y creyéndose aún víctima del poderío cristiano, espera el desquite y se ensaña con su secular enemigo siempre que éste se le presenta desprovisto de los medios más elementales para hacerse respetar, ya que el hacerse querer es imposible.

Por eso considero que el Garnati acierta cuando dice que España o debió ir a Marruecos como debe ser, o debió no haber ido.

Pero es el caso que fuimos y que, una vez allí, hemos desarrollado una política absurda, de errores, de contradicciones, de pan y palo a destiempo siempre, la cual, como es lógico, nos ha puesto en el duro trance de tener que guerrear por honor de nuestras armas y porque, perdido el prestigio ante el moro, únicamente recobrándolo a viva fuerza se podrá conseguir su conformidad y su consentimiento para la labor de Protectorado.

Por no haber ido «fuertes, sin demostrar la fuerza», como el Garnati escribe, estamos en la situación agobiante que para España supone nuestra actuación en Marruecos; y de ahí ha dimanado este salir sin tasa de las energías españolas que van camino del agotamiento, sin que en ocasión alguna, y menos que nunca ahora, se vislumbre el término de la jornada.

Las naciones que se lanzan a aventuras colonizadoras hacen sacrificios cuantiosos de sangre y de dinero con la esperanza de resarcirse al cabo de los años, unas veces por el desarrollo de su comercio o de su industria, otras por la explotación de manantiales de riqueza y siempre por el aumento de su prestigio ante los pueblos civilizados. España está en Marruecos porque la conveniencia nacional lo impone sin duda alguna; pero esa conveniencia ha de estar en armonía con otra que es base de vida para la nación y ha de adaptarse, no sólo a las disponibilidades de energía propias, sino también a la posibilidad de que en algún modo compense la magnitud de los sacrificios hechos. De España salen todos los meses más de ciento cincuenta millones de pesetas destinados a sufragar los gastos que la ocupación, la campaña y la colonización nos imponen. Es dinero que se resta al comercio interior, y que no se gasta siquiera en pago de mercancías o de primeras materias para nuestra industria de la Península. Envíanse las pesetas para atender nóminas, para jornales de obras públicas, para adquisición de subsistencias que la Administración Militar necesita con destino al soldado; una parte mínima va al pequeño comercio que hace reducido número de españoles; pero la casi totalidad de ese dinero queda en manos extrañas, desde las del gran negociante, que en uso, a veces, de un derecho legítimo se

lucra todo lo que puede, vendiéndonos ropas, útiles, substancias alimenticias y artículos de relativo lujo, hasta las del moro de zoco, que vende caza, huevos, volatería y frutas, trocándolas por buenas monedas alfonsinas, que emplea en comprar armas y municiones o que las guarda bajo siete estados de tierra, retirándolas definitivamente de circulación.

No hemos tenido hasta ahora el acierto de atraer al capital español, ofreciéndole garantías de protección y facilidades de competencia; por eso no se da allí el caso, tan frecuente en la zona francesa, de que se establezcan industrias nacionales, que alcanzan gran desarrollo y que viven en régimen de privilegio, única forma posible de compensar los esfuerzos, los sinsabores y hasta los peligros que ofrece el primer establecimiento de las mismas.

En Marruecos se ha abierto un gran pozo, donde cae la riqueza nacional para no salir más o para ir a cauces que no conducen hacia la Península. Y seguir así equivaldría a arruinar a España, cerrándole el paso a toda esperanza de redención económica.

Circunscribir la responsabilidad de esa gestión desdichada a un solo Mando sería injusto, porque obra es de todos los que ha habido el régimen que de tal modo nos ha llevado al caos actual; pero sí hay que tener en cuenta que mientras a otros generales se les regatearon elementos, se

les prohibió gastar sangre española y hasta se les redujo a la inacción, a Berenguer se le ha dado lo que ha pedido, se le confió el mando del mayor ejército concentrado en Africa, se le encomendó la dirección absoluta de la campaña, se le otorgó, en suma, un crédito de confianza tal como nación alguna concedió jamás a sus más altos prestigios militares.

¿Ha tenido España correspondencia a su generosa conducta?

¿Se ve posibilidad de que el caudillo infortunado que derrochó esos elementos acabe con la sangría suelta que el país sufre?

¿No es lógico pensar que acabaría con el país mismo?

les prohibió gastar sangre española y hasta se los redujo a la inacción; a Berenguer se le ha dado lo que ha pedido, se le confió el mando del mayor ejército concentrado en África, y le encomendó la dirección absoluta de la campaña; se le otorgó, en suma, un crédito de confianza tal como nadie, ninguno, concedió jamás a sus más altos prestigios militares.

¿Y ha tenido España correspondencia a su gobierno [illegible] conducta?

¿Es posibilidad de que el caudillo afortunado que derrochó [illegible] acabe con la sangre noble que el país sufre?

¿No es lógico pensar que acabaría con el país mismo?

LA PAZ DE LOS ALFILERES

PACIFICAR es, gramaticalmente, poner término a la guerra, establecer la tranquilidad y la armonía allí donde hubiere luchas y disturbios.

Esa acepción gramatical y lógica de la palabra pacificar no tiene uso en el territorio de nuestro protectorado marroquí, porque en él se dice oficialmente que ha sido pacificada la zona X o Z, y, sin embargo de ello, ni en la misma hay tranquilidad, ni acaban las luchas y disturbios, ni se puede transitar por los caminos magzenianos más que a la clara luz del pleno día y con el resguardo de una protección armada, que a veces libra al viajero de la agresividad del moro dominado.

Es engañarse a sabiendas. Es el colmo de la puerilidad decir a la nación que la guerra ha concluído en determinada cabila, para que al cabo de pocas horas haya que comunicar la triste nueva de que se nos ha hostilizado en la misma, de que no se ha podido hacer un convoy de aprovisionamiento, de que la aguada de la

posiciones establecidas nos cuesta diariamente sensibles bajas de hombres, de que la paz, en una palabra, no aparece por parte alguna.

Si hubiésemos ido a Marruecos para conquistar tierras y dominar a sus moradores, no podríamos considerar realizado el objetivo hasta que en aquéllas estuviese consolidada la autoridad del fuerte que domina y hasta que los naturales vivieran sumisos a las órdenes del pueblo conquistador. Nuestra empresa de Protectorado tiene todos los inconvenientes de la guerra (por no haberla sabido implantar sobre bases de armonía), y no nos permite aprovechar los beneficios de una efectiva dominación. Es un caso de altruísmo supremo que se manifiesta por medio del sacrificio del pueblo protector y que se limita a la hora de la cosecha de ventajas, de tal modo que éstas van en su integridad al que se opuso, arma en mano, a que se le proporcionasen. Por lo mismo, cuanto se haga para aminorar la cuantía del esfuerzo, por disminuir el coeficiente de sacrificio, por llegar al fin señalado con el menor riesgo imaginable, eso irá en provecho propio y deberá diputarse como servicio de mucha monta que se presta a la nación.

Pero ni tuvimos, en tiempo oportuno, el acierto de evitar la intervención quirúrgica en la zona protegida, ni una vez que ésta se hizo indispensable, nos favorece la suerte con una dirección eficaz que avance con firmeza y que consolide

los progresos obtenidos, hasta hacerlos definitivamente inconmovibles. Diríase que se atiende sólo al efecto transitorio de los optimistas partes oficiales, y que se estima en más el aplauso de los engañados que la prudente advertencia de los no convencidos.

En Marruecos, sépalo el país, sépanlo gobernantes y gobernados, no hay paz, ni podrá haberla hasta que se cambie radicalmente de normas de conducta. Se pelea, se avanza, se hacen ocupaciones en las que establecemos fuertes que, por regla general, son pequeños blocaos, y a pesar de todo ello nada se pacifica, no se logra el fin ansiado de poder vivir en armonía con los naturales. Perdemos el tiempo de manera lastimosa, y a la vez se está perdiendo la ocasión de poder llegar a tratos leales que abran la esperanza de un porvenir tranquilo, porque la siembra de odios que incesantemente se realiza reverdece los que son atávicos y los agiganta hasta convertirlos en irreductibles.

Cuando los partes oficiales dan por pacificado un trozo cualquiera de las zonas marroquíes, debiérase poner a prueba la realidad del aserto, y nada más lógico en ese caso que utilizar para ello los servicios del propio pacificador. Supongamos que la feraz y abandonada huerta de Tetuán estuviese oficialmente comprendida bajo esa denominación tan halagadora para nuestro orgullo y para nuestros deseos; nada más lógico ni más

posible que utilizar inmediatamente las ventajas propias de la paz y apresurarse a disfrutar las excelencias de aquellos lugares de encanto, donde a poca costa pudieran restaurarse las riquezas que a nuestra llegada fueron destruídas.

¿Qué mejor demostración de la veracidad de lo afirmado oficialmente que trasladar a la huerta misma la morada del caudillo que pacificó?

¿Qué satisfacción para éste comparable a la de residir entre aquellos naturales a quienes convenció a viva fuerza de que bajo nuestro amparo pueden ser felices y nadar en la prosperidad?

Allí, en la feraz vega, en un palacio construido *ad hoc*, sin soldados que le custodiasen, porque la paz hiciera innecesario su servicio, en comunicación con la ciudad bajo el régimen de puerta abierta a todas horas, la convivencia de cristianos y moros, en paz y armonía, fuera un ejemplo convincente de que el objetivo estaba logrado y de que el éxito del general en jefe podía resistir sin menoscabo alguno los ataques de la malevolencia, la censura de los periodistas mal avenidos con su gestión.

Pero no hay que pensar en tanta belleza. Se pacifica de oficio y se soportan de hecho las consecuencias naturales de esa falsa pacificación. No se ejerce un dominio real sobre los cabilas, que siguen siendo dueñas en absoluto del territorio respectivo; y llega a tanto nuestra voluntaria propensión a engañarnos y a engañar al país, que ni

aun en aquellos lugares donde el natural vive tranquilo y se aviene a la dominación del caíd prestigioso afecto a España, se puede transitar sin riesgo, mas que por los caminos vigilados y durante las horas en que la vigilancia se ejerce, habiéndose dado el caso de registrarse agresiones cerca del Fondak de Ain-Yedida, donde tenemos un campamento importante y donde el caíd Crimo desempeña el mando con poderes amplísimos. No ejercemos sino una influencia nominal, y como no se exigen responsabilidades a los jefes moros, ni se impone sanción a los naturales de los poblados donde se refugian los agresores, o donde se preparan las agresiones, de ahí que no exista temor a las consecuencias, y que no haya seguridad ni aun entre las gentes que más adictas muéstranse.

Varias veces se ha publicado el anuncio oficial de la pacificación de una zona, y muy pronto se han tenido noticias de acontecimientos que la desmentían con la ruda elocuencia del ataque a mano armada o del levantamiento de contingentes para emprender de nuevo la contienda. En enero último se realizaron unas operaciones desdichadísimas en el Ajmás, y cuando no pudieron continuarse, por razones que a cualquiera se alcanzan, se circuló la noticia oficial de su terminación, afirmándose que el objetivo pacifista estaba logrado. No comulgué con esa gran rueda de molino, porque su tamaño requería tragaderas

propias de quien no conociese o no quisiese conocer la realidad, y tuve la desgracia de incurrir en desagrado del general en jefe porque publiqué, con el mismo epígrafe que encabeza este capítulo, el siguiente trabajo:

«Tocan a su término oficial las operaciones que se iniciaron en Beni Arós y que se complementan con estos avances a través del Ajmás, los cuales cierran el cuadrilátero que comprende la parte insumisa de aquella cabila y las de Sumata y Beni Isef. Los partes dados a la publicidad por Guerra aseguran que la pacificación de ese territorio es un hecho, que se han causado al enemigo miles de bajas, que los pocos supervivientes se apresuran a presentarse en demanda de perdón, y que estamos ya en el límite de la zona, al habla con nuestros buenos amigos los franceses. No falta en esa literatura más detalle que el de anunciar la proxima repatriación de las unidades expedicionarias para que la tranquilidad renazca en las familias, y para que cese el gasto diario de más de cinco millones de pesetas que la nación soporta desde hace unos cuantos meses. ¡Si fuese verdad belleza tanta!...

»Pero ni todo lo que la literatura oficial propala es cierto, ni la mínima parte de ello, concorde con la realidad, puede ser causa de grandes alegrías; porque si bien este abnegado ejército de Africa ha sabido ir, paso a paso, a ocupar los objetivos que hubieron de señalársele, el hecho

indudable es que, de la ocupación material de unos puestos fortificados al dominio efectivo de la zona, equivalente a la pacificación, hay una diferencia tan enorme como de poder dar por terminadas las operaciones militares a vivir en la constante zozobra del ataque a las aguadas, a las descubiertas, a los convoyes, a los relevos y a toda clase de servicios que por fuerza han de realizarse si no se quiere dejar abandonadas a las guarniciones de los puntos ocupados.

»El mal está en el sistema, que es absurdo, hasta el extremo de haber hecho posible el desastre de Melilla, y que, si no se cambia en absoluto, nos podrá llevar en esta zona abrupta a sufrir consecuencias análogas. Por eso, ahora que la acción militar de conjunto va a darse por terminada, alzamos la voz ante la opinión general del país, para lanzar el grito de alarma que pueda contribuir a disipar las nubes acumuladas en el horizonte visible de los gobernantes por el cendal del partidismo caudillista; estamos en peligro cada vez mayor, porque mientras más extenso sea el territorio así ocupado, más grandes serán los sacrificios que su dominación ficticia imponga.

»Se engaña al crédulo, de buena fe, sin duda; pero se le engaña. No se camina sobre seguro, de modo que cada avance signifique la conquista de un pedazo de terreno; no es cierto que se causasen al enemigo miles de bajas, entre otras

razones, porque no había en él miles de combatientes; y tampocc es exacto que la presentación de algunos aduares signifique sumisión total, porque desde el momento en que a los presuntos sometidos se les dejan armas, hay que temer que las utilicen para agredir a nuestros soldados siempre que se les presente ocasión de hacerlo impunemente.

»El general Berenguer tiene de la guerra de Marruecos una concepción especialísima, basada en su errónea creencia de que el moro puede dar al olvido odios seculares y puede también someterse sin sentir el extremo rigor del dominio. Cree que no es peligroso dejar en retaguardia de las tropas a millares de cabileños con millares de fusiles, y por eso avanza y avanza, estableciendo posiciones aisladas que al menor choque con los naturales quedan en estado de sitio y requieren la movilización de fuertes columnas para su abastecimiento, como recientemente ha probado el caso de Magán.

»Sería el general admirable alto comisario el día que la pacificación del territorio fuese efectiva; cuando los naturales, convencidos de la excelencia del Protectorado, se aviniesen a soportar los beneficios de la civilización con que se les brinda; pero como ese ideal está muy lejos, y como no habrá de conseguirse sin una preparación militar intensa, escalonada y continua, de ahí nuestro temor que, no sólo se esté perdiendo

el tiempo, sino de que a la postre haya que volver a empezar y hayan sido inútiles los sacrificios que la nación realiza.

»El general en jefe concibe la campaña por grandes avances, señalados por numerosas posiciones, que requieren enorme número de soldados para distribuirlos en grupos de diez a cincuenta en cada una de las mismas. Así diseminadas nuestras fuerzas en el territorio, comienza la acción política, equivalente al reparto de pequeñas prebendas entre los audaces de cada cabila, que nos son relativamente fieles mientras la nómina subsiste. Y como nuestras guarniciones, encerradas en sus blocaos, no garantizan la seguridad de los aduares, se permite el uso de armas, sin limitación de número, y sin más garantía en el reparto que la señalada por los jefes en predicamento. Ese es el régimen berenguerista, basado en la buena fe, por nuestra parte, y, por desgracia, mal correspondido, siempre que el musulmán halla ocasión de traicionarnos.

»Frente a un sistema que tan deplorables resultados rinde y que tantos sacrificios impone, existe el de los que nos dejamos guiar por la lógica simplista y entendemos que fuera más práctico avanzar poco a poco, pero sobre seguro, de tal manera, que a retaguardia no dejásemos jamás un enemigo posible y mucho menos un fusil en manos de los que pudiesen utilizarlo para agredirnos. Así nada quedaría fiado a la even-

tualidad: los naturales sometidos carecerían de razón para pedir armas, porque hallaríanse protegidos por las tropas de ocupación, y los que no se resignasen al régimen de Protectorado estarían francamente en la zona enemiga, nunca encubiertos y al aguardo de ocasión en la que oficialmente consideramos dominada.

»Ahora se dice con candidez supina que el Raisuni está encerrado en Tazarut y que los Sumata y Beni Isef no tendrán otro recurso que someterse. Con perdón de los preopinantes, nos permitiremos argüir que tanto el cabecilla famoso como sus adeptos siguen disfrutando de la misma libertad que tenían, porque son muchos los pasos libres en la línea de nuestras posiciones, y tienen aquéllos la ventaja de aprovechar la noche para circular a su antojo por donde les plazca, en la seguridad de que ningún destacamento cometerá la locura de salir a combatirles en esas condiciones. Se someterán, o aparentarán someterse, al Majzen, que no es lo mismo, cuando crean que se les puede impedir labrar sus tierras o transportar sus ganados; pero, aun en ese caso, ocurrirá ahí lo que acaece en el resto de la zona, o sea que, apenas haya obscurecido, ellos y sólo ellos serán dueños absolutos del territorio, poque nosotros no lo podremos recorrer sino a la clara luz del día y con ciertas precauciones. Esa es la resultante real del sistema.

»Se abarca mucho y, por consecuencia lógica, se aprieta muy poco. Para abarcar eso tiene aquí España un gran ejército que (a pesar de lo que le falta) arruina a la nación, priva de brazos a las industrias y de inteligencias a las profesiones, empobrece a la raza y hace vivir en zozobra constante a miles de familias.

»Si se llamase a plebiscito y los españoles supieran cómo se utilizan los elementos que, pródigos, dieron para vindicar el honor nacional mancillado en Melilla, ¿cuál sería la respuesta?

»¿Ha venido aquí el Ejército a guarnecer posiciones insostenibles por sí mismas?

»¿Se puede continuar viviendo en régimen de esterilidad tan manifiesta?

»Nuestra opinión es en absoluto contraria. Por eso, cuando el día 6, desde la altura de Miskrel-la, proclamábase que la guerra de Yebala había terminado, nos permitimos sospechar que ahora empieza una nueva fase de la campaña, porque serán necesarios mayores y más constantes esfuerzos para atender a la extensa línea de posiciones, con arreglo a este funesto régimen establecido.

»Y si eso es pacificar, ¡que venga Alá y lo vea!»

Poco tiempo transcurrió desde que en *La Libertad* se publicaron esas líneas hasta que el enemigo encargóse de confirmar el acierto del pronóstico. A diario se registraban en la región ocu-

pada agresiones a los blocaos y a los servicios; y por si eso no hubiese sido bastante, la intentona de Miskrel-la y el fracasado plan de levantamiento en Chauen, acabaron de dar en tierra con aquellas coplas de Calaínos y abrieron de par en par los ojos a los cándidos optimistas. La paz quedaba sola y exclusivamente registrada en la cinta telegráfica; y sin el heroísmo de las guarniciones que allí defendieron el prestigio nacional, las cosas habrían alcanzado límites incalculables.

La política berenguerista ha sido, en el orden militar, completa, absolutamente equivocada. El cabileño no puede ser dominado más que inspirándole el concepto de la verdadera, de la indudable superioridad; y es inútil que un buen día se le haga sentir el peso de las armas españolas, si al siguiente no se le cobra el precio del triunfo, desarmándole y reduciéndole de veras a la condición de sometido. Lejos de hacerse tal cosa, el general creía de buena fe que bastaba ocupar territorios y establecer posiciones para conseguir acatamiento leal de un enemigo que por naturaleza y por fanatismo es hostil al cristiano. De ahí que, siendo muy extenso el perímetro ocupado, el dominio de él resulte ilusorio, y se viva en constante peligro de agresiones que, por desgracia y por causa del régimen implantado, no siempre llegan a ser castigadas.

Se avanza mucho a costa de mucha sangre y de muchísimo gasto; pero como detrás del ejér-

cito que penetra en la zona quedan armadas las cabilas, y éstas son, generalmente, agrupaciones de enemigos propensos a toda rapiña y afanosos de causarnos mal, de ahí que sólo durante las horas del centro del día y cuando se observan las precauciones propias del vivir entre elementos peligrosos, se pueda circular por algunos lugares del territorio ocupado. ¿No se recuerdan esas agresiones a las descubiertas, a las retiradas del servicio de protección, a los convoyes, a las aguadas? ¿Es, quizás, que puede entenderse dominado un país en donde todos los pasos han de estar guarnecidos durante el día, y donde todas las guarniciones tienen que permanecer vigilantes y encerradas en sus fuertes durante la noche?

¡Ese es el fruto de la política guerrera del general Berenguer!

¡Por eso se le ha combatido en ese aspecto de su actuación!

¡Por eso el anuncio de su retirada hizo concebir esperanzas de un cambio de procedimientos que evitase a la nación gastos de millones y permanencia indefinida de soldados en Marruecos!

Y por eso mismo también su continuación en el mando pugna con los deseos de la gran masa nacional, obligada al fin a retirarle el crédito de confianza que, generosa, le otorgó.

pudo exponerse a los kábilas y a los [illegible]

[illegible]

lo, desmoralizado y [illegible]

[illegible]

el general [illegible] de buena fe que [illegible]

[illegible]

Se evitaba también [illegible] de mucho tiempo y de muchísimos gastos pero como [illegible]

LAS ARMAS ENEMIGAS

EL moro ama el fusil sobre todas las cosas, porque sabe que en él tiene la base de su independencia. Desde los años mozos se ejercita en el uso de las armas de fuego, dedicándose a la caza de la fiera, en preparación depuradora de aptitudes, para actuar después en la del hombre; y tan pronto como se halla en condiciones adecuadas sale al campo con los suyos, para combatir de cabila a cabila, para defender el terruño contra el cristiano o para vivir del merodeo a costa de los unos y de los otros. El cabileño, sin fusil, es fácilmente dominable; con el arma, no sólo es independiente, sino que por lo general es invencible, porque mientras le quede un átomo de vida no dejará de utilizarla frente al enemigo.

Los naturales de la zona que España debe proteger están bien provistos de mauser y de municiones, a causa de algo que no creo oportuno tratar en este ligero estudio y que es imputable

a varios factores. Sí puede decirse, porque desgraciadamente es cierto, que siendo nosotros los interesados en que las cabilas estuviesen desarmadas, hemos colmado a veces la medida de su deseo.

En ello estriba una de las mayores torpezas del régimen que de mucho tiempo a la fecha se sigue en Marruecos. Jamás se ha pensado seriamente en desarmar a las cabilas, y si alguna vez se hizo, muy pronto se arbitró el medio de contrarrestar la medida, permitiéndoseles disponer de un número *x* de fusiles a pretexto de la defensa contra las tribus rivales.

El general Berenguer está aferrado, con ceguera incomprensible, al error de mantener armado al enemigo secular. Sabe que en ello hay peligro constante, y debe saber también que el desarme es difícil y es expuesto a las alturas en que nos hallamos; por ello tal vez no se decida a rectificar ese extremo de su política guerrera que está siendo causa de las diarias agresiones y de la agitación en que se vive.

Cuando los de Cáseras fueron vencidos y se presentaron a Castro Girona en demanda de perdón, hube de preguntar al general en jefe si se les concedería el «aman» y si se les desarmaría. El diálogo que entonces sostuvimos y que, por cierto, molestó a alguien que yo publicara en *La Libertad*, fué muy interesante y por ello lo reproduzco.

Fué así:

«—Se les desarmará?

—Indudablemente. Hemos de desarmarlos, y... todo hay que decirlo, quizás para volver a darles el armamento después.

—¿...?

—Ya he leído lo que usted y otros corresponsales han escrito sobre ese problema, que tiene aspectos muy variados y que por lo mismo hay que mirar desde diversos puntos de vista. ¿Quién duda de que el desarme es el ideal de la pacificación? Nadie. Todos quisiéramos que pudiera ser un hecho; pero la realidad se impone y nos dice que para desarmar a las cabilas tenemos que ofrecerles garantía contra los merodeadores, que se aprovechan de esa circunstancia para robarles sus mujeres y sus ganados. Viven los cabileños en chozas diseminadas por el territorio, y sería preciso poner en cada una de ellas, o en el conjunto de varias al menos, fuerzas adictas que los defendiesen contra esas seguras incursiones. ¿Debemos sostener un ejército sólo con ese fin? Aunque todas las cabilas se sometan y de buena fe acepten el protectorado, habrá siempre núcleos de malhechores que se aprovecharán de la indefensión para ejercer el bandolerismo. De ellas mismas saldrán gentes maleantes, y aun en el caso de que no las hubiera entre las de aquí, vendrían de otras regiones a aprovecharse de las circunstancias.

El dilema es: o darles armas o defenderlos, porque el régimen de paz tiene que estar basado en que haya seguridades para todos, en que se cultiven los campos, en que se ejerza el pastoreo, en que se desarrolle la riqueza...

—Pero, ¿habrá medio de impedir que ese régimen de armamento fuera peligroso para la nación protectora?

—Sin duda alguna. Ha de estar limitado a las necesidades de cada cabila, y sólo se puede autorizar por medio de permisos de uso y circulación. Así no habría gran peligro y resolveríamos uno de los problemas que más me preocupan. La práctica recuerda que a la cabila de Wad-Ras se la desarmó y fué preciso darle fusiles poco tiempo después, porque la saqueaban, y sus gentes se presentaron diciendo que si no se les protegía tendrían que irse. Además, Francia, a la que algunos citan con elogio para su régimen colonizador y protector, ¿ha desarmado?... Permite el uso de las armas en casi toda la zona, y donde no las tienen los naturales es porque no las necesitan, lo mismo que nos ocurre en el territorio cercano a Alcázar y en algún otro que, quizás por ser rutas obligadas, que a todos interesa mantener tranquilas y seguras, viven en paz siempre.»

A primera vista parece que el general Berenguer procede con cierta lógica en la formación de juicio; pero a poco que se medite

hay que convenir en que el sofisma es manifiesto.

Hay que mirar ante todo a la conveniencia propia que estriba en pacificar el país, para que pueda ejercerse la misión que nos incumbe. El moro es enemigo del cristiano, y tiene, como es natural, apego a su independencia. Si se le permite el uso de armas, si las posee de igual calidad que nuestro soldado, y si por añadidura es más diestro generalmente en su manejo, ¿qué garantía podremos tener para el caso de que un día cualquiera se cansase de soportar la protección?

Es muy natural que se le ponga en condiciones de defensa contra el ataque posible de las cabilas enemigas y para evitar las incursiones de los forajidos. Lo que no parece tan lógico es que sea necesario, para conseguir esa finalidad, proporcionarle armamento análogo al del soldado español ni dedicar tampoco a éste a cumplir esa misión que de ningún modo le corresponde. Existe la Policía indígena, a la que se emplea en menesteres ajenos al fin principal para que fué creada, y nada más fácil que destacar grupos de ella que residan en los poblados a las órdenes inmediatas del jefe y sostenidos a expensas de los que deben experimentar los beneficios de su actuación. Serían algo semejante a lo que debe ser en España la Guardia civil, con la sola diferencia en nuestro favor de que libraríamos de una

carga al presupuesto especial del Protectorado.

La Policía indígena está llamada a prestar en Marruecos servicios excelentes tan pronto como se la emplee sólo en los que son propios de su instituto. Desarmadas las cabilas y constituído en cada poblado un grupo de Policía tal como el núcleo de población y la extensión de término exijan, el caíd dispondrá de fuerza para imponer su autoridad en todo instante; y si él tiene que hacer frente a las responsabilidades que se pudieran exigir por agresiones ocurridas en el territorio de su mando, él mismo cuidará, por lo que le importa, de que haya previsión y de que los hechos punibles no queden sin castigo.

Ahora bien: lo que tampoco puede hacerse es dar a esa Policía armamento moderno de gran alcance y precisión, porque no debe olvidarse que la confianza en el moro ha de ser siempre muy relativa. Con armas cortas de antiguos sistemas podrían tener a raya perfectamente a quienes estuviesen en la imposibilidad de usar ninguna clase de las de fuego; y en el caso posible de una deserción o de una sublevación, no sería difícil reducirlos, a tiro de maüser.

Hay que ir derechamente al desarme de las cabilas, porque mientras dispongan de los millares de fusiles y de los millones de cartuchos que en la actualidad tienen, la paz es un mito. Mientras el fusil sea tolerado al moro, no habrá seguridad en el campo para nadie, ni para el amigo

de España, ni para nosotros. Y es que ocurre con eso lo que pasaría en la Península si el uso de armas de fuego no estuviese restringido; la autoridad, celosa del bienestar y de la tranquilidad ciudadana, ha dado normas restrictivas para que sólo puedan usar armas las personas «bien» —nunca mejor aplicado el calificativo—y aquellas que se supone que lo son por razón del cargo que ejercen; y así como a nadie que esté en cabal juicio se le ocurriría pedir que se les diesen fusiles a los corrigendos de un penal, de igual modo es insensato que se les permita el uso de ellos a esas gentes de chilaba, que, digan lo que quieran los africanistas de profesión, son siempre, y mientras no se pruebe lo contrario, unos bandoleros disfrazados de lo mismo.

¿Para qué puede necesitar el fusil el cabileño? Para nada que convenga al interés español. Dice él que ha de usar armas con objeto de repeler agresiones de sus connaturales, a los que indigna que se someta a España; y el argumento queda contestado por sí mismo, puesto que si a los que pueden agredirle no se les tolerase el uso de armas, y se les castigara implacablemente cuando se les cogiese en infracción, llegaría pronto el día en que esas agresiones no fueran peligrosas; además, como no se ha pensado en suprimir la Policía, sino en reformarla, dotándola de arma blanca, o de arma corta, a lo sumo, dicho queda que el natural pacífico tendrá siem-

pre defensor de sus derechos que evite depredaciones y que tenga a raya a los malhechores.

En la zona francesa es perseguido todo el moro que sin especial permiso use armas de fuego; se persigue también y se castiga (con relativa benignidad) el contrabando, y merced a ello se conoce al enemigo y se le puede combatir en el momento en que se presenta o se le descubre. Nosotros, en cambio, creímos de buena fe al Raisuni cuando dijo «estar» amigo de España; se le dió parte del dinero que para él creyó alguien que se había librado, y por si esto era poco, se le dieron también mil fusiles y cien mil cartuchos Maüser, de los cuales eran los que usaron los bandidos que agredieron a la familia Comas. ¿No hay en esto una buena enseñanza?

Mientras en los poblados exista armamento no habrá paz en la zona y no se podrá vivir después de anochecido, no sólo en el campo, sino tampoco en las cercanías de las ciudades. Aunque el noventa y nueve por ciento de los naturales fuesen (que no lo son) gentes pacíficas y honradas, el resto se bastaría por sí solo para mantener la alarma en la zona. Supongamos que de cada cabila saliese un rebelde, y tendremos una partida permanente de más de cien hombres, capaz de obligarnos a sostener un ejército para combatirla o para evitar sus incursiones.

Y mientras más se demore el desarme, éste será más difícil, hasta llegar a un día en que sea imposible, porque se nos contestará al requerimiento o a la acción de desarmar, con actitudes definitivas.

Y mientras más se demore el desarme, éste será más difícil, hasta llegar a un día en que sea imposible, porque se nos contestará al requerimiento o a la acción de desarmar, con actitudes definitivas.

LA JORNADA DE OCHO HORAS

Si en el orden social ha sido un gran triunfo del proletariado la fijación de la jornada de ocho horas, militarmente, o, mejor dicho, en nuestra actuación armada en Marruecos, esa limitación está siendo quizá uno de los mayores y más graves defectos, entre los muchos imputables al mando. Para el obrero, aquélla supone economía de actividades, que evita el prematuro decaimiento; para las fuerzas de operaciones, representa un tejer y destejer, que aumenta los peligros y que destruye a veces la labor con mucho trabajo realizada.

Una concepción simplista de lo que es, o de lo que debe ser, la guerra induce a opinar que, salvo en ocasiones muy especiales, cuando se lucha por pacificar una región, lo primero a que ha de aspirarse es a dominarla de veras, a conquistar terreno que, una vez bajo el poder de las armas, deje de constituir peligro para las fuerzas conquistadoras. Así, el menos común de los sen-

tidos dicta la convicción de que avanzar desde las ocho a las doce de la mañana, para replegarse desde esa hora hasta que la acción del enemigo permita, es perder el tiempo y hacer inútiles los sacrificios de sangre, de heroísmo y de material empleados en las operaciones.

¿Qué hacemos en Marruecos cada lunes y cada martes?

Antes de que la obligación me llevase a esas tierras, dudaba de que fuesen fiel reflejo de la realidad los muchos partes oficiales en que se daba cuenta invariablemente de haberse realizado operaciones que consistían en penetrar hasta varios kilómetros en territorio enemigo, para hacer el repliegue, ya de la totalidad de las columnas o ya del grueso de las mismas, después de establecer a la ventura alguna posición, que luego requería nuevas operaciones para su aprovisionamiento. No acababa de creer que ese sistema pudiera ser puesto en práctica, porque parecía más lógico que, en vez de avanzar como diez para retroceder más tarde hasta el punto de origen, se avanzara sólo como uno, extendiendo y afianzando al propio tiempo el radio de acción de las tropas.

Y ante el terreno, en el mismo campo de operaciones, he tenido ocasión de apreciar la realidad de ese funesto sistema, comprobando a la vez sus efectos desastrosos. Es posible que en los altos secretos de la estrategia éntre el plan de

idas y venidas, en que se proporciona ocasión al adversario para saciar sus instintos belicosos, sin causarle jamás detrimento en su eficiencia; pero lo seguro es que, por seguir esa norma de acción, resulta a la hora de ahora que tenemos distribuídos millares de soldados en posiciones inútiles, indefendibles por sí solas; que se han sufrido bajas en número lamentable, y que nos costarán muchísimas más cada día que así transcurra los necesarios convoyes para llevar a esos infelices destacados municiones de boca y guerra.

Si se publicara el mapa de posiciones de la región de Yebala (y supongo que lo mismo ocurre en la del Rif), se asombrarían los españoles ante la audacia que representa, ante lo extenso del cañamazo preparado para bordar nuestro dominio sobre los cabileños. Pueden contarse por centenares; están, a pesar del número, sin conexión eficaz que les pueda servir para la mutua defensa, y las guarnecen, por lo general, una clase y diez o doce soldados. El laconismo oficial oculta las noticias de agresión sistemáticamente; pero, sin ánimo de causar alarmas y guiados sólo por el culto a la verdad, hay que decir que las agresiones son constantes y que nos cuestan muchas, muchas, muchas víctimas. Es un heroísmo inútil, que sacrifica a las fuerzas, más entrenadas para otra clase de lucha.

Así se comprende que esté entretenido en Marruecos un ejército de cerca de ciento setenta

mil hombres, del que apenas si toma parte en las operaciones que el enemigo no inicia el diez por ciento de los efectivos. Están casi todos destacados, cubriendo esas líneas ineficaces, que permiten al moro circular libremente por el territorio entero hasta las mismas puertas de Tetuán, y agredirnos, sin castigo en la generalidad de los casos, tan pronto como un español se aventura en lo más mínimo.

Para que nuestra dominación, indispensable a la obra del protectorado, fuese verdadera, sería preciso cambiar en absoluto de método y huir para siempre de los avances con retroceso seguro y de las posiciones débiles, sin sostén posible. En Marruecos no necesitamos arriba de veinte a veinticinco mil soldados (entiéndase bien, «soldados», no hombres sin instrucción, sin entusiasmo y sin asistencia adecuada). Ese ejército, nutrido con voluntarios y con indígenas encuadrados en la organización europea; dotado de elementos modernos de lucha; dividido en unidades no muy numerosas, con escasa impedimenta y en movilidad constante, que le permita a la vez mantener el apoyo mutuo, podría traer en jaque al enemigo, hostilizarle sin descanso, impedir sus concentraciones, garantizar la tranquilidad de los poblados no hostiles contra la incursión de las partidas de bandoleros, y ser dueño, en una palabra, del territorio donde actuase. Nada de penetraciones a fondo, con picado de retroceso,

como las bolas de billar, sino avances paulatinos sobre seguro, sin dejar tras el ejército un fusil en manos de un indígena y haciendo sentir así a los indiferentes y a los tibios el poderío de la nación protectora.

Tengo la seguridad de que esta voz será una vez más desatendida en las esferas donde se forja el rayo de la acción de España en Marruecos. Continuará el sistema funesto, que tan caro cuesta en dinero y en sangre; se avanzará pomposamente, a son de las trompetas de la fama de la literatura adicta, y una y otra vez se volverán a registrar páginas tan dolorosas como la retirada del Ajmás. De buena fe, sin duda, yerra el Mando; pero, sea como fuere, el caso es que se equivoca y que la nación sufre los desastrosos efectos del error.

Sobran hombres en la zona del protectorado y falta un plan militar en consonancia con las disponibilidades económico-guerreras de la nación y con la clase y cantidad de enemigo que a la acción de España puede oponerse. No se debe mantener inmovilizados a los contingentes que exige el sistema de pequeñas posiciones aisladas; y hay que pensar seriamente en la necesidad de variar de procedimiento para que el enemigo deje de disponer de la iniciativa durante la mayor parte de la jornada. No se olvide un hecho, que puede servir de ejemplo para apreciar lo que allí debe ser norma de conducta: la ocupación de

Chauen fué posible y no costó bajas; ¿sabe el lector por qué? Porque durante una noche maniobró la columna Castro Girona y sorprendió al enemigo ocupando posiciones a su retaguardia.

Si el gran jefe no hubiera rectificado así al Mando, o no estaríamos en Chauen o la operación habría costado millares de bajas.

En el Ejército no tiene aplicación la jornada de ocho horas.

EL TINGLADO DE LA FARSA

Quien dijere que el general Berenguer persigue a la Prensa, incurriría en yerro, porque, lejos de ser así, la ama, la protege y la fomenta hasta la exageración, esto es, hasta dedicarle mensualmente una suma de algunos miles de pesetas.

Claro es que, al decir esto, no me puedo en modo alguno referir ni a los periódicos ni a los periodistas independientes. Hay muchas publicaciones, incluso algunas de él devotas, que proceden como les place, en uso de su libre albedrío; y existen también escritores que, equivocados o no, defienden la gestión berenguerista, creyendo de buena fe que tenemos al frente de nuestro ejército africano al mejor caudillo posible. La Prensa a que me refiero es otra: es la que ha forjado a su gusto, a su capricho y a medida de las necesidades de su política el general en jefe y alto comisario de España en Marruecos; es la que presta servicios desinteresados a los periódicos

que se los quieren admitir; la que envía telegramas circulares relatando las operaciones y toda clase de acontecimientos en la forma que la imaginación y la gratitud le sugieren; la que cela al corresponsal tan pronto como llega a determinadas plazas de Africa y le proporciona informes de origen oficioso, que el periodista, si es incauto, acoge y transmite como de información propia. Es, en suma, la que constituye el tinglado de la farsa, para servir a la opinión nacional, en vez de la liebre, que con tanto afán se espera, el gato, que con tanta habilidad se entromete en las columnas de los periódicos españoles que se avienen a ser sorprendidos.

El general Berenguer tiene organizado un Gabinete de Prensa que le presta (a él) excelentes servicios. Un escritor muy inteligente, que por sus largos años de permanencia en Marruecos y por su afición al estudio de ese problema lo conoce a fondo, está al frente del organismo de publicidad y lo dirige con toda la discreción compatible con el fin escabroso perseguido. Combatió ese publicista a los generales Alfau, Marina y Jordana; atacó, un tiempo, también al propio general Berenguer; pero, sin duda, éste cambió de procedimientos, y hoy tiene en el aludido señor un panegirista entusiasta que menudea artículos en algunos diarios madrileños y que inspira otros, firmados por escritores de menor categoría, que están a sus órdenes en el Negociado en cuestión.

De allí salen corresponsales que telegrafían y escriben a ciertos diarios, y de la pluma de algunos de esos señores suelen salir las hipérboles más asombrosas en honor y provecho siempre del general en jefe y alto comisario.

Recientemente, al ocurrir los sucesos de Chauen, uno de esos cultivadores del infundio telegrafió y escribió después a cierto diario madrileño la gran noticia de que en la jornada de Miskrel-la se hicieron cuatrocientos prisioneros al enemigo cuando huía, lo que, si debió ocurrir, porque en ello precisamente está el grave error del Mando, no ocurrió ni mucho menos. Los de la jarca del Bulajia se retiraron cuando quisieron, sin que se les molestase en su huída; y los prisioneros a que el fantástico corresponsal se refería eran, sín duda, los moros que desde unos cuantos días antes del de la agresión habían sido paulatina y hábilmente encarcelados en Chauen por el capitán Castelló, de la Policía indígena, y por el Bacha. En ese caso, por consiguiente, el servidor del berenguerismo no sólo faltó a la verdad una vez más, sino que puso en evidencia el gran yerro de su ídolo.

Hay quien opina que esa clase de elogio más perjudica que otra cosa, porque, en fuerza de ser exagerado, inspira recelo a los que con más candidez lean; pero, sea ello lo que fuere, es lo cierto que a quien paga le parecerá bien, sin duda, cuando no sólo sostiene el tingladillo, sino que alie

con premios y con protección ilimitada a quienes más se distinguen en la labor de tocar el parche.

Ese Gabinete ejerce la censura de la Prensa y es el que a diario se ensaña con *La Libertad* y con otros periódicos que se permiten discrepar del criterio allí imperante. Y ese Gabinete también autoriza o no la circulación de telegramas, dándose el caso curioso de que si por acaso algún corresponsal tiene, merced a su iniciativa y a su esfuerzo, alguna información especial, como previamente ha de someterla a conocimiento del censor (corresponsal también), se pudiera exponer a que éste telegrafiase antes que él, o a la vez, que es casi lo mismo, aquello que tuvo la fortuna de averiguar, para servicio exclusivo de su periódico.

No quiero personalizar, y lamento muy de veras verme obligado, por bien de la Prensa en conjunto, a poner en la picota el sistema que con tanta tranquilidad ha entronizado el general en jefe; pero el caso es tan anómalo, tan peligroso, desde el punto de vista de la seriedad y de la veracidad de las informaciones y tan lesivo para los corresponsales verdaderos, que no he vacilado en sacarlo a luz para que, al menos, quien lea periódicos (y los periódicos mismos) sepan a qué atenerse cuando de Marruecos vengan columnas de información atiborradas de ditirambos y repletas de victorias, que luego no aparecen en el terreno de la realidad.

El buen humor, que nunca falta, ni aun a los españoles sometidos a las excelencias del régimen berenguerista, ha bautizado al flamante organismo, que es generalmente conocido por «La Corte de Napoleón», quizás por la cortesanía con que sirve al gran señor que hubo de fundarlo.

Yo no creo que la denominación sea la más acertada, porque, sin perjuicio de que en las excursiones guerreras ese séquito resulte muy semejante al de los caudillos que en el mundo fueron, como de lo que se trata no es de rendir pleitesía a determinada persona, sino de apoderarse de la opinión pública por medios no siempre lícitos, considero más adecuado el título que encabeza esté trabajo.

«El tinglado de la farsa» es rótulo que expresa gráficamente lo que es ese Gabinete.

Y lo peor del caso es que el tal tingladillo cuesta todos los meses al país unos miles de pesetas.

Ya que el señor quiere demostrar su cariño al régimen de publicidad amplia, y ya que él es quien aspira a recoger el fruto de su influencia en la opinión pública, lo menos que podría hacer fuera librar al presupuesto de la zona de la carga que representa.

¡Malo es que el autobombo funcione; pero mucho peor resulta que se pase la cuenta a quienes sufren los perjuicios inherentes al régimen!

LA DIVISIÓN EN CASTAS

Si en Marruecos hubiésemos tenido una dirección ponderada, no se habría dado el caso de que ante la opinión pública apareciesen nuestros soldados divididos en castas, con grave detrimento del principio de justicia y con notorio agravio para los que se veían en plano de injusta inferioridad.

Una parte de esa culpa nos corresponde a los informadores, en general, porque hubo un tiempo en que fué moda la exaltación constante de legionarios y regulares, que si para los conocedores del Ejército es cosa que no contribuye a formar juicio, para los profanos podía ser razón que indujera a error en el mismo.

El legionario es un soldado excelente; el regular puede serlo cuando se le manda bien y se le vigila con especial cuidado; pero el recluta, el que por obligación ciudadana va a filas, el que no está en ellas por olvidar contrariedades, por afán noble de rehabilitación o por una soldada,

ése supera a todos en origen, y les iguala, por lo menos, cuando se toca a batir el cobre, llevándoles la ventaja inmensa que supone el desinterés con que arriesga la vida en los campos de batalla.

No es sólo de la Prensa la culpa de ese yerro, imputable, como muchos más, al ambiente malsano en que desde hace mucho tiempo vivimos los españoles. Sabido es que siempre que en acciones de guerra entraban tropas peninsulares e indígenas, se procuraba, por encargo especial de todos los Gobiernos, alejar a aquéllas del mayor peligro, para que en los partes constase el menor número posible de bajas; y si bien eso es muy de alabar en cuanto supone economía de nuestra propia sangre, resultaba, en cambio, de un efecto desastroso a los ojos del indígena y aun del mismo enemigo, porque les hacía perder el concepto que de nuestra antigua y real superioridad tenían formado. La guerra es sacrificio, es arrogancia, es valentía, es desprecio de la vida; y si en los instantes difíciles los que están enfrente o los que están al lado ven que se procede a impulsos de la prudencia, lo menos que harán, en buena lógica y pesando bien conductas, es acusarnos de egoístas.

Lo que no se puede hacer es enviar a la guerra a la juventud española, sin darle primero la preparación necesaria, para que sus energías no queden anuladas por el desconocimiento de lo

que es aquélla. Al hombre más valiente y más pundonoroso se le cuelga en bandolera un fusil que no sabe manejar, y si llega un instante de peligro no le quedará otro camino que el del sacrificio inútil. ¡Cuántos españoles han perdido la existencia por ese abandono de los que debieron y deben organizar nuestro Ejército!

Estuvo de moda el elogio del legionario que recuerda a nuestros tercios, nuestras grandezas de Flandes y de los Países Bajos; se prodigó también la alabanza a los regulares, que proceden en cumplimiento de un contrato y que religiosamente son pagados por el buen servicio que nos prestan contra los de su propia sangre; y, en cambio, se olvidó que el soldado español clásico, el quinto, que llega a veterano después de pasar un sin fin de penalidades, lejos de su hogar y de su centro de relaciones, expone la existencia como los demás, no recibe premio alguno cuando se le recluta y no puede esperar otra recompensa que la satisfacción del deber cumplido, y una cruz con pensión de diez o de treinta reales si por acaso tiene ocasión de distinguirse.

Contra ese errar de algunos informadores inconscientes nada hizo la censura que por orden del Alto Mando se ejerce en todo el territorio de nuestra zona marroquí, ¡como si no fuese aquello más dañino que todas las informaciones censuradas por señalar deficiencias, torpezas y arbitrariedades de los elementos directores!

El elogio exclusivo a una fuerza deprime necesariamente los ánimos de las postergadas; y es tanto más lamentable cuanto que no hay diferencia alguna en el rendimiento útil de cada unidad siempre que esté bien mandada.

No la hay, indudablemente, y si alguna hubiera sería en beneficio del soldado abnegado y valeroso que llega a la línea de fuego sin saber casi manejar el fusil, sin estar curtido en la lucha, sin conocer el terreno, ni la estrategia, ni las artimañas del enemigo. Aquéllos son ya soldados cuando se alistan o se contratan, mientras que éste aprende a serlo con riesgo de su propia vida y en una escasez de elementos que debía ser remediada aunque no fuese más que por egoísmo, puesto que el resultado ha de estar por fuerza en relación con la preparación del combatiente.

Tenemos la prueba de la superioridad del soldado español en esas valiosas unidades que guarnecen de ordinario nuestras posesiones de Marruecos, las cuales rivalizan con las tropas más eficientes del mejor ejército del mundo, y son vanguardia obligada, fuerza de choque en el territorio donde operan. Ahí está ese brioso regimiento de Ceuta, ahí están esos Cazadores, ahí está ese regimiento de Alcántara, ahí están todos los demás Cuerpos de Tetuán, de Ceuta, de Larache, que se han cubierto de gloria siempre que se les presentó ocasión propicia para hacer sentir al enemigo el peso de nuestra indiscutible

superioridad. Ellos conquistaron muchos kilómetros cuadrados de terreno a costa de sangre, y allí se han mantenido en los días luctuosos de julio de 1921, saliendo de las posiciones que defendían para ir de nuevo al campo de lucha y rendir jornadas tan hermosas como la del 19 de diciembre en Ayyalia, donde a las órdenes de Serrano Orive asaltaron al cuchillo la posición, confundidos todos los combatientes (Ceuta, Regulares y Tercio) en apretado haz de valerosos soldados de España.

Se incurre en lamentable ligereza, pues, cuando se exalta sólo a una parte del ejército. Todos los que lo constituyen, si tienen buen mando, se hacen por igual acreedores a la admiración y a la gratitud nacional; pero si alguna excepción de plus pudiera hacerse, ésa no debería ser en justicia más que para el soldado que, en cumplimiento estricto del deber, tiene que abandonar su casa y su labor y su familia para ir al servicio militar.

La injusticia alcanza a otros aspectos no menos importantes, entre los que están la desigualdad de trato que el pueblo español les dió y la que hay en la retribución que cada clase de tropas tiene asignada.

Es sabido que al iniciarse esta fase aguda de la guerra, España se desvivió por agasajar a las unidades que para el campo de operaciones salían.

Si los Gobiernos pudieran sonrojarse tendrían el rostro color de púrpura, porque es una gran vergüenza que la generosidad individual tenga que acudir, pródiga, a remediar las deficiencias de una administración desastrosa. Suscripciones públicas para dotar hospitales, para adquirir material de guerra, para enviar auxilios al soldado... ¿Para qué, entonces, el fabuloso Presupuesto de la nación? ¿Por qué cauces han corrido los miles de millones que el contribuyente ha pagado?

Esto es lo que el recto sentir dicta; pero como la realidad demuestra que sin ese movimiento generoso nuestros soldados pasarían bastantes más privaciones y penalidades de las que son inherentes a la vida de campaña, hay que descender a la tierra y comunicar al lector algunas impresiones recogidas en los campamentos, que podrán contribuir a encaminar por vía práctica la prodigalidad de los donantes, si, como se pudiera temer, la terminación de la empresa militar no fuese una realidad inmediata.

Se incurrió en una injusticia grave con respecto a las antiguas guarniciones de nuestras plazas de Marruecos. En Africa desembarcaron unidades que llevaban en su impedimenta cajas de tabaco, barriles de vino, fardos de ropas interiores para renovación de la única muda que el soldado puede llevar en el macuto; eran regalos de valor inestimable, hechos con esplendidez por la generosidad, a impulsos del patriotismo; pero esos

donantes olvidaron a los soldados de Ceuta, del Serrallo, de los doce batallones de Cazadores, de la Caballería, de la Artillería, de los Ingenieros, de la Intendencia, de todas las Armas y de todos los Cuerpos que constituían las guarniciones y los destacamentos de ocupación y que se habían hecho acreedores a la gratitud de la patria. Este contingente de la vieja guarnición salió de España sin despedidas, sin obsequios, obscuramente; se incorporó a la unidad de destino, y tan pronto como recibió instrucción, fué al campo a batirse por la patria, a sufrir penalidades, a caer herido por las balas o agobiado por el peor enemigo, que es la enfermedad. Muchos reposan para siempre en los innúmeros cementerios que por doquier se han improvisado. ¡Los que tuvieron la suerte de escapar a tanto rigor no encuentran en la realidad demostración alguna de que España agradece su sacrificio!

También es de suma importancia la desigualdad que hay en la fijación de haberes. Creerán los españoles que todos los que a la causa nacional están sirviendo tienen igual remuneración, o, mejor dicho, disponen de iguales elementos de subsistencia, ya que, si a pagar su actuación se fuera, no habría dinero en el mundo para retribuirla como merece.

Es indudable que debieran estar equiparados, porque igual es el sacrificio, y si alguna diferencia hubiese, estaría en favor de los que, no por

su exclusiva voluntad, sino por cumplimiento de patriótico deber, salieron de su casa y de su círculo de vida para vestir el uniforme y para arrostrar las penalidades de la campaña. Pero es lo original del caso que esa igualdad no existe, y que los perjudicados por el absurdo son precisamente los que más derecho tienen a la protección del Poder público, porque son los que ingresaron en filas para rendir a España, sin estímulo alguno, el tributo de sangre.

El ciudadano español tiene el deber de servir a la patria con las armas en la mano, y no le asiste derecho alguno a soldada ni a premio, porque, al defender el territorio nacional, defiende su propia casa, el solar de sus mayores, el hogar de su descendencia. En este particular nadie habrá que dude de que si el Estado da a sus ejércitos lo indispensable para subsistir, cumple a maravilla cuanto el deber le impone en ese respecto; pero no se trata ahora de una guerra regular hecha en territorio nuestro, ni para conquistar otros donde se expansione el poderío de España; estamos en Marruecos para cumplir una misión civilizadora, impuesta por acuerdo de las naciones reunidas en Algeciras; y no sólo existe esa diferencia que resta entusiasmos y que impone al derecho a la retribución equitativa, sino que el acuerdo que nos impuso ese sacrificio le falta, sin duda alguna, el aditamento de que la carga económica se reparta por igual en-

tre todos los que del bien futuro participarían.

Nuestros soldados del ejército de línea son al salir de los límites que marcan nuestra dominación real en Marruecos, unos expedicionarios que realizan por mandato de las naciones signatarias determinada misión, extraña en gran parte al interés peculiar español. Tratarles como si defendiesen el territorio nacional, como si hubiesen invadido el extranjero, no sería adecuado y establecer distinciones en su perjuicio fuera indiscutiblemente injusto.

El voluntario cobra premios de enganche, tiene soldada mayor que la reglamentaria en el resto del Ejército y disfruta de una relativa libertad en comparación con sus hermanos de armas. ¿Es mucho pedir que se mida a todos con un rasero y que se igualen los haberes, por el máximum actual, para que la diferencia sea aplicada a mejora de ranchos, de vestuarios y de instalación?

El Alto Mando ha debido evitar la clasificación de los combatientes y también debió haber abogado ante los Gobiernos por la unificación de los haberes.

En ningún orden de la vida debe haber separación de castas entre los seres humanos; y en el Ejército mucho menos.

LOS FATÍDICOS BLOCAOS

Al censurar la multiplicación de puestos militares en el territorio que se ocupa, secunda usted una opinión muy extendida en España, pero que es absolutamente errónea. ¡Pobres de nosotros el día en que el sistema fuese rectificado y abandonásemos esas líneas de posiciones que a tanta costa hemos logrado establecer!

Así me decía, en conversación semiamistosa, quien, por aquellas tierras, más autorizado se halla para definir en punto a los aspectos esenciales del problema militar de España en Marruecos; y no ocultaré que opinión tan terminante y de tan alta procedencia me indujo a pensar si, en realidad, habremos incurrido en yerro, que sería lesivo para el interés patrio, los que, en simplista concepción del arte de la guerra, imaginamos que a nada práctico conduce la inmovilización de grupos de hombres en pequeños blocaos, que no impiden la comunicación del enemigo, que pue-

den ser fácilmente vulnerables, que se aíslan al primer asomo de temporal, allí tan frecuente, que han de hacer las aguadas a tiro limpio y que exigen para su aprovisionamiento la organización de convoyes apoyados por fuertes columnas de protección.

El caso era digno de sereno estudio. El dilema ofrecíase agobiador. Con blocaos tenemos las contrariedades que a cada paso salen a luz, y muchas más que van, ignoradas, a dormir sueño eterno en el pozo sin fondo de los archivos oficiales. Sin los puestos militares que hay, y que en lo sucesivo sean establecidos, expondríase la nación a riesgos de mayor cuantía. ¡Pobres de nosotros, etc., etc., etc.!

¿Qué pensar de ello? ¿Qué partido adoptar? ¿Por qué opinión decidirse?...

El general Lyautey preparaba su campaña militar del presente año.

Y el general De Lacroix informó acerca de la misma a la Prensa de su país.

Lo primero que el residente general se proponía realizar era:

«*La supresión de muchos de los puestos militares que existen en el interior de la zona, para opérar por masas compactas y, en consecuencia, mucho más eficaces.*»

Y, en sustitución de los puestos militares suprimidos, se creaban algunas posiciones principales, de las que irradiarán las operaciones y que

constituirán la cobertura eventual de las zonas pacificadas.

No soy de los que creen servir al interés patrio haciendo adaptaciones del sistema francés para injertarlas en el régimen de nuestra zona de influencia, porque, muy varios los usos y costumbres de los naturales de cada una, distintos han de ser necesariamente los métodos de protección que en las mismas deban emplearse con probabilidad de éxito.

Pero en el aspecto militar los problemas son más sencillos, porque los plantea y los resuelve la Géografía, sin que haya lugar a dudas.

«Quien domina el llano es dueño de la montaña», dice el vulgar aforismo; y ha de agregarse que quien posee los pasos de una comarca montañosa tiene en su poder las llaves del territorio entero.

¿No sería, por consiguiente, más posible y más eficaz en la región de Yebala lo que la realidad impone en la llanura de la zona francesa?

. . . .

En la española hay enorme número de blocaos, en los que se inmovilizan fuerzas considerables.

¿Aseguran la posesión del territorio?

Si una Comisión parlamentaria fuese a Marruecos y se tomase el trabajo de leer el parte diario de cada Comandancia, es seguro que inmediatamente se alzarían voces en el Senado y en

el Congreso pidiendo que se renunciara al régimen que tantas vidas nos cuesta y que tan inútil resulta a los fines dominadores.

Más que a imponer en determinado territorio nuestro poderío, parece que los destacamentos van a guarnecer las posiciones en castigo a graves faltas que exijan sanción muy dura, porque el vivir de nuestros hermanos en dichos lugares es un continuo padecer y un peligro constante de sucumbir a la emboscada o al ataque franco del enemigo. Se les establece en lugares distantes y de acceso difícil para nosotros—no para el moro, que trepa por riscos y breñas como cabra montés—; se les aprovisiona para muy pocos días, porque el local reducido en que se vive no consiente grandes almacenamientos, y allí se deja a una quincena de españoles, mandados por un sargento o por un cabo, los cuales tienen diariamente que hacer aguada, que practicar la descubierta y que salir en busca de leñas para cocinar y para defenderse en invierno y en muchas noches del resto del año de las inclemencias del tiempo.

¿Qué ocurre con harta frecuencia en esos servicios?

Reciente está el caso de Ain-Gorra, pequeña posición de Beni-Arós, situada en altura y relativamente cercana a las de Adrú y Afernun. Tiene una avanzadilla y la rodea terreno de monte alto, con espesa gaba, que casi cubre a los jine-

tes, y con barrancadas en las que el peligro de agresión es tan grande como segura la impunidad de los que la realicen.

A las ocho de la mañana salieron, para hacer el servicio de descubierta, un sargento, dos cabos y trece soldados; desplegaron y marchaban con las precauciones debidas, cuando al entrar en un barranco que debía ser recorrido para facilitar la aguada, de varios sitios les hicieron descargas simultáneas, a consecuencia de las cuales murieron la mayoría de los muchachos, que eran todos del regimiento de Aragón, número 21.

Los restantes, lejos de retroceder ante aquel ataque tan duro, que continuaba, avanzaron hacia donde habían caído sus compañeros, y allí también quedaron muertos pocos instantes después. Había más de doscientos enemigos, que se apostaron en lugares adecuados y que disparaban sobre seguro, sin el menor riesgo.

De Adrú salieron fuerzas de socorro, al mando del alférez de Aragón D. Antonio Bujalance; pero estaba la puerta del blocao tan bien enfilada por los moros, que en el momento mismo de aparecer en ella el oficial, que iba delante de la tropa, recibió un balazo en el bajo vientre y cayó en tierra muy grave.

Se formó una pequeña columna de socorro, al mando del capitán del mismo regimiento D. Manuel Prado, y se dió una batida, en la que no se

pudo lograr otra cosa que recoger los cadáveres, a los que el enemigo había despojado ya del armamento, de los correajes y de cuantos objetos de valor tenían.

Duró el fuego un buen rato más, y quedaron huellas de él en la posición, sin que hubiese allí más bajas que la de una acémila.

La vida de diez y seis hombres y un oficial gravemente herido nos costó ese día (18 de abril de 1922) el torpe afán de mantener líneas de posiciones innecesarias y a veces insostenibles.

Otra elocuente página demostrativa de las excelencias del régimen que tanto enamora al General en jefe fué escrita en Beni-Resdel por el sargento del 60, D. Juan Moreno, con quince hombres más de dicho aguerrido regimiento. Una buena noche del mes de septiembre de 1921, el enemigo atacó el blocao que esos valientes defendían y fué rechazado, dejándose dos muertos en la alambrada. A la noche siguiente fueron los moros, ansiosos de desquite, y en gran número repitieron el ataque, cercando el blocao y rompiendo las defensas exteriores.

La situación se hizo muy crítica. Atacaba el enemigo con botes de metralla y trató de incendiar el pequeño fuerte, por lo que sus defensores tuvieron que dividirse en dos grupos: uno, que rechazaba a tiros el asalto, y el otro, que evitaba la propagación del fuego, agotando a poco la escasa provisión de agua.

El sargento Moreno fué herido a los primeros disparos y siguió, no obstante, dirigiendo la defensa, mientras que la pequeña guarnición, en la que había cuatro muertos y cinco heridos, manteníase con el ardor propio de los soldados del 60.

Cuatro horas duró la lucha, retirándose el enemigo al desvanecerse la niebla, que fué muy densa y que impidió el más rápido socorro.

Pocos días después de ese suceso ocurrió otra agresión en el blocao de Ain-Kamur, guarnecido por un sargento, dos cabos y quince soldados del mismo regimiento de Ceuta. Tiene ese puesto la aguada muy distante y a la vista del enemigo, por lo que ha de hacerla con grandes precauciones y con el mayor contingente posible de defensores. Habían salido para hacerla un cabo y ocho soldados, y hallábanse a poco más de un kilómetro del blocao cuando, desde tres sitios donde había enemigos parapetados, les hicieron otras tantas descargas, a consecuencia de las cuales cayeron muertos dos soldados; los siete hombres restantes dispusiéronse a resistir y sostuvieron fuego, durante el cual murieron otros dos y quedaron heridos los cinco restantes.

Estos emprendieron la retirada hacia el blocao, llevándose a los muertos, y sufrieron nuevas descargas, a las que contestaban con energía, sin que su ánimo de valientes decayera un solo instante, a pesar de lo difícil de la situación, por-

que el enemigo los acosaba para apoderarse de los fusiles.

Mientras tanto, el jefe del blocao disponía el socorro; pero hallábase ante la dificultad de que, si salía con los hombres que le quedaban, le quitarían la posición; tuvo, pues, que limitarse a hostilizar desde ella al enemigo para facilitar el regreso de los atacados.

Así las cosas, y ante lo crítico de los momentos, ocurrió lo de siempre, el rasgo de heroísmo del soldado español: un muchacho de los del 60, acemilero de la posición, se brindó a salir hasta la más cercana, que dista cuatro kilómetros, y logró llegar sano y salvo, comunicando lo que ocurría. El jefe de ese puesto, que era el alférez de Ceuta, Sr. Navacerrada, no vaciló un instante, y, a pesar de que sólo disponía de veinte hombres, dejó diez en el blocao y salió con los restantes a batir al enemigo, teniendo la fortuna de que éste se retirase, quizás por no poder calcular que en tan reducido número se le atacara.

De los nueve soldados que habían salido a hacer el servicio de aguada, sólo uno quedó con vida, aunque herido; y puede formarse idea de la intensidad del fuego sabiendo que uno de los cadáveres tenía once balazos y siete otro.

Se recogió a todos, se retiraron también los fusiles y se replegó la fuerza hasta el blocao, donde fué renovada la guarnición al llegar, horas después, tropas de socorro.

Tal fué la trágica aguada de Ain-Kamur, en la que, según ocurre por allí con harta frecuencia, se derramó un caudal de sangre generosa de españoles, y... ¡no se llegó a coger una gota de agua!

Si la información parlamentaria se realizase, se demostraría que en el total de bajas que en Marruecos sufrimos corresponde una parte muy crecida a los blocaos, en los cuales no pasa día sin que se registren agresiones con bajas muy sensibles y sin que, en los casos de rechazarse, obtengamos beneficio alguno en orden a la depresión del enemigo.

Razones poderosas tendrá el Mando para sostener a todo trance el sistema de blocaos, que requiere enorme número de pequeñas guarniciones, que no asegura la dominación efectiva del territorio y que nos cuesta al cabo de cada mes mayor contingente de víctimas del que se pudiera ocasionar en una acción de guerra desarrollada a todo evento. Las posiciones estratégicas suelen tener por objetivo sostener la pacificación de las comarcas en que son establecidas, de tal modo, que se imponga a los naturales la imposibilidad de vivir sin someterse; en esta campaña, que, digan lo que quieran decir los estrategas de vía estrecha, no es irregular, porque para algo se estudia en las Academias militares la guerra de montañas contra enemigo de movilidad rápida, deben darse, indudablemente, circunstancias es-

peciales, de las que escapan a la comprensión de los no iniciados, toda vez que, a pesar del indiscutible fracaso del régimen de pequeños destacamentos, se persiste en desparramarlos por esos mundos y hasta se proyecta la colocación de muchos más, como si de ellos dependiese el pronto y feliz término de la guerra.

Hay algo peor que el errar, y es la persistencia en el error.

¿Por qué estará enamorado de ese funesto régimen el no menos funesto general Berenguer?

¿Pobres de nosotros el día en que el sistema fuese rectificado...?

¡Pobres, pobrísimos, si muy pronto no se rectificase!

LA SELECCIÓN AL REVÉS

BUENA la armó el señor La Cierva cuando sometió a las Cortes el proyecto de recompensas!

Cifraba el ambicioso y fracasado ministro los más vivos anhelos de encumbramiento personal sobre la base de la captación de voluntades en el abnegado ejército de Africa, y precisamente él, que fué autor responsable de la ley que dió a las Cámaras esa facultad, fué también el primero en sufrir las naturales consecuencias de su impremeditada labor.

De tardía e inoportuna fué calificada la propuesta que el ciervismo llevó a las Cortes.

Fué tardía porque, con arreglo a la ley orgánica, todas las recompensas han de otorgarse dentro del plazo máximo de seis meses, a contar desde el hecho de armas que las motiva, o al final de campaña, si su duración fuese menor de dicho tiempo. En este caso, muchas de ellas se proponían por hechos realizados hace dos años

o más tiempo aún; y es claro que, de no haberse procedido con esa parsimonia, el proyecto de ley no habría coincidido en las Cámaras con el debate sobre responsabilidades y con las justas demandas de castigo que restaban ambiente a la concesión.

Por eso mismo era inoportuno el plan del señor La Cierva, y sobre todo, tenía que tropezar en obstáculos insuperables cuanto se relacionaba con el premio al general Berenguer por su anterior campaña de la zona occidental. El mayor enemigo suyo no imaginara arbitrio más endemoniado para concitar contra él voluntades, porque desde el momento en que surgió Annual y no se había demostrado la irresponsabilidad del Mando supremo, lo menos que un político prudente podía hacer era aguardar a mejor ocasión para abrir la ventanilla de los pagos.

De ahí que por la lentitud incomprensible con que primero se procedió, por la inoportunidad de la presentación del proyecto de ley, más tarde, y por la inclusión del general en jefe en la propuesta, estén aún sin recompensar militares que por su conducta ante el enemigo merecen gratitud de la patria.

Un hecho que causó general disgusto fué el de la rebaja hecha en la propuesta de recompensas enviada al Supremo por el jefe del ejército de Africa. Dispone la ley que en los casos de servicios extraordinarios y repetidos que aconsejen la

conveniencia de utilizar en bien de la patria excepcionales aptitudes, se instruya expediente contradictorio, de carácter sumarísimo, a propuesta y con informe del general en jefe, para que, siempre que dicho informe sea favorable, pase al Consejo Supremo para el definitivo y se pueda elevar a las Cortes el oportuno proyecto de ley.

Envió el general Berenguer una propuesta que comprendía a más de setenta generales, jefes y oficiales, y en la que, como es lógico, él no figuraba. El Supremo tuvo a bien podarla y la dejó reducida a diez y ocho nombres, lo cual demuestra o que en ese alto Tribunal se ha sufrido algún error lamentable, o que en Africa se procedió con notoria ligereza al aplicar el precepto legal; pero, de uno o de otro modo, lo cierto es que se echó un jarro de agua fría sobre muchas ilusiones y que vino a colmar la medida del asombro la inclusión posterior del general en jefe en el proyecto de ley que, por ésa, entre otras causas, ha fracasado.

El caso es tan anómalo, que las gentes no aciertan a dilucidar cómo puede haber ocurrido, y sobre todo, cómo no ha dejado estela alguna que satisfaga al principio de justicia; porque si se procedió mal en la preparación de la propuesta, debió adoptarse alguna medida que evite la repetición del yerro, y si aquélla estaba bien fundada, procedía otra solidaridad distinta de la

de ser incluído en el proyecto de ley. (De esto se ha hablado mucho.)

Al general Barrera se le incluía en la propuesta, para el ascenso a divisionario, por su cooperación a las operaciones de la toma de Chauen; y en verdad que se le ponía en la picota, porque habiéndose dicho que su misión era llegar a dicha plaza desde la zona de su mando, se quedó a muchos kilómetros del objetivo. Así, en el Congreso pudieron sacarse a colación textos no muy cariñosos que con el expediente se relacionaban, y se hicieron deducciones que no favorecían ciertamente al interesado.

Pues bien; se han realizado después operaciones en el sector de Chauen, interviniendo más de quince mil hombres, al mando superior del general Berenguer, y siete mil dirigidos por Barrera, que partieron de Muires, donde tenía éste su posición extrema; y, a pesar de ese aparato de fuerza... ¡no se logró hacer la conjunción de las tropas de ambas Comandancias! ¿Cómo se pudo disponer entonces que, con reducido contingente, se hiciera lo que cuesta tanto trabajo a fuerzas mucho mayores? ¿No demuestra esto que la operación estuvo mal calculada?

Ni premio ni censura, sino justicia al que hizo en aquella ocasión lo que humanamente era posible realizar. A eso es a lo que el general Barrera tenía derecho indiscutible y así lo han reconocido después otros gobernantes, otorgándo-

le, en vía semiordinaria, lo que extraordinariamente no tenía fácil realización. Su ascenso demuestra que no fué él quien incurrió en caso de censura por las operaciones de la ocupación de Chauen, sino el que no acertó a calcular que hacer otra cosa de lo que se hizo salía de los límites de las posibilidades.

Entre las víctimas más señaladas de la injusticia con que en esto de las recompensas se ha procedido está el capitán de los Regulares de Tetuán Sr. Yagües, al que todavía hay algún elemento oficial que regatea el derecho a que se premien sus extraordinarios servicios.

Se trata de un oficial que fué herido en cuatro combates, hecho que, siendo muy honroso para él, no lo es tanto, sin embargo, como las circunstancias que en su actuación militar concurrieron, porque, precisamente por ser pundonoroso y por sentir el noble estímulo de servir a la patria, se ha perjudicado, en vez de obtener beneficio alguno. Estaba en el hospital de Tetuán, curándose una de sus heridas, cuando supo que al día siguiente salían los Regulares para la toma de Ben Karrich; pidió el alta sin estar curado, ni mucho menos; asistió a la operación y en ella fué nuevamente herido, después de distinguirse como en otras ocasiones; y resulta que por no haber causado en sala el número de estancias requerido por los Estatutos de la Cruz de Sufrimientos por la Patria, no pudo obtener la pensión aneja a la

misma. Unas pesetas menos y una herida más.

Y a ese oficial se le discute todavía el derecho a la recompensa para que estaba propuesto, y no ha tenido ante el país más defensa que la incidental de un señor diputado, que interrumpió proclamando el mérito que en él concurre. El Sr. La Cierva no tuvo a bien defender ni al señor Yagües ni a ninguno de los demás sacrificados. ¡Le bastaba con ensalzar al general en jefe!

El efecto que en el ejército de operaciones han causado estas malas andanzas del proyecto de recompensas y el retraso que por móviles no muy confesables están sufriendo las propuestas sucesivas, es deprimente y da margen al epígrafe que encabeza este capítulo, porque entre los que se van y los que caen, muy pronto habrá desaparecido la mayoría de los mejores.

He aquí un diálogo que hube de sostener en Tetuán con cierto jefe de los más autorizados, por su independencia y por su brillante carrera, para decir las verdades sin temor a represalias:

—El comandante X—me decía—ha firmado papeleta para irse a la Península, y muy pronto harán lo mismo varios jefes y oficiales de los que más se distinguen en la campaña.

—¿...?

—Muy sencillo. Se convencen de que están perdiendo el tiempo, de que hacen un sacrificio estéril que la nación ni conoce ni recompensa con la gratitud al menos, y acaban por abatirse,

por entregarse y por ceder a la imposición del buen sentido.

—¿Y la vocación? ¿Y el entusiasmo?

—No hay vocación ni entusiasmo que resistan al continuo golpear de la indiferencia ambiente que domina en España. Por docenas podría citarle casos de distinguidos en muchos hechos de armas, que permanecen en el anónimo más enervador, sin tener al menos la satisfacción de que en los partes oficiales se divulgue su esfuerzo, y sin esperar remotamente que sea premiado de modo efectivo. Son muchos los que se distinguen, y como no tengan la suerte de que les den un balazo, nadie sabe que existen en el mundo siquiera.

—¡Sí que es suerte!...

—Ahí está manando sangre el caso Fontanes, que es típico. Mandaba la segunda bandera del Tercio: asistió desde Agosto a los más duros encuentros de Melilla, se batió como un león, fué distinguido entre los distinguidos, y, sin embargo, la mayoría de los españoles no han sabido de él una palabra hasta que, en trance muy difícil (que sin su bravura y su pericia habría acabado en desastre), perdió la vida gloriosamente.

—¿Va ahí una censura a la Prensa?

—No hay censura, porque sé que los corresponsales ni pueden estar en todos los sitios, ni tienen facilidad para enterarse de lo que hace cada uno de los que luchan. La causa está en el

régimen de silencio y ocultación en que se vive, del laconismo de los partes oficiales, del afán sistemático con que se trata de impedir que en el campo del trigo descuellen las espigas mejor granadas... Se quiere imponer la igualdad absoluta, y no se repara que precisamente en esto del pelear es en lo que más pronto resaltan las aptitudes. Todos se baten; todos prueban el valor que se les supuso al entregarles el real despacho; todos hacen el sacrificio de la vida por la patria; pero en ese gran concurso de abnegaciones sobresalen, desde que se disparan los primeros tiros, las dotes excepcionales de aptitud, y así, quien posee el genio militar, quien se distingue por sus condiciones de mando, quien domina el arte de la organización y de la dirección de fuerzas, ése debe ser seleccionado tan pronto como se le descubre, para impulsarlo hasta que arribe a los puestos donde sus servicios especiales puedan ser más útiles a la nación.

—Pero ¿están suprimidas las recompensas?

—De derecho, no; pero de hecho, sí. La ley y el reglamento autorizan el ascenso en campaña, con el fin de «dotar, con grandes probabilidades de acierto, las diferentes jerarquías del Ejército, y aprovechar las excepcionales facultades de algún general, jefe u oficial, en beneficio de la nación». Hasta ahí, el precepto legal, que es claro; pero la práctica nos dice que al cabo de cuatro años de su vigencia en plena campaña, aún están

por recompensar los primeros distinguidos de la misma, algunos de los cuales han muerto en operaciones sucesivas sin haber tenido la satisfacción de saber que la patria premiaba sus esfuerzos.

—¡De alguien será la culpa!

—Principalmente, del sistema. Dice la ley que las recompensas se otorgarán al final de la campaña, si ésta dura menos de seis meses, o por plazos de ese mismo tiempo como mínimo, según los hechos de armas y operaciones realizadas. De acuerdo con esa disposición, se forman semestralmente relaciones de distinguidos, que se publican en la orden general de la plaza; se manda luego formar expedientes «individuales» de juicio contradictorio, en los que habrán de deponer, además de las personas que el instructor designe, cuantos soliciten declarar, el jefe del Cuerpo o unidad en que sirva el propuesto y algunos del mismo empleo. Terminados los expedientes, van, con informe del general, al Consejo Supremo de Guerra y Marina, y, siendo el de éste favorable, se someten a las Cortes, en proyectos de ley, para que acuerden la concesión de la recompensa, si a bien lo tienen.

—Todas las garantías son pocas en asuntos de esa índole.

—Las garantías, sí; pero las rémoras, no; y lo malo del sistema es que, en el primer caso que ha habido, se ha dado intervención a la política.

—¿Política en recompensas?...

—¡Indudable! Eso lo debe el Ejército al señor La Cierva, que, ganoso de atraerse a determinada personalidad, le ha hecho el flaco servicio de ponerla a debate, y ha lesionado de rechazo el derecho de jefes y oficiales que englobó en la propuesta. El ministro faltó a lo que la ley dispone, porque habiendo de ser los expedientes individuales, él los comprendió en un solo proyecto, y dió lugar a que todos corrieran la misma suerte. Es seguro que las Cortes no habrían negado el ascenso a Castro Girona ni a los demás jefes y oficiales que salieron del tupido tamiz del Consejo Supremo. Uno a uno, todos los ascensos estarían concedidos; pero en bloque, se exponía a los interesados a correr la aventura del general en jefe.

—Sin duda, el momento no era el más adecuado para premiar servicios.

—También en eso hay error, porque la recompensa de los méritos contraídos antes del desastre no debía confundirse con la exacción de las responsabilidades correspondientes al mismo. Un militar puede merecer cien premios hasta un momento determinado, y al día siguiente incurrir en falta que le haga perder la carrera o la vida ante el pelotón de fusilamiento. El ministro, al decidirse a pedir el premio con tanta premura y tan a deshora, no tuvo la gallardía de ondear aisladamente el pabellón Berenguer y defenderlo a

costa de su propia existencia ministerial. Por eso es responsable de la demora que muchos militares distinguidos sufren, y de paso ha desacreditado el sistema, dando ocasión a que se discutan merecimientos reconocidos unánimemente por el Ejército. ¡Ha hecho a éste mucho daño, y ha llevado las recompensas a un verdadero callejón sin salida! Por eso el decaer de los ánimos y el éxodo de los mejores que se inicia, y que acabará por ser una selección en sentido inverso.

—¿Debe irse a la reforma de la ley?

—El sistema es malo; pero el plan que el ministro de la Guerra puso en práctica para sacar de las Cortes aquella primitiva hornada de recompensas lo empeoró de tal suerte, que se hace preciso pensar en la rectificación inmediata, como medio único de impedir los efectos que ya empiezan a tocarse en el ejército de operaciones.

—Fueron las Juntas las que, servidas a qué quieres boca por el Sr. La Cierva, impusieron las reformas por decreto y con ellas la remisión de las recompensas al Poder legislativo.

—¡Exacto! Y hay que añadir que entonces había razón para imponer cortapisas a la facultad ministerial, que tan arbitrariamente se manifestó en repetidísimas ocasiones. Se hablaba, con razón, de la orgía de las recompensas, y si no se acude a esa extrema medida fiscalizadora, el mal hubiese subsistido; pero ocurre que no sabemos jamás colocarnos en el justo medio, y así hemos

pasado del uno al otro polo en forma tal, que si antes la injusticia estaba en premiar a alguien que del todo no lo mereciera, ahora estriba en que son privados del premio los que indudablemente lo ganaron frente al enemigo.

—¿Qué reforma procedería?

—Si hubiese valor para confesar el yerro, lo mejor fuera pedir a las Cortes que declinasen su facultad en el Consejo Supremo de Guerra y Marina, que reúne las garantías máximas y que por algo resuelve, sin apelación, en asuntos tan capitales como la vida y la honra del militar. Precisamente, el rigor con que depuró la propuesta discutida es prueba de que, si puede pecar, no lo habrá de hacer porque abra portillos al favoritismo; pero si no se quiere llegar a eso, bastará con someter a las Cámaras expedientes individuales, señalando plazo forzoso de resolución, como se hace en suplicatorios, por ejemplo. Tal vez, en algún caso, ocurriría que maniobrase la política; pero, en general, los acuerdos serían justos. Desglósese la propuesta pendiente, y es seguro que en unos días quedará aprobada.

—¿Eso es todo?

—¡De ninguna manera! Hay bastante más que hacer. El reglamento vigente debe ser reformado, porque la práctica señala muchas lagunas. Es injusto que no exista gradación para recompensar, y que de la cruz roja sencilla se pase al empleo superior inmediato. Teníamos antes la

pensionada y la Cristina, con las cuales eran recompensados los merecimientos que sucesivamente se contraían, hartos para la roja sencilla y no bastantes para el empleo. Además, hay ocasiones en que mereciendo dos del mismo grado igual recompensa, su concesión es injusta; por ejemplo: dos capitanes intervienen en el mismo hecho de armas, y, juntos, salvan heroicamente una situación difícil; se les asciende a comandantes, lo cual es justo; pero si uno tenía el número 10 en el escalafón y el otro el 1.500, este último estaría recompensado en proporción ciento cincuenta veces mayor. De ahí que se deba pensar en la conveniencia del ascenso de lugares dentro de la categoría.

—¡Lo que iría igualmente contra el principio de escala cerrada!

—Que es absurdo, porque priva al mando de los ejércitos del concurso de los mejores en la plenitud de aptitudes. A pesar de la orgía célebre, muchos de los buenos han descollado merced al sistema antiguo. Sin él, Burguete sería ahora teniente coronel, a lo sumo; Sanjurjo y Serrano, comandantes; Berenguer y Jordana estarían recién ascendidos a tenientes coroneles, y otros, que también llevan el peso de la campaña, vegetarían en puestos secundarios, sin dar a la nación el producto de su valer indudable.

—Entonces, ¿el Ejército es partidario de la escala abierta?

—La mayoría, no; por egoísmo en algún caso, y en la generalidad, por temor a que la francachela resurja; pero sobre ese reparo legítimo hay que poner el interés supremo de la patria, que exige la depuración constante de valores, para que los de primera calidad reciban el premio que merecen y rindan todo el esfuerzo útil de que son capaces. Tal vez, si se hiciesen dos escalafones, uno para los puestos sedentarios y otro para el ejército de combate, en éste sería fácilmente admitida la escala abierta, siempre que el procedimiento ofreciese garantías.

—Lógica es la indicación.

—Y por lo mismo no será escuchada; pero acójase o no, es preciso preocuparse del mal que está a la vista, porque se inicia la desbandada de los desengañados, que puede causar mucho mal a este ejército. Han caído en la lucha muchísimos que eran gala y orgullo de las Armas y Cuerpos a que pertenecían; otros están inútiles por enfermedad o por heridas, y el resto empieza a desfilar desilusionado. Los que vengan serán, sin duda, del mismo temple; pero mientras llegan a adquirir la práctica y el entrenamiento de los sustituídos, su gestión no podrá suplirles. Y hay que tener en cuenta que las fuerzas de choque, si con buen mando son excelentes, con dirección mediana serían peligrosas.

—¿Se conjuraría el peligro abriendo paso a las recompensas?

—¡Indudable! Sin estímulo, iremos cada vez a peor, porque sólo se vendría a Marruecos para cumplir los dos años de permanencia y volver a la Península cuando el fruto de la experiencia adquirida empezase a madurar. Aquí se necesita a entusiastas especializados, y no tiene la nación derecho a exigir sacrificios sin corresponder con el premio de una recompensa justa.

Hasta ahí el preopinante, que es, repito, persona capacitada para definir en éste y en muchos aspectos del problema militar de Marruecos.

No he de comentar; sí evocaré el recuerdo de cierta visita que, después de una dura jornada, hice a cierto hospital de sangre, en el que un oficial herido me decía con amargura:

—¡Ya caí! Llevo cinco años en este territorio, creyendo que venía a hacer carrera, y resulta que venía a hacer vacante.

Esa es la realidad, y, no obstante, si dijera que en el ejército de Africa es unánime la opinión sobre recompensas no estaría en lo cierto, porque existe una gran división con sus correspondientes subdivisiones, a saber:

Son partidarios de ellas, aunque algunos por compañerismo hayan firmado la obligación de permutarlas, en caso de concesión, casi todos los jefes y oficiales que pertenecen a las fuerzas llamadas de choque. Son los entusiastas, los deci-

didos, los que por vocación permanecen en Marruecos y pertenecen a las unidades de primera línea. Con ser muy humano que se aspire a prosperar en una carrera, en premio a esfuerzos y a sacrificios, puede afirmarse que en la generalidad de los casos esa aspiración obedece también al deseo de llegar a los puestos superiores para servir más y más eficazmente al interés supremo de la nación, como prueban los casos Sanjurjo, Serrano, Castro Girona y tantos más que podrían ser citados. Por eso la opinión de los que se pronuncian en pro de las recompensas, sobre ser justa, beneficia al Ejército y a España, puesto que contribuye a que se forme un plantel de jefes jóvenes, aptos y prestigiosos.

No son partidarios de las recompensas bastantes jefes y oficiales que pertenecen a esas mismas fuerzas llamadas de choque, quizás porque recuerdan injusticias cometidas en las épocas en que aquéllas se concedían a caño libre, y prefieren ascender cuando Dios quiera a sufrir la vejación de verse injustamente postergados. Podría citar casos de algunos que, habiéndose distinguido en muchas acciones de guerra, deben a la antigüedad todos sus ascensos, mientras que compañeros que se batieron en una tertulia saltaron a trancas hasta colocarse en cabeza de escalafón.

Y en el resto del Ejército se estima como un mal menor el ascenso por riguroso turno de anti-

güedad, preferible al de selección por méritos, porque la memoria de las polacadas vence al deseo de que a las cumbres lleguen antes los mejores. No hay confianza en la rectitud de quienes pudieran distribuir esa justicia, y se prefiere que por razón del tiempo ocupe el mando una medianía a que por imperativo del favor se coloquen en primera línea (de escalafón) nulidades bien apellidadas.

Es muy de lamentar que no haya habido aún ministro alguno que estudie el medio de abrir paso a las capacidades más notorias, sin detrimento del derecho de quienes no tuvieren ocasión de sobresalir, porque tal vez fuera posible que, mientras llega a ser creado el Ejército colonial, con su escalafón exclusivo abierto al arrojo, a la pericia y a la inteligencia, pudiéranse conceder recompensas que fomentaran el espíritu general y que despertasen nobles estímulos en la juventud que al servicio de las armas se dedica.

El sistema actual es funesto; ha matado muchas ilusiones y permite el absurdo caso de que en las vacantes que a diario sufrimos en Marruecos frente al enemigo obtengan el beneficio de anticipar su ascenso los que por su voluntad o por fuerza de las circunstancias viven tranquilos en las Cajas de reclutas, en las zonas o en los demás puestos burocráticos.

Muchos sacrificios realiza el ejército que en

Africa pelea; pero el mayor, quizás, es ese de no poder esperar recompensa adecuada a la cuantía del esfuerzo que realiza.

Sin recompensas no hay estímulo, y sin estímulo no puede haber buen ejército.

EL REGIMEN SANITARIO

Si en Marruecos no tuviésemos que combatir con otro enemigo que con el moro, podríamos considerarnos felices, porque ése, a pesar de su ferocidad, de su ardimiento en la lucha y de la doblez con que se aprovecha del infantilismo español, llega a ser dominado en ocasiones, mientras que el otro adversario, la enfermería, nos ataca sin cesar y nos causa al año un número de víctimas bastante mayor que el producido por la campaña propiamente dicha.

Hay que avenirse a la idea de que en un ejército numeroso que reside fuera de sus cuarteles ordinarios no se puede aspirar a una normalidad en el régimen, que evite el desarrollo de algunas enfermedades; pero es preciso reconocer al mismo tiempo que, siendo muchas de ellas fácilmente evitables, es vergonzoso y es criminal que no se impida su estrago. Así el paludismo, plaga que destroza las filas del ejército, y que en todos los pechos honrados provoca un grito de indig-

nación, porque, de jefes abajo, hay en Marruecos millares de españoles que tienen impreso en el rostro, para toda su precaria vida, el sello del terrible mal.

Las necesidades militares obligaron a establecer campamentos en sitios sanitariamente inadecuados, y el abandono, también endémico, de nuestra burocracia central desoyó por sistema las demandas que el Cuerpo médico formuló a millares para que se dotaran los botiquines de abundantes provisiones de quinina (de buena calidad, que ese es otro disco) y para que se establecieran hospitales de convalecientes en condiciones adecuadas, a fin de impedir el caso de recaída y, sobre todo, de lograr que el restablecimiento absoluto del enfermo sea una realidad.

Hay que estudiar en este problema dos aspectos esenciales: el preventivo y el curativo; y se puede asegurar escuetamente que al primero apenas si se le ha prestado atención en las altas esferas, y que, si bien se provee al segundo con indudable celo, como el mal requiere otra medicación más eficaz que el buen propósito, los resultados no corresponden a la finalidad que se ambiciona.

Si no mienten los tratadistas, el paludismo tiene origen en las aguas encharcadas, donde se cría el mosquito propagador, el *anofele.* Por lo tanto, si en los lugares donde hay encharcamientos se procurase hacer la desecación o si al me-

nos se empleasen agentes químicos de saneamiento, es indudable que se obtendría algún resultado práctico en beneficio de las tropas acampadas. ¿Se hace algo en ese sentido?

Es cosa científicamente probada que el empleo racional de la quinina puede inmunizar contra la invasión palúdica. Sé de un caso tipo que puede servir de estímulo. En Chauen, donde la enfermedad hace estragos en la temporada veraniega, el capitán Peñalosa consiguió que en las fuerzas de su mando no hubiese un caso siquiera de paludismo, simplemente porque no concedía licencia ni ventaja alguna al que ante él no tomase con frecuencia una dosis de quinina que él mismo costeaba. Por las mañanas, al repartirse el café, formaba a la gente, le repartía también sellos del medicamento, y el que no lo tragase a su vista ya sabía que no lograba permiso especial ni beneficio extraordinario de ninguna clase. Todos se apresuraban a medicinarse y ni uno solo fué atacado de paludismo durante el verano de 1921, en el que las enfermerías rebosaban de soldados. ¿Cabe prueba más elocuente de los beneficios del sistema preventivo?

Debe éste practicarse en todo tiempo con más o menos intensidad, según las estaciones. No debemos atender a los que dicen que el mayor peligro pasa porque la época de lluvias lo aleja; el peligro podrá ser mayor o menor, pero siempre existe, porque el clima es favorable al des-

arrollo de los gérmenes palúdicos y se les debe combatir lo mismo cuando se hallen en estado latente que cuando sean avivados por la acción del tiempo. Es más: muy posible es que sea época más adecuada para combatirlos la del invierno, puesto que sabiéndose por experiencia cuáles fueron los focos más intensos. con menor riesgo se podrá actuar sobre ellos para tratar de extinguirlos o para evitar su reproducción.

En cuanto al régimen curativo, desde el plano de incompetencia en que el profano se halla no pueden apreciarse las realidades en forma tal que permitan formar juicio; pero, eso no obstante, sí puede el informador recoger impresiones autorizadas y darles publicidad con el propósito de que ésta contribuya a mejorar el régimen, si por acaso fuese susceptible de reforma, que tal vez lo sea.

Es conveniente, mejor dicho, es necesario que el palúdico sea hospitalizado tan pronto como se observen en él las primeras manifestaciones de la enfermedad, porque a veces la falta de atención adecuada en ese período determina la agudización del mal y el peligro inminente para la vida del enfermo.

Es preciso dedicar, para los palúdicos, salas especiales en establecimientos que reúnan condiciones sanitarias inmejorables. Si la mejor medicación es el paso del Estrecho, no se comprende por qué se les retiene en hospitales deficientes,

que sólo debían ser utilizados para los leves de enfermedades comunes y para las atenciones de campaña.

Es absurdo ordenar que los convalecientes vuelvan al Cuerpo respectivo, relevados de trabajos y con especial alimentación. El soldado tiene mal alojamiento, en el cuartel no puede haber distinciones y en las cocinas de campaña harto se hace con elaborar el rancho corriente. ¿Cómo, pues, se le va a dar al que convalece el trato cuidadoso que su estado reclama? Mandarlo a filas en esas condiciones, ¿no es condenarlo a una recaída que puede serle fatal?

Es, en consecuencia, indispensable un régimen curativo que sea basado en la hospitalización rápida del palúdico, en su traslado a la Península tan pronto como sin riesgo pueda hacerse y en su licenciamiento temporal hasta que se halle restablecido e inmunizado contra ese azote de la juventud española que lucha en Marruecos.

Eso será, no sólo más humano, sino también más eficaz y muchísimo más económico.

En nuestra zona de Marruecos hay pocos hospitales, y éstos son, en general, no malos, sino peores. Es inútil que el Cuerpo médico luche abnegadamente con las enfermedades endémicas, porque, a causa del hacinamiento, de la confusión que impone la falta de salas adecuadas, el que no tenga cualquier mal peligroso lo adqui-

rirá seguramente a los pocos días de hospitalización.

Véanse ejemplos elocuentísimos de lo que son por lo general esos hospitales:

Un muchacho que estaba en campamento y que dormía, con cinco más, en una tienda individual, valga la palabra, se contagió de sarna, como muchos del batallón a que pertenece. Fué llevado a hospital y se le colocó en una sala de contagiosos, donde también había tuberculosos y palúdicos; de la sarna curó a los pocos días, pero entonces sufrió la invasión del paludismo, y desde entonces se encuentra a diario alrededor de los 39 grados por obra y gracia del abandono y de la falta de precauciones que en los hospitales reina. ¿Cabe ejemplo más elocuente del desbarajuste sanitario? ¿Es así como debe corresponderse a la abnegación con que los españoles damos nuestros hijos al servicio de la patria?

Otro enfermo tuvo que luchar a alpargatazos con las chinches la noche primera que estuvo en determinado hospital, y al día siguiente él mismo hizo lo que otros debieron hacer, porque compró alcohol y una esponja y quemó la cama de hierro, acabando con los asquerosos insectos.

Un soldado que entró en la misma sala de contagiosos tuvo que privarse de comer para no perder en absoluto el estómago. Baste decir que el enfermero que acababa de friccionar a un sarnoso, cogió con la misma mano, sin lavar,

una tortilla y se la arrojó para que la comiera.

Las ropas se lavan en conjunto, y, como no tienen marca, se reparten luego según se piden; así se puede dar el caso de que la de un tuberculoso vaya a un sano, para que deje de serlo, y así sucesivamente.

¿Cómo extrañar que el soldado prefiera no presentarse a reconocimiento al riesgo de ir a un hospital de los que cuentan con más médicos de los que en realidad necesitan, y carecen, en cambio, de mucho de lo imprescindible?

En unas notables conferencias que el ilustre doctor Juarros ha dado en el Ateneo de Madrid, ha expuesto (con la autoridad científica que se le reconoce y con la adquirida además por su experiencia en el Cuerpo de Sanidad Militar, al que hasta poco tiempo ha pertenecido y del que se ha marchado porque, según su gráfica manifestación, era inhabitable), ha expuesto, repito, casos que sublevarían a un pueblo que tuviese conciencia de la ciudadanía, a saber:

En el Hospital Central, de Tetuán, los techos se hunden y el agua y el viento entran por todas partes.

En el de la Alcazaba no hay agua ni retretes.

En todos faltan sábanas y cabezales.

Para salir a operaciones en determinada ocasión tuvo un doctor ilustre que adquirir sueros, por cuenta propia, porque ni los había ni se le autorizaba para comprarlos por la del Estado.

En otras ocasiones ha ocurrido lo propio respecto a medicinas de uso imprescindible en los hospitales.

Por no haber potabilizadoras, se tiene que usar agua de mala calidad y es corriente que la mayoría de los enfermos sufran enteritis tan pronto como se hospitalizan.

Han sido repatriados por inútiles, a causa de tuberculosis adquirida en los campamentos o en los hospitales, cerca de un millar de soldados que en sus pueblos respectivos son ahora focos de infección y propagación del mal terrible.

Lo mismo sucede con varios miles de palúdicos.

Y se ha dado el caso inaudito de que a un pobre soldado leproso se le licenció, por inútil, como era natural; pero se le lanzó, libremente de toda precaución, a pesar de las prevenciones facultativas, y estará ahora entre los suyos, con grave peligro de que les propague la incurable enfermedad.

Y si todo esto ocurre en los hospitales y en orden a la repatriación de inútiles, no es menos merecedor de censura lo que se está haciendo en punto a la organización de servicios con arreglo a las aptitudes especiales de cada cual.

El sabio doctor Juarros lo decía también en sus magistrales conferencias. A él, que se dedica con especial atención a la psiquiatria, le encargaron en Tetuán una Sala de enfermedades ve-

néreas, y mientras tanto a los dementes los enviaban a Ceuta para que los asistiera un tocólogo (¡!).

Pero no pára en esto el escándalo del abandono y defectuosa organización de los servicios médicos en el ejército de operaciones.

Se jactaba el Sr. La Cierva de haberlos organizado a la perfección y nos creía incursos en delito de leso «patriotiiísmo» (con varias íes acentuadas) a los que no comulgábamos con esa rueda más de molino que él servía a las naturales ansias de la opinión pública. Es cierto que para las operaciones de diciembre y enero últimos organizáronse y funcionaron los equipos quirúrgicos, con resultados admirables, y es también una realidad que se empieza a trabajar en pro de la higiene; pero no deja de ser de una evidencia abrumadora que, en punto a cirugía de urgencia, se abandonó el buen camino, apenas iniciado, y tenemos actualmente, no sólo las posiciones secundarias, sino también los grandes núcleos de concentración, total, absoluta, completa y desconsoladoramente abandonados.

No me lo han contado; lo he visto yo en el Hospital de Chauen, el día siguiente de la operación de Miskrel-la donde, fué mortalmente herido el bravo comandante de Regulares de Ceuta, Sr. Garrido, una de las glorias más legítimas del ejército de operaciones; y confirmé mi impresión al escuchar después una charla de competentes,

quienes, palabra más, palabra menos, venían a decir:

—¿Cómo va Garrido?

—Muy mal; es caso de muerte.

—¿Sondaron la herida?

—No se pudo; se buscó una sonda rígida, y no la había.

—¿Y el alférez Saliquet?

—Va gravísimo. Es caso de intervención quirúrgica inmediata, y como aquí no se podía hacer, se lo han llevado a Tetuán, para operarle en cuanto llegue, si llega.

—Pero ¿no se le hubiera podido atender en el Hospital nuevo?

—Ni en el nuevo, que sigue en construcción, ni en el provisional, que carece de condiciones adecuadas para esos casos de asepsia rigurosa.

—¿Qué se ha hecho de las instalaciones dispuestas cuando lo de Ajmás?

—Tan pronto como acabaron las operaciones militares, se levantó todo, porque, a lo que parece, aquí no hacía falta. ¡Está Tetuán tan cerca!

—¿Y los casos urgentísimos? ¿Y los que sean heridos en la extrema línea de posiciones? ¿Y los que no puedan ser transportados sin riesgo de muerte? ¿Y los temporales, que pueden cortar el camino? ¿Y el enemigo, que trate también de interceptarlo?

—No sé nada más sino que se lo llevaron todo, porque aquí no hacía falta.

—¡Y el que muera, que se muera!

—¡Está Tetuán muy cerquita!

Este diálogo—repito—no me lo ha contado nadie; lo escuché durante mi permanencia en la ciudad abandonada, y sirvió para corroborar la impresión que *in mente* formé cuando presenciaba la evacuación de heridos, algunos de los cuales no parecían estar muy en condiciones de someterse a los rigores de una jornada de 70 kilómetros.

En Chauen hay millares de soldados y hay también otros muchos en la línea extrema de posiciones. Como los accidentes de guerra no dependen sólo de la voluntad de quien organiza operaciones, y como, por lo general, ocurre que acaecen cuando menos lo piensa el mando, surgen casos, como el de Miskrel-la, en que tenemos 40 heridos, y se tocan inmediatamente, a costa del peligrar de vidas de nuestros hermanos, las consecuencias de la falta de organización previsora. El Sr. La Cierva (y de él hablo porque a su gestión corresponde la falta) estuvo en Chauen y autorizó luego este régimen, en el que se carece de sondas rígidas en un hospital de sangre y no hay un remedo de quirófano para las intervenciones quirúrgicas de urgencia. ¿Es así como se vela por la salud del soldado? ¿Es ése el «patriotiíiísmo»?

En las ciudades y en los pueblos no se autoriza una mala corrida de toros sin que previamen-

te se monte una enfermería con los elementos imprescindibles. Allí se envía a los hijos de España a luchar con un enemigo siempre en acecho y se sitúan los medios curativos a muchos kilómetros de distancia.

El régimen es de abandono, de pobreza, de desbarajuste, de confusión, de falta de acierto para utilizar aptitudes; y a causa de él se esterilizan los esfuerzos del Cuerpo de Sanidad Militar y se pone en trance de abandonarlo a todo el que puede hacerlo, como ha ocurrido al doctor Juarros.

Y si en todos los órdenes de la vida la falta de cumplimiento de los deberes es censurable, en este de la organización de los servicios médico-quirúrgicos toda falta es punible, porque de ella puede depender la vida de un ser humano.

¡Bastantes bajas nos hace el enemigo para que las aumentemos con las causadas por la incuria oficial!

LOS ACUARTELAMIENTOS

UN deber de humanidad obliga a tratar del régimen de acuartelamiento del soldado, para que el país sepa cómo se le aloja, cómo se le alimenta, cómo se le viste, cómo se le preserva de los rigores del frío y del calor, cómo se ha correspondido, en suma, desde la esfera oficial, a los sacrificios que la nación ha hecho para mantener en alto el prestigio de España.

El famoso Gobierno de salvación nacional envió a Marruecos millares de soldados, sin preocuparse de que el hombre necesita vivir de un modo algo diferente al de la generalidad de los irracionales. Hay que alojar a la tropa en cuarteles, en tiendas, en barracones, en chavolas siquiera; pero siempre a cubierto de las inclemencias del tiempo, de las lluvias, del frío, del rigor del sol en verano. ¿Cómo se alojó a las fuerzas expedicionarias?

Primero, se las hacinó en los cuarteles de las poblaciones de tránsito, cosa lamentable, pero

que en cierto modo justificaban las exigencias de la movilización rápida. Después, comenzaron a verse congestionadas las de destino, y fué necesario enviar unidades a campamento, estableciendo así posiciones definitivas.

No había tiendas de campaña; disponíase sólo de algunas de las llamadas individuales, y fué preciso acumular en ellas a los soldados, a razón de seis por cada una. La tienda individual es una lona que se coloca en ángulo sobre el suelo y por el vértice apenas levanta un metro, poco más del espacio de que un ministro dispone en su mesa para colocar cómodamente sus extremidades inferiores. Pues bien: bajo ese artefacto, libre por la entrada y por la salida, se alojan seis hombres, que tienen que penetrar arrastrándose más que un político ambicioso ante las Juntas de defensa, y que muy difícilmente consiguen, al cabo de vueltas y revueltas sobre el duro suelo, acomodarse como sardinas en lata para pasar allí la noche, desde el toque de retreta al de diana.

Se discurrió, para obviar esas dificultades de alojamiento, un sistema de barracones que cuestan a la nación varias millonadas y que estarán concluídos para cuando no queden de las tropas expedicionarias más que los recuerdos de la fecha de sus salidas para hospitalización o para «lo otro». Esos barracones se construyen, en muchos casos, con maderas viejas, utilizadas ya

para varios usos, que, sin embargo, se pagarán como flamantes. (En la estación de Bobadilla vi un tren de material para barracones, y en muchas de las tablas que conducía leíanse aún restos de carteles de cierto teatro de verano de una capital andaluza.) El negocio de los barracones no deberá ser malo del todo; pero ello es que se colocan tarde, que los contratados no bastan para las necesidades del Ejército y que darán un resultado pésimo en la práctica, como todo lo que se improvisa, y ahí están, por ejemplo, las reformas militares del Sr. La Cierva, que a estos y a otros rigores nos han llevado.

La instalación de las tropas en los campamentos es malísima; no hay tiendas ni barracas bastantes, y lo que se construye tiene por fuerza que ser deficiente. Se duerme en el santo suelo, sobre barro a veces, entre alimañas siempre, y no hay más limpieza posible de esas alcobas que la que de vez en cuando hace el agua de lluvia, que las recorre con toda libertad. Un buen día se le ocurrió a este cronista escribir llamando la atención acerca de la falta de jergones, de sacos de paja siquiera, para evitar ese espectáculo doloroso que había presenciado; la información fué tachada por la censura; pero como en el Gobierno quedaba prueba, el ministro dió al siguiente día una nota recomendando el donativo de colchonetas. ¿Cabe mayor burla? ¿Cabe mayor abandono de los deberes de un gobernante?

¡Pedir a la caridad pública lo que es obligación del Gobierno!

En muchos campamentos no hay agua. El soldado está más sucio que las actas de cualquier distrito murciano, porque la poquísima agua de que se dispone es preciso emplearla en el café, en los ranchos y en dar de beber al ganado, que no puede dejar de hacerlo. Al fin y a la postre, un mulo vale mil pesetas y un soldado no cuesta dinero; un nombre más a la lista y... ¡puede el baile continuar!

El soldado come mal porque no hay previsión para abastecer al Ejército en buenas condiciones de baratura.

Se carece en Marruecos de lo indispensable para condimentar ranchos higiénicos y nutritivos, y lo poco que hay cuesta caro, porque el moro se aprovecha de las circunstancias y abusa todo lo que puede, que es mucho. Una vaca tísica rinde más producto a su dueño que el más hermoso ejemplar de la campiña gallega dé al campesino que lo lleve a un mercado español. Además, como esas carnes son de escaso valor alimenticio, el que las come se queda como si no hubiese probado más que una ración de estopa, y la consecuencia natural es la desnutrición, que abre paso franco a todas las calamidades físicas que por aquellas tierras se padecen.

Es inútil que los capitanes de compañía se esfuercen en procurar que se hagan buenos ran-

chos, a pesar de que la abundancia de cuotas, que no los comen, deja algún margen a la economía. La dotación de 1,25 por plaza es tan pobre para las circunstancias actuales, que apenas llega a cubrir el gasto más preciso; y como el tipo de mejora no pasa de unos 0,35, ni aun con él se puede conseguir que un hombre coma lo estrictamente necesario para que no sea víctima de la autofagia.

Y no puede alegarse ignorancia en la esfera oficial, porque el mismo ministro que se queda tan satisfecho dando esas cantidades irrisorias para la alimentación del soldado perteneciente a las unidades ordinarias del Ejército firma el haber de los Legionarios, que sólo para rancho tienen dos pesetas, lo que prueba que es conocido en el centro directivo lo que una alimentación regular exige. No quiero decir con esto que me parezca mucho lo que se da al legionario, que por su heroísmo, por su abnegación, por el servicio inmenso que presta se merece eso y muchísimo más; pero sí me parece que no hay razón para que no se dé igual suma al pobre soldado que, en cumplimiento de un deber patriótico, sale de su hogar y deja su modo de vivir para irse a soportar las penalidades de la campaña.

El soldado, por esas y por otras causas, come poco y come mal.

De la dotación para uniformes, muy poco hay

que decir para que se comprenda lo que en Marruecos ocurre. Baste saber que en diciembre estaban muchos soldados con ropas de verano en pésimo uso, porque no se había podido armonizar con el almanaque la dotación del vestuario de los Cuerpos.

Dispone el soldado de una manta en tercera vida, que ha de utilizar para todo: si sale de servicio, la lleva, y si llueve, con ella empapada en agua ha de dormir sobre el encharcado suelo, secándola con el calor humano, lo que equivale a una enfermedad segura del que así tiene que pasar la noche.

De prendas interiores de abrigo no hay que hablar siquiera, porque la previsión oficial no alcanzó a comprender que su uso puede ser conveniente cuando el frío arrecia. Cada soldado se ha de arreglar con lo que buenamente le envíen de su casa, y si no dispone de medios la familia o no hay donativos—¡vergüenza de la Administración!—, se quedará bonitamente helado en recompensa al sacrificio que realiza.

Uniforme viejo, raído, ligerísimo; una mala manta y... ¡a morir, por culpa del abandono de los de arriba!

Así, me decía un pobre soldado:

«—Yo he venido aquí a que me maten los moros de un balazo, no a morirme de hambre y de frío.»

Deficiencias en la instalación, en el alimento,

en el vestuario. ¿Cómo extrañar, después de saber esto, la cifra que la enfermería arroja? ¿Cómo no indignarse ante la despreocupación con que se dijo en las Cortes que los servicios estaban perfectamente atendidos?

¡Ni alojamientos, ni alimentación, ni equipo!

¡Esa es la obra del gran Gobierno revanchista!

[illegible] que ha de [illegible] todo el [illegible] de servicio, la lleva, y si llueve, con ella empapada [illegible] ha de dormir sobre el [illegible] suelo, secándola con el calor humano, lo que [illegible] a una enfermedad segura del que no tiene que [illegible] la noche.

No [illegible] interiores de abrigo no hay que hablar siquiera, porque la previsión oficial no alcanzó a comprender que si no puede ser conveniente cuando el frío arrecia. Cada soldado se ha de arreglar con lo que buenamente le remitan de su casa, y si no dispone de medios la familia o no hay donativos [illegible] de la Administración, [illegible] bastante [illegible] consecuencias [illegible].

[illegible] sólo, figurémonos una noche [illegible] y... ¡a montar guardia! [illegible] de las [illegible]!

Así, me decía un pobre soldado:

—Yo he venido aquí a que me maten los moros de mi [illegible], no a morirme de hambre y de frío.

Deficiencias en la instalación, en el alimento,

LOS DE CUOTA

Antes de bosquejar lo ocurrido con los soldados del Capítulo XX, o sea los que, mediante el pago de una cuota, compraron el derecho a reducir el tiempo de su permanencia en filas, he de hacer una afirmación terminante: «Mientras en tierra de Marruecos haya un solo soldado de haber que no sea voluntario, no debe quedar en la Península un solo soldado de cuota de las unidades respectivas, porque para defender el supremo interés de la patria todos los españoles deben ser iguales en el sacrificio.»

Por primera vez, en España, no hubo distinción de clases ante el cumplimiento del deber. Canalejas había llevado a la ley de Reclutamiento el principio de la igualdad ante la obligación del servicio de las armas, y aunque su obra quedó incompleta, porque requería concursos de gobierno que modificasen el anticuado régimen cuartelero, rindió, no obstante, el apetecido fin

de llevar a todas las esferas de la sociedad española el conocimiento real de lo que es la guerra, de su estrago, de la perturbación que produce en el seno de las familias, en el trabajo, en las industrias, en las profesiones...

Fueron a los campos africanos los pobres y los ricos; y, arrastrados por el alud irresistible, allí también se hallan los «cuota» de la clase media, que son los que en mayor grado sufren el rigor de la situación creada por la locura imperialista que nos llevó al desastre, porque les faltan condiciones de resistencia física y no tienen a su alcance la probabilidad de llegar a la escala de complemento, en que la vida militar se hace menos dura.

Nutren ese contingente de cuotas pobres ciudadanos que en la ordinaria vida social luchan con la escasez para abrirse paso por el propio esfuerzo. Han salido de la mísera vivienda cara que sostienen a costa del presupuesto de mesa, y son, por consiguiente, desnutridos, que al menor esfuerzo caen víctimas de la fiebre, y que en las marchas suelen ser aumento de impedimenta. Con sacrificios múltiples y escogiendo el mal menor, reunieron las familias el puñado de pesetas que representaba reducción del tiempo de servicio en filas y que limitaba el de privación de sueldo; y cuando imaginaban haber así conjurado el mayor riesgo, las circunstancias vinieron a imponer una nueva tortura, que se prolonga

indefinidamente, y que sume en la desolación miles de hogares modestos.

El soldado que está en Africa sufre inmensos rigores; pero los que padece el «cuota» sobrepasan a cuanto pueda imaginarse; tiene derecho a rancho, que, por lo general, no es una inmunda bazofia; mas ocurre que, si es bueno, no puede soportarlo un estómago débil por la falta de ejercicio, y si es malo, la repugnancia impide comerlo. De ahí que la mayoría se vea obligada a mantenerse a su costa, lo que equivale a sangrar más y más el haber de las familias con esos giros que tanto tardan en llegar, y que representan, valga la paradoja, un aumento del hambre endémica que nuestras clases medias sufren.

La falta de alimentación adecuada, el exceso de fatiga y las pésimas condiciones de los campamentos, dan un contingente enorme de enfermería que cuesta a la nación un caudal de estancias en los hospitales y que empobrece más y más la raza, devolviendo a la Península espectros vivientes y organizaciones a las que el paludismo minó para el resto de la existencia. Y cuando eso se ve, cuando a tal extremo se llega en la abnegación de un pueblo, hay motivo para dirigirse a los hombres de la cumbre en demanda de soluciones, con el ruego de que cese la indiferencia oficial y se atienda un poco al verdadero interés de España, que estriba en poner coto al derroche de sus escasas energías.

El sacrificio de los cuotas de clase media ha hecho conocer a casi toda la nación el alcance del peligro a que está expuesta. Ya que no para otra cosa, sirva ese sacrificio al menos para que la opinión pública actúe y recabe el imperio de la sensatez en las esferas oficiales, impulsando una reforma que la experiencia impone.

La ley de Reclutamiento es deficiente y es además injusta. Con arreglo a ella, a su letra y a su espíritu, los cuotas no han debido ir a Marruecos, porque las unidades a que pertenecen no fueron íntegras a la campaña. Determinan los artículos 267 y 268 de la ley mencionada que los mozos del cupo de filas que paguen respectivamente mil o dos mil pesetas, se costeen el equipo y se sustenten por su cuenta, servirán diez o cinco meses y seguirán la suerte del Cuerpo por ellos elegido cuando salga a maniobras o a campaña. ¿Han marchado a Marruecos las unidades completas a que los soldados de cuota pertenecen? ¿Fueron sólo batallones pertenecientes a las mismas? ¿Cómo entonces para completar efectivos se pudo destinar por sorteo a esos batallones soldados del Capítulo XX que pertenecían a los que en sorteo también quedaron exentos de marchar?...

Es indudable que por temor a la justa protesta que hubiese habido en caso de privilegios, se incurrió en el caso contrario, o sea en el de no exceptuar de la obligación patriótica ni aun a

aquellos mismos que legalmente estaban libres de ella. Y a tal punto se ha llegado en la exageración igualitaria, que mientras muchos reclutas de haber quedaron en los cuarteles como por su buena suerte les correspondía, los de cuota, en su totalidad casi, han ido a Marruecos, y la inmensa mayoría, falta de valedores, ha sufrido en grado máximo el rigor de las desdichas de la imprevisión ambiente.

El Estado hizo con esos reclutas un contrato que ellos cumplieron con escrupulosidad y al que no se les correspondió de igual modo. ¿Hacían falta todos los individuos en filas? Pues nada más lógico que anular el contrato, devolver las cuotas y exigir el cumplimiento estricto del servicio militar a los interesados. ¿No debieron ir más que los que figurasen en la plantilla de los batallones que salían? Pues no se comprende cómo se les sorteó para completar efectivos. ¿Se cobra por la concesión del beneficio de reducir la permanencia en filas? Pues si no se reduce, lo más lógico, lo que la equidad dice, es que se debe devolver el importe de una exención que no se disfruta. ¿Es, quizás, que el Estado puede hacer contratos de azar? Pues aun en ese caso resulta también que falta a su compromiso, porque igual trata a los que dieron mil pesetas para servir diez meses, que a los que pagaron dos mil por permanecer sólo cinco en filas.

Es indudable que la práctica enseña el camino

a seguir en ese punto de tan capital importancia, el cual no puede ser otro que la implantación del servicio obligatorio, mejor dicho, de la instrucción militar obligatoria, con tiempo muy limitado de permanencia en los cuarteles y con maniobras anuales para que exista siempre un núcleo importante de ciudadanos en aptitud de servir a los fines de la defensa nacional, no para emplearlos en guerras impopulares, estériles y esquilmadoras de las energías de la raza.

Todos los ciudadanos, sin distinción alguna, deben conocer el uso de las armas y practicarlo periódicamente hasta que el tiempo vivido los relegue a segundo término. Y lo mismo el pudiente que el más humilde proletario deben permanecer en el cuartel el menor plazo posible, porque, contra lo que muchos afirman, la vida cuartelera anula energías e infunde hábitos de ocio cuando las unidades carecen de mando inteligente que se preocupe de educar a los que están sometidos a obediencia. El ciudadano hace falta en las Universidades, en las industrias, en el comercio, en las labores agrícolas, porque allí, a medida de su aptitud y de su esfuerzo, crea riqueza y desarrolla energías. Donde no hace una cosa ni otra es en las guarniciones, en las que por lo general alterna la custodia de edificios con la asistencia a esparcimientos en los que contrae hábitos no siempre beneficiosos. La campaña me ha hecho observar que los Cuerpos

más aptos para entrar en operaciones desde un principio fueron los instruídos en ciudades pequeñas, donde, por no ser necesario atender a servicios de guardia y de exhibicionismo, pudieron los jefes preocuparse más de la instrucción en todos sus aspectos.

Es necesario ir rápidamente a la reforma de la ley de Reclutamiento; hay que suprimir la cuota o que aclarar lo mucho que con respecto a ella está en la penumbra; y sería lo más justo establecer el servicio obligatorio por plazo muy breve, con buenos cuarteles y buena soldada, sin perjuicio de verificar anualmente maniobras para conservar, durante la edad de plenitud física, un plantel de soldados útiles en la defensa del verdadero interés de la Patria.

En esta ocasión, los cuotas han sido sacrificados.

más aptos para entrar en operaciones desde un principio fueron los instruidos en ciudades pequeñas, donde, por no ser necesario atender a servicios de guardia y de exhibicionismo, pudieron los jefes preocuparse más de la instrucción en todos sus aspectos.

Es necesario ir rápidamente a la reforma de la ley de Reclutamiento; hay que suprimir la cuota o que aclarar lo mucho que con respecto a ella está en la penumbra; y sería lo más justo establecer el servicio obligatorio por plazo muy breve, con buenos cuarteles y buena soldada, sin perjuicio de verificar anualmente maniobras para conservar, durante la edad de plenitud física, un plantel de soldados útiles en la defensa del verdadero interés de la Patria.

En esta ocasión, los cuotas han sido sacrificados.

LOS PRISIONEROS

VERGÜENZA de las vergüenzas! A tal extremo nos han conducido los altos elementos directores de los destinos de España, que resultó imposible hasta ahora rescatar a nuestros hermanos, prisioneros de Abd-el-Krim.

Habrá que poner en claro algún día la conducta de Berenguer en relación con las rendiciones que dieron ese gran contingente de prisioneros; habrá que averiguar por qué Navarro se detuvo en Monte Arruit, por qué no se le socorrió, por qué tuvo que rendirse; y también será preciso hilar delgado en lo relativo a las gestiones hechas para el rescate, desde el momento mismo en que se comenzó a negociarlo. Faltan al informador elementos suficientes de juicio para emitirlo del modo rotundo que desearía; pero hay los suficientes para satisfacer en parte las ansias legítimas de la opinión pública, que no se puede avenir de buen grado al pesimismo oficial y al abandono en que a los prisioneros se deja.

Es preciso, ante todo, sentar una afirmación: la de que ni desde el Gobierno ni desde la alta comisaría se intentó jamás el rescate de los prisioneros por el camino más acorde con el prestigio nacional. Se empezó negociando con Abd-el-Krim y negociando se ha seguido, en forma tan inadecuada, que somos juguete de los caprichos, de las informalidades y hasta de las exigencias intolerables del orgulloso rifeño. Ahí tal vez esté la causa principal del fracaso. Veamos cuál fué el curso de las negociaciones.

Al conocerse en Melilla y en Tetuán que había prisioneros en poder de Abd-el-Krim, entró en acción diplomática Dris-ben-Said, que, investido de plenos poderes, marchó a Alhucemas y se puso al habla con ese cabecilla, naciendo entonces el proyecto de rescate a cambio de los consabidos cuatro millones de pesetas. No se dieron, según el Sr. Maura declaró en su discurso del Senado (1 de diciembre de 1921), porque esa cantidad hubiera constituído el presupuesto de guerra de las cabilas; y, con toda clase de respetos, he de manifestar al preopinante que, aunque se hubieran dado, no habríamos recogido a la totalidad de los cautivos, si es que alguno lograba ser puesto así en salvo, porque esa curiosa división en series de que ahora se habla estaba hecha desde un principio, o, para decirlo más claro, entraba en los cálculos de Abd-el-Krim barajar a su antojo a las víctimas, para imponerse

así en todo tiempo a los que desde un principio demostraban falta de energía.

Por otra parte, el Gobierno estaba tan equivocado en su juicio sobre la posible inversión de esos millones, cuanto que para nada necesitaban las cabilas nutrir su presupuesto de guerra, desde el instante en que la debilidad española les permitía el libre comercio en sus costas y la libérrima administración de la Aduana que han montado en Alhucemas. ¿Qué armas, qué municiones iban a comprar los rifeños de que ya no hayan podido proveerse y se provean a su antojo por ese camino que nuestra timidez les deja franco? ¡No hubieran gobernado más femeninamente las Pacas a que el Sr. La Cierva requebrara en uno de sus desbordamientos informatorios!

A la vez que actuaba Dris Ben Said, el general Berenguer autorizó al jefe de su famoso Gabinete de Prensa para ir a los Peñones en unión del Uali, un beniurriaguel que decía tener gran prestigio en su cabila. La gestión fué coronada por el más estrepitoso fracaso; el Uali cuenta que le quisieron fusilar, y el fiel servidor del Alto Comisario volvía al cabo de unas semanas diciendo que había encontrado resistencias invencibles para entablar siquiera negociaciones. Quizás por eso, algunos meses después, estando el Uali en la plaza de España, de Tetuán, en unión de un primo de Abd-el Krim,me decían ambos que éste y Dris Ben Said estaban de

acuerdo para impedir toda mediación extraña y para alzarse con el importe del rescate, razón por la cual fracasaban cuantos a negociar iban; y se hacía imposible la liberación, a causa también de que los demás cabileños recelaban de aquél y no le permitían disponer de los prisioneros.

Es indudable que la intervención de Dris Ben Said en este asunto ha sido funesta para el éxito, lo que resulta abrumador para quien no dudó en utilizarle en esa gestión del mismo modo que le había empleado ya en otras, comenzando por librarle de la prisión en que, a causa de su deslealtad, le puso el general Gómez Jordana.

Dris Ben Said es joven, es ilustrado, es ambicioso, desciende de noble familia y se destaca en un cierto grupo de nacionalistas (remedo de los jóvenes turcos), que no debe ser desdeñado por España, porque labora mucho más de lo que algunos gobernantes se imaginan.

¿Debe merecer la confianza que, a juzgar por las apariencias, goza?

¿Ha sido siempre leal amigo de España?

Una sola respuesta corresponde a las dos preguntas, y ésa no habrá de escribirse, porque el buen juicio del lector sabrá anticiparla. Limítome, pues, a refrescar recuerdos, sacando a colación la vida y milagros del negociador del rescate.

Pertenece Dris Ben Said a una ilustre familia de Salé, siendo su padre un antiguo funcionario

de la corte del sultán. Su deseo de disfrutar del mundo le hizo contraer deudas, que mermaron la fortuna paterna, y por esa causa fué despedido del hogar y se halló desde muy joven a la ventura, en Fez primero, y después en el campo de Melilla, donde le acogió el bajá Bachir Ben Senah. Entonces trabó excelente amistad con Abd-el-Krim el Jatabi, que le protegió con largueza.

En 1915 apareció en Tetuán, diciendo ser gran amigo del alfakí Ben Seddik el Darcaui, sabio de Gomara, residente en Tánger, de mucha influencia en su cabila y enemigo irreconciliable del Raisuni. Ben Said se presentó ofreciendo ser mediador, para que ese influyente nos ayudase contra el cabecilla; se aceptó en principio su propuesta, fué a Tetuán el Darcaui con una jarca de gomaris, a los que se pagó considerable «muna»; se trató de prescindir del Raisuni, como ellos deseaban, y, entabladas negociaciones con los nuevos aliados, hubo que darlas por fracasadas, porque exigían como primera condición la de que nuestras tropas no avanzaran un paso ni tomasen posiciones, garantizando ellos la seguridad del territorio.

Tenemos, pues, a Dris Ben Said enemigo declarado del Raisuni y patrocinador de la causa del más fuerte rival que se le oponía; pero pronto cambió de parecer, porque en alza aquél y aspirando, por el apoyo alemán, a ser sultán de

Marruecos si la guerra mundial terminaba por el triunfo del kaiser, Dris, no sólo evolucionó, sino que fué el más decidido propagandista del raisunismo.

Fué avisado el general Jordana de los manejos que en pro de esa candidatura se hacían, y llamó a Dris, el cual negó su intervención y ofreció romper las relaciones con Raisuni; pero pocos días después, un experto intérprete que intervenía las conversaciones telefónicas con el campamento del cabecilla, sorprendió una que, en árabe literario, sostuvo Dris con Mulay Hosain, primo de Raisuni, y en la cual fué descubierto todo el plan que para elevar a éste se había tramado.

El general decidió aparentar ignorancia de ese plan, para no alarmar al Raisuni, sin perjuicio de que, sigilosamente, Dris fuera preso y llevado a Chafarinas, misión que realizó Castro Girona, mientras otro jefe (Cogolludo) registraba la casa del detenido, encontrando una clave, varios documentos en los que Raisuni aparecía como sultán, y un dahir por éste firmado y con el sello grande de los sultanes, en el que se nombraba kadí de todo el Rif a... Abd-el-Krim el Jatabi. ¡Huelgan los comentarios!

Dris estuvo en Chafarinas hasta que se encargó del mando el general Berenguer y fué cambiada la política. Desde entonces está al servicio de la Alta Comisaría, y no puede dudarse de que en esta empresa del rescate de los prisioneros

ha procedido en armonía con sus antecedentes, porque ¡genio y figura...!

Fracasaron porque tenían que fracasar las gestiones de un poderoso gomari, residente en Tánger, que fué a Alhucemas a entrevistarse con Abd-el-Krim; fracasó también el ingeniero Montes, al que Dris hizo engañar en Alhucemas; y la misma desgraciada suerte han corrido las gestiones del Sr. Fernández Almeida, que, a pesar de sus dotes de captador de voluntades, no consiguió tocar al corazón ni al bolsillo de los endiosados rifeños. ¿Puede haber dudas todavía de que se ha perdido el tiempo y se ha emprendido y continuado el peor de los caminos?

En diciembre de 1921 escribía en *La Libertad* algo que la realidad ha confirmado, con gran sentimiento de mi parte, porque aseguraba que se iba al fracaso en las negociaciones de liberación, y al fracaso se ha ido en forma desconsoladora que aleja la esperanza de todo éxito.

Decía así:

«Celebraríamos equivocarnos; quisiéramos con todas las veras de nuestro deseo que al llegar a Madrid estas cuartillas resultasen impublicables porque en el intermedio la realidad se hubiera encargado de probar que hemos errado en el juicio. Desgraciadamente, no será así; lo que esa realidad demostrará durante mucho más tiempo del que algunos imaginan, es que no puede haber rescate por los medios generalmente emplea-

dos entre naciones que respeten el derecho de gentes, porque el enemigo lo desconoce y sólo atiende a su conveniencia, que estriba en prolongar la situación hasta que dé lugar a revueltas en España y obligue a abandonar la empresa de ocuparles su territorio.

»La indecisión, la apatía del Gobierno, la debilidad que resplandece en cuanto con relación a los prisioneros se hiciera desde un principio, ha hecho creer a los beniurriaguel que España es impotente para libertarlos a viva fuerza; y, validos de ese arma, pretenden imponernos la ley y negociar, no de potencia a potencia, sino de poderoso a débil y con el desprecio de las prácticas de seriedad propio de los insolventes. No se nos dan relaciones exactas del número de prisioneros, no se formulan propuestas de convenio con garantías de que al llegar la hora de cumplir compromisos serían respetadas; no se negocia en nombre de un jefe, de una junta de ellos, de una cabila; y cuando se pide aclaración, cuando se demandan bases concretas en que apoyar un trato serio, viene la evasiva y se nos pone en el dilema de aceptar esas condiciones de negociación o de renunciar a la esperanza de un arreglo inseguro. ¡Ni Pinto a más, ni Utrera a menos!

»¿Es que no hay posibilidad de poner fin a esta situación bochornosa?

»Creemos que sí, y porque tenemos esa convicción nos aventuramos a tratar el tema, sin am-

bigüedades, sin eufemismos, llamando a cada cosa por su nombre, diciendo claramente todo lo que el sentido común y la apreciación de la realidad nos dicta.

»La situación es clara: los cabileños de Alhucemas retienen en su poder a nuestros hermanos, y, amenazando constantemente con mayor rigor de trato y hasta con la posibilidad de asesinarles, gozan de una libertad en sus costas como jamás la tuvieron. Han establecido la Aduana, que les produce unos setecientos duros diarios; reciben provisiones de boca y guerra a medida de su deseo; se imaginan dominadores de la plaza española, y no se recatan de amenazar con el bombardeo si se les molesta en lo más mínimo. Así logran su ideal más preciado, que es vivir holgadamente, en absoluta independencia y a cubierto de todo peligro de avance, proponiéndose, en consecuencia, no ceder hasta contar con la garantía absoluta, avalada por otra nación, de que jamás iríamos a «protegerlos».

»Por eso nos asombra la candidez de los que suponen que, dándoles el dinero de que tanto se habla, entregarían a nuestros hermanos; porque lo que a lo sumo se conseguiría, después de colmarles la medida de las pesetas, sería que diesen algunos nada más, reservándose siempre otros para nuevas negociaciones.

»Los prisioneros no pueden rescatarse más que a viva fuerza, y en esa forma correrían me-

nor peligro que en otro cualquier procedimiento que se pusiese en práctica, siendo, además, ése el único modo de que el honor de la nación quede a salvo de toda nube. No creemos que fuera práctico intentar, desde luego, una operación de desembarco, que nos costaría muchas bajas y que no impediría el sacrificio inmediato de los rehenes; pero sí lo sería la presentación de un *ultimatum*, no a Abd-el-Krim, sino a las cabilas en general, haciéndoles saber que, si en un plazo perentorio no los entregaban ilesos, se pondrían en práctica procedimientos de guerra empleados en la europea por naciones que se dicen civilizadas, y que si alguna vez pudiesen estar justificados sería en esta ocasión, en que de tal modo se ha faltado por nuestro enemigo al derecho de gentes.

»Francia, que ha ganado la guerra merced al apoyo extraño, que sin él hubiera sido rápidamente derrotada, y que en el momento en que dejase de ser protegida por sus aliados correría de nuevo el peligro del vencimiento, nos acusa de haber empleado procederes bárbaros—nunca iguales a los que ella misma empleó en Argelia y también en Marruecos—. La imputación es calumniosa, y de sobra lo saben los que arteramente nos la lanzan; pero estamos en el caso de darles la razón, poniendo en práctica el único medio de guerra adecuado a las circunstancias que en el problema de los prisioneros concurren,

porque desde el momento en que el enemigo falta sistemáticamente a las reglas elementales que ha debido observar, nos autoriza para aplicarle las reservadas para circunstancias extraordinarias.

»Si un buen día nuestros aviadores recorren la zona de Alhucemas, Bocoya, etc., dejando caer mensajes en los que se notifique el firme propósito de volver al siguiente para dejar caer otra cosa; y si, pasado el plazo que se fije para la entrega de los prisioneros, se lleva la amenaza a la práctica, es seguro que a la primera bomba arrojada no queda un trapo blanco que no sea enarbolado en todo el territorio, en solicitud de paz y de perdón a cambio de la libertad de los cautivos.

»Hoy tal vez cuenten los enemigos con la garantía de que nos haya sido vedado apelar a ese recurso; pero aun en el caso de que la advertencia existiese, estamos en el caso de meditar si debe o no ser respetada, porque allanándonos a hacer la guerra como sea grato a los colonistas franceses, perderíamos ahora toda esperanza de rescatar a los prisioneros y perderíamos después nuestra zona de influencia.

»Y como eso es lo que se pretende, más vale que de una vez se aborde el problema, para no seguir perdiendo el tiempo y el resto del prestigio nacional.»

Eso, que el 8 de diciembre escribía, continúa

en pie, con trazas de no perder actualidad; y he de confesar, puesta la mano sobre el corazón, que me apena el éxito, porque mil veces habría querido equivocarme y ver libres a los prisioneros y derrumbados los pronósticos del pesimismo. Pero hay también que decir que el país debe pedir estrecha cuenta a los gobernantes ciegos, ineptos y soberbios que, desdeñando la opinión ajena y sin prestar oídos a lo que en toda la zona sabíase acerca de este pleito, se encastillaron en su error funestísimo y han perdido un tiempo precioso, merced a lo cual se prolonga el suplicio de nuestros hermanos a la vista de la guarnición de Alhucemas, sitiada por Abd-el-Krim.

Además, debe tenerse en cuenta para decidirse por el procedimiento más radical, que no se trata de prisioneros de guerra, sino de secuestrados por una turba de forajidos. Las guarniciones no se entregaron prisioneras, sino que concertaron su libertad y vuelta a Melilla a cambio de la entrega de armas. Los moros, lejos de respetar el convenio, asesinaron a unos y retienen cautivos a los demás. Son, por lo tanto, secuestradores y asesinos. ¿Tienen algún título a las garantías que da el derecho de gentes?

. . . .

En el cúmulo de errores atribuibles al Mando, figurará siempre su desastrosa actuación en el problema prisioneros, equiparable sólo a la de aquel fracasado Gobierno de altura que nos iba

a sacar de penas en la zona marroquí. Y para que se aprecie, por un solo cabo, cuál era y es el criterio que en la Alta Comisaría teníase acerca de este asunto, relataré un hecho ocurrido en Melilla, digno de que la opinión lo conozca y lo juzgue.

No he de referirme a la intervención del general que impidió el rescate concertado por los ingenieros, en cierta memorable ocasión. No hablaré tampoco del sistemático aislamiento en que se ponía a todo el que intentaba acercarse a Alhucemas para entrar en tratos con el jefe de los cabileños en armas. Se trata de un caso más claro aún de incomprensibilidad del problema, que pinta toda una política. Fué el siguiente:

Un oficial de nuestro ejército quedó, como otros tantos, prisionero en una de las posiciones abandonadas, y fué de ella recogido por un cabileño, al que había tenido ocasión de hacer favores de importancia. El moro, reconocido a ellos, le tomó bajo su protección, y lo defendió reiteradamente cuando los secuaces de Abd-el-Krim recorrían el territorio llevándose los cautivos a Beni-Urriaguel.

Al principio le fué fácil defenderlo; mas llegó un día en que le acusaron de encubrir al cristiano, y le exigieron que lo entregase. El moro salió del apuro pagando quinientas pesetas por que le permitieran tenerlo en su casa.

Poco tiempo después hubo nuevo apremio; y

como el leal moro careciese ya de dinero, entregó todo el ganado que poseía, y compró así nuevamente la relativa libertad del oficial español.

Y como temiese aquél otro requerimiento que ya no podría contrarrestar, se decidió a libertar a su amigo, y lo llevó, con miles de trabajos, al límite de la zona ocupada, quedándose ya en ella para evitarse represalias posibles.

Pues bien: divulgado el caso y convencidos cuantos lo conocieron de la leal y humanitaria conducta del rifeño, un jefe propuso al general que se le recompensara, indemnizándole así de los gastos que había hecho, y estimulando quizás a otros para que imitasen su conducta.

El general, que para otras cosas nada escatima, contestó que no había que dar nada al moro, porque... ¡en todo lo realizado no hizo otra cosa que cumplir con su deber!

¿Es necesario comentar?

Pues con ese criterio se han dirigido las negociaciones de rescate.

Ni habilidad para comprar cuando la compra pudo ser posible, ni energía para imponerse cuando la burla quedó al descubierto.

¡Y siguen en Beni-Urriaguel los prisioneros!

¡Vergüenza de las vergüenzas!

EL REGIMEN ADMINISTRATIVO

En justicia, sería muy difícil discernir cuál de los dos cargos está más falto de buen desempeño en nuestra zona de influencia, si el de General en jefe o el de Alto Comisario, porque en los dos deja la gestión de su titular amplio margen a la censura.

Hemos visto cómo en la solución del problema militar se camina a trancas y barrancas, sin que la pacificación aparezca por ninguna parte; cómo el sistema de blocaos cuesta diarias agresiones; cómo el desarme no se hace, ni se intenta; y cómo las operaciones que llegan a ejecución adolecen, por lo general, del defecto de esterilidad, porque se avanza y se avanza para no conseguir otra cosa que extender la línea de posiciones que a tiro limpio hemos de aprovisionar y que sostener más tarde.

Pues bien: en el orden administrativo, en la organización del régimen que deberá llevarnos al Protectorado se hace exactamente lo propio que

en la acción guerrera, es decir, se pierde el tiempo y se pierde también el dinero, que sin plan alguno se gasta.

Tiene España al frente de la Secretaría general de la zona a un funcionario prestigioso, que desempeñaba el Consulado de Tetuán al ser en mala hora ocupada la población por los soldados de Alfau y que disfruta entre los naturales de una alta consideración, ganada en fuerza de merecimientos y de excelentes servicios.

El Sr. López Ferrer conoce, como pocos conozcan, el problema de nuestra acción protectora en Marruecos; lo siente en lo más íntimo de sus convicciones y lo sabría poner por obra, si no dependiese del hermetismo oficial que da amplias facultades al Comisario y que le relega a funciones secundarias de expedienteo y de trámite. De ahí resulta que él no pueda desarrollar iniciativas en ningún caso y que a lo sumo toda su intervención redúzcase a evitar con frecuencia que se desvíe demasiado de ruta quien, por quererlo abarcar todo, no puede apretar nada.

Diplomático de hecho, el Sr. López Ferrer se abstiene de exteriorizar sus amarguras y sus constantes discrepancias; pero como hay algo que por mucho que se quiera ocultar siempre se manifiesta, basta cambiar con el Secretario general media docena de palabras para convencerse de que vive en un pesimismo fundado y que sólo permanece en el puesto a que sus prestigios le llevaron para

prestar a la patria el servicio inmenso de impedir en todo instante cualquier disonancia de mayor cuantía.

Con él actúa, al frente de la Delegación de Asuntos indígenas, otro funcionario de verdadero mérito, también perteneciente a la carrera consular: el Sr. Clará. Y lo mismo que de su jefe inmediato, de él puede decirse que hace un sacrificio enorme prestándose a ver cómo se pierde el tiempo sin intentar nada, nada, nada que nos lleve hacia el fin que a España incumbe en Marruecos.

La Secretaría general, las Delegaciones de Asuntos indígenas, de Fomento y de Asuntos económicos, que debían ser Centros de inmensa actividad de los que irradiase la labor protectora, están convertidos en dependencias del Mando militar, a las que no se atiende sino en los casos en que éste descansa de su desgraciada actuación guerrera; y así resulta que entre la displicente dirección a que están sometidas y las rémoras del centralismo, no se hace nada práctico y estamos hoy en punto a relaciones con los naturales, a obras públicas y a organización económica, lo mismo, poco más o menos, que en los primeros días de nuestra intervención.

Si malo es que falte allí una dirección activa y competente, mucho peor resulta que intervengan desde Madrid varios departamentos ministeriales; y todavía más pernicioso sería el soñado «Con-

sejo Colonial», de que a veces se ha hablado, a base de muchas prebendas y sinecuras. Aunque, para despistar, en los primeros momentos se tratara de darle carácter honorífico, su influencia sería perniciosa, porque basta oir las palabras *informe, asesoramiento, dictamen*, para saber que en la práctica significan rutinarismo, entorpecimiento, anulación de iniciativas.

Precisamente lo que hace falta es simplificar, ahorrar trámites, huir de lo que en España tanto daño ha ocasionado al interés general. Una simple Sección en la Presidencia del Consejo con negociados para los diversos asuntos, un personal procedente de los respectivos ministerios y un reglamento orgánico especial que armonice la posibilidad fiscalizadora con la rapidez del despacho llenarían sobradamente las necesidades burocráticas de nuestra acción en Marruecos, unificarían la labor administrativa y pondrían término al escándalo actual de que duerman *sine die* en algunos centros ministeriales expedientes y proyectos de vital interés para el arraigo de la influencia española en la zona de protectorado.

Se puede diferir en si debiéramos o no realizar actuación alguna; se puede mantener el criterio de llegar al río *X* y entablar acto seguido lo que impropiamente se denomina acción política; se puede pensar en reserva de energías para emplearlas por entero en el territorio de la nación; pero lo que no se puede, mejor dicho, no

se debe hacer, es aceptar el encargo de fomentar las obras públicas en la zona y aplicarles el mismo régimen de expedienteo y de rémora que en la Península padecemos desde hace muchísimos años. Eso ya está bastante mal que a veces ocurra en España; pero en la Península nos enteramos y los sufrimos únicamente los españoles, mientras que allí lo ven y nos lo censuran quienes así confirman prejuicios que nos son muy dañosos.

Desde que comenzó nuestra acción protectora hay obras proyectadas, de acuerdo con las necesidades del territorio ocupado, y no solamente no se llevaron a término, sino que se ha dado el caso asombroso de haber sido devueltos al Tesoro público unos doce millones de pesetas próximamente que no pudieron tener aplicación en los ejercicios respectivos. ¿Quiere esto decir que las consignaciones fuesen disparatadas? De ningún modo; eran relativamente mezquinas y no respondían del todo a las necesidades que se pretendió atender; pero como en cada ejercicio habían de proponerse planes de trabajos y la aprobación de los mismos corría los trámites que nuestra burocracia sabe oponer a todo lo útil, de ahí que cuando los planes eran aprobados ya estaba el año económico extinguido o a punto de concluir y hacíase preciso empezar de nuevo para que la operación se repitiese una y otra vez.

Proyectos, los hay en abundancia; obras con-

cluídas, escasean, y necesidades perentorias de tal modo existen, que estamos puestos en evidencia ante los extranjeros y ante nosotros mismos, porque no se puede concebir línea de conducta tan descabellada como la que en este punto siguen los Poderes públicos.

Construímos poco y a la manera española, por lo cual las obras son lentas y el esfuerzo del personal se pierde en el vacío del expedienteo de Madrid. Se procede, además, no ya con restricción, sino con tacañería, y lo prueba el siguiente detalle, que es de suma elocuencia: en la zona francesa, en un trozo de carretera en construcción, que no pasa de treinta kilómetros, había quince apisonadoras trabajando diariamente, por lo que en poco tiempo dieron fin a la obra. En toda la zona de España, para todos los trabajos de carreteras hay tres apisonadoras de vapor y tres rulos, que sólo son eficaces en el bacheo, pero no en las obras de importancia.

Otro aspecto de interés estriba en el resultado que se obtiene proporcionando jornales al indígena; se le paga de tres a tres y media pesetas, y está probado que ese es el mejor medio de pacificación que puede emplearse; baste saber que Francia, en la gran guerra, necesitó sus tropas de Africa y pudo retirarlas sin peligro alguno. ¿Por qué? Porque el general Lyautey gastó en poco tiempo trescientos millones de francos en jornales, con lo que consiguió dos fines:

mantener la paz y hacer muchas obras útiles. El protectorado es cosa de lujo, reservado a los pudientes, y que obliga a veces a ser pródigos. Si España quiere seguir protegiendo, ha de pensar en que no puede aplicar los viejos moldes peninsulares. Y si por acaso nuestros Gobiernos pretendiesen salir del paso con algún revoco, mejor sería que desistiesen de la empresa, porque hay algo peor que la locura del derroche, y es el querer y no poder.

Estamos en los comienzos de la organización del régimen administrativo; y, por las trazas, es muy de temer que su fracaso sea semejante al de otras actuaciones. El buen deseo y las aptitudes excelentes de los funcionarios civiles de nuestra zona de Marruecos, se contrarresta y esteriliza por la falta de independencia, por la obligada subordinación a la autoridad militar, por la incomprensión en que ésta suele vivir con respecto a problemas que no son de su reino, y, sobre todo, por la multiplicidad de direcciones centrales que hacen del protectorado una torre de Babel.

(Mucho habría que escribir para tratar a fondo el tema; pero la índole de este trabajo justifica que sólo se haga su esbozo, a fin de que ese aspecto no falte en el análisis general de la actuación española en Marruecos, bajo la férula berenguerista.)

mantener la paz y hacer buenas obras única.

El protectorado es cosa de lujo, reservado a los pudientes, y que obliga a veces a ser pródigos. Si España quiere seguir protegiendo, ha de pensar en que no puede aplicar los viejos métodos peninsulares. Y si por azar nuestros Congresos pretendiesen salir del paso con algún revoco, mejor sería que desistiesen de la empresa, porque hay algo peor que la locura del derroche, y es el querer y no poder.

Estamos en los comienzos de la organización del régimen administrativo, y, por lo tanto, muy de temer que su fracaso sea semejante al de otras actuaciones. El buen deseo y las aptitudes excelentes de los funcionarios civiles de nuestra zona de Marruecos, se cohibirán y esterilizarán por la falta de independencia, por la enojosa subordinación a la autoridad militar, por la incomprensión en que ésta suele vivir con respecto a problemas que no son de su ramo, y, sobre todo, por la incompatibilidad de los poderes centrales que hacen del protectorado una torre de Babel.

(Mucho habría que escribir para tratar a fondo el tema; pero la índole de este trabajo justifica que sólo se haga un esbozo, a fin de que ese aspecto no falte en el análisis general de la actuación española en Marruecos, bajo la férula berenguerista.)

TRES MOMENTOS CRITICOS

La propaganda rifeña en la región occidental fué intensísima desde que Abd-el-Krim tuvo la sorpresa de provocar el derrumbamiento de la Comandancia general de Melilla. Emisarios suyos fueron despachados en todas direcciones, recorrieron los zocos, excitaron a los santones a predicar la guerra santa, exhibieron pruebas materiales del rigor de nuestras desdichas, y por todos los medios que pudieron imaginar trataron de levantar á las tribus sometidas para lanzarlas a la rebelión contra el cristiano.

El ambiente les era, sin duda alguna, muy favorable. En Beni-Arós, suspendidas las operaciones contra el Raisuni, dominaba el prestigioso cherif como en sus tiempos de más apogeo; en el Ajmás residían los indómitos, organizadores de los frecuentes ataques registrados en nuestra zona y en la francesa; y en Gomara, alejado de la dirección por errores del Mando el coronel Castro Girona, no fué difícil a los propagan-

distas rifeños levantar jarca que muy pronto hostilizó a Tiguisa, sin conseguir resultado alguno, merced a la resistencia que con la mehalla jalifiana organizó el teniente coronel Orgaz.

Se entablaron negociaciones para reducir a los de Beni-Mansur, principales elementos de esa jarca. Su resultado fué nulo a tal extremo, que cuando más se confiaba desde las esferas directivas en la posibilidad de la sumisión, los jarqueños gomaris, en unión de gentes del Ajmás, de Beni-Arós y de otras cabilas limítrofes, daban el golpe de Akba-el-Kola, fracasado en sus posibles consecuencias porque las demás posiciones, simultáneamente atacadas, resistieron con heroísmo la tremenda embestida. Ese fué el primer serio intento realizado para conseguir la repetición del caso de Annual.

Dos meses después la jarca del Jatabi lanzábase audazmente a poner sitio a Magán, para que su caída fuese el comienzo del incendio general del territorio; y en abril de este año la del Bulajia emprendía el ataque a Miskrel-la en combinación con elementos que debían sublevar a Chauen cuando las tropas de la guarnición saliesen a proteger los puestos hostilizados.

Han sido tres momentos muy críticos en que la ocupación española corrió inminente riesgo. La iniciativa correspondió, como siempre, al enemigo, que pudo prepararse y atacar por sorpresa nuestras posiciones. Si el fin deseado no llegó a

lograrse, debido fué a la moral del Ejército, nunca a la previsión de quien estaba obligado a calcular determinadas posibilidades como fruto de la labor constante de los emisarios de Abd-el-Krim.

Y como esas tres páginas son de excepcional interés en la historia de nuestra actuación militar en Marruecos, cada una de ellas habrá de ser tratada en capítulo aparte.

[illegible]

tiene en la posibilidad de la [illegible], los pequeños grupos, en unión de gentes del Ajmás, de Beni-Arós y de otras cabilas limítrofes, dieron el golpe de Akba-el-Kola, fracasado en sus [illegible] porque las demás posiciones, simultáneamente atacadas, resistieron con heroísmo la tremenda embestida. Ese fué el primer serio intento realizado para conseguir la repetición del caso de Annual.

Dos meses después la harca del Jatabi lanzábase [illegible] a poner sitio a [illegible], para que su caída [illegible] al comienzo del levantamiento general del territorio y en abril de este año la del [illegible] emprendía el ataque a [illegible] con elementos que debían socorrer a Chauen [illegible] las tropas de la guarnición salieron a proteger los puestos [illegible].

Hay sólo tres momentos muy críticos en que la ocupación española corrió inminente riesgo. La iniciativa correspondió, como siempre, al enemigo, que pudo prepararse y atacar por sorpresa nuestras posiciones. Y si su designio no llegó a

AKBA-EL-KOLA

La casualidad, que es aliada del periodista, me puso en autos el domingo 28 de agosto de 1921, de que durante la madrugada de aquel día habíamos sufrido un serio contratiempo en la región de Larache.

Coincidió el informe con un hecho extraño que vino a confirmarme en la convicción de que había algo extraordinario que averiguar y de que oficialmente se trataba de hacer lo que tantas otras veces se hizo, o sea ocultarlo en absoluto primero, para darlo después a pequeñas dosis y desnaturalizado, si es que se daba al público. Fué que en una reunión de notables moros, a la que casualmente hube de concurrir y en la que se hallaba el Ermiki, bacha de Alcázar, como yo expresara el propósito de recorrer aquella zona, se me invitó a salir en su compañía pocas horas después. Acepté; dispuse el viaje, y cuando esperaba el aviso de salida se me hizo saber que el

bacha lamentaba mucho haber tenido que marcharse antes de lo que proyectó, sin tiempo, por consiguiente, para cumplir su ofrecimiento. Y como este extraño viaje coincidió con la primera impresión a mi llegada, ya no me cupo duda de que había suceso y que éste debía ser de mayor cuantía.

Fué en vano que procurase tener informes oficiales. Evasivas, excusas, advertencias cariñosas de que se solían poner en circulación noticias infundadas, eso fué lo único que logré oir en mi larga peregrinación de jefe en jefe, de despacho en despacho. Y hubo un general que a mi reiterado requerimiento dijo textualmente:

«—Es inútil que quiera usted averiguar nada. No ha ocurrido cosa alguna extraordinaria; pero en el caso de que así no fuere, lo mejor que puede usted hacer es no hacer más indagaciones.»

Comprendí perfectamente que estaba decretada desde la altura la ocultación del suceso; formé plan, y, aparentando en los Centros oficiales que me convencían las negativas, me marché ocultamente de Tetuán; fuí a Ceuta, desde allí a Alcázar-Seguer, luego a Tánger, después a Arcila, y, por fin, al cabo de treinta horas de viajar en tren, en vapor, en automóvil y en lancha, llegué a Larache, y sin darme a conocer emprendí el camino del campamento de Téffer, cabeza de las posiciones atacadas durante la noche del 27 al 28 de agosto.

En Larache y en Alcázar supe que el suceso había ocurrido en Akba-el-Kola, que habíamos perdido el fuerte y que había muchas víctimas. Un *auto* me llevó hacia dicho punto, y cuando habíamos hecho unos cincuenta kilómetros, hubo que suspender marcha para dejar paso a una expedición de enfermos y heridos procedente del sector atacado.

En más de cuarenta acémilas, y sentados en artolas, iban nuestros soldados, macilentos, pálidos, silenciosos, heridos los unos, enfermos otros, débiles y resignados todos. Saludaban los que podían, con afecto, con algo parecido a orgullo propio del que ha ofrendado a la patria todo su patriotismo, con deseo de entablar conversación, quizá para hacer algún encargo, para enviar a la familia querida el presente valioso de un recuerdo de cariño.

Pero el convoy no podía detenerse, y además, el sitio ofrecía peligros naturales que debían ser salvados con premura, porque si un hombre fuerte puede sentir el vértigo del precipicio inmediato, para un ser débil y calenturiento el riesgo es mucho mayor.

Así desfiló la columna fantasma, dejándome una sensación de infinita tristeza.

En el rápido cruzar pude, no obstante, dirigir la palabra a varios. He aquí las respuestas, tan elocuentes en su laconismo:

—Han sido evacuadas todas las enfermerías

para dejar sitio libre durante las próximas operaciones.

—Unos van heridos, y otros estamos a vueltas con el paludismo.

—Me hirieron la madrugada del domingo. Hubo fuego en todas partes.

—Los heridos somos de varias posiciones.

—¡En Akba-el-Kola no hubo más que muertos!

—¿Nos mandarán a España para curarnos? Aquí el que coge el paludismo no lo suelta más que en el hoyo.

A cada cual le contesté una frase de cariño y de esperanza, quedando después bajo el peso de una preocupación hondísima.

Habíamos tenido, sin duda, un grave contratiempo, tal que a pesar de la prohibición de emprender operaciones hasta que lo de Melilla se aclarase, había que evacuar las enfermerías y disponerse no sabíamos si a castigar agresiones realizadas o a oponerse a las que pudiesen sobrevenir.

Un rezagado del convoy me dió noticias más concretas:

«El enemigo realizó, la madrugada del sábado al domingo, un ataque general a las posiciones extremas de la zona de Larache.

El ataque fué contestado briosamente por las posiciones hasta obligar a los moros a la retirada.

Cayó solamente una posición, la de Akba-el-Kola, que fué destruída después de una defensa heroica y de morir el 98 por 100 de sus defensores.

Esa posición cayó porque la Policía proporcionó al enemigo declarado medios de asaltarla.

Y sin la resistencia que hicieron todas las demás posiciones atacadas, es muy posible que a estas horas se estuviese en Larache como en Melilla, poco más o menos (más bien más).»

¡Nada más que eso había ocurrido, y se pretendía en Tetuán convencerme de que si algún rumor circulaba debía estimarlo sin asomo de fundamento!

¿No hubiera sido más razonable y más alentador para el espíritu público dar a conocer la verdad (en el fondo militarmente satisfactoria) que no enfrascarse en juegos de cubiletes para intentar, sin conseguirlo, dejar en la obscuridad esos hechos?

¿No valía la pena de confesar el fracaso de una política a cambio del orgullo de disponer de elementos tan sanos y tan abnegados como los que en esa jornada se cubrieron de gloria?

Y llegué a Téffer.

Y fuí violentamente expulsado del campamento por órdenes telefónicas del general Barrera, que secundaba a su buen amigo el general en jefe.

Y a pesar de todo, tuve la información com-

pleta del suceso, porque los que me celaban se olvidaron de vigilar a quien me acompañó, y éste pudo conversar un buen rato con uno de los supervivientes de Akba-el-Kola.

He aquí el relato que recogió de él:

«Estaba la posición perdida situada a unos cuatro kilómetros de Teffer, en la vertiente opuesta de un inmenso cerro a que ésta da frente. En dos montículos había unas avanzadillas que la defendían admirablemente, y en el centro, en una hondonada, hallábase el campamento, formado por dos barracones, de madera uno y el otro de manpostería, por varias tiendas y por algunas pequeñas edificaciones más, para servicios y cantinas. El recinto estaba defendido por alambradas, piedras y muros de sacos terreros.

Mandaba la posición un capitán; pero por su importancia habíase pensado en ampliarla, y para hacer el oportuno estudio había ido a ella el teniente coronel Valcárcel, jefe del batallón de Ciudad Rodrigo, y que iba a encargarse pronto del mando de la línea. A esa circunstancia debieron su muerte el heroico militar y algunas otras víctimas.

Los servicios realizábanse con normalidad, aunque la actitud del campo, nada tranquilizadora, obligaba a vivir en constante vigilancia.

La madrugada del domingo iniciaron los moros el fuego en una extensión grande, atacando a casi todas las posiciones simultáneamente y con-

centrándose a veces sobre aquellas que creían más débiles y más fáciles, por lo tanto, de ocupar.

En Akba-el-Kola el ataque fué muy brioso. En número que se calcula mayor de un millar de hombres y con abundancia de bocas de fuego, después de cortar el teléfono cargaron primeramente sobre las avanzadillas, que los rechazaban, haciéndoles muchas bajas, cuantas veces se ponían en descubierto. Entonces disparaban sobre el centro de la posición, desde la cual eran también eficazmente respondidos; y, según cuentan los supervivientes, el ánimo de las tropas era magnífico, así como la conducta de los jefes, que sin reparar en peligros recorrían la línea alentando a todos. No podía creerse que el enemigo lograse su objeto, cuando de tal modo, con tanto heroísmo, se batían desde el teniente coronel hasta el más modesto soldado.

Cuando hacía más de dos horas que se sostenía el combate, se observó que una de las avanzadillas caía en poder de los moros, quienes desde ella atacaron a su vez. Al mismo tiempo, el jefe de la Policía anunciaba que había desertado la mitad de su tropa, y que a la restante la contenía con hartos trabajos, por lo cual se le ordenó que se limitase a esa tarea, procurando alejarla del campamento.

Los desertores se unieron al enemigo después de facilitarle acceso a la avanzadilla, primero, y más tarde al resto de la posición, donde se trabó

un combate cuerpo a cuerpo, a la desesperada, sin posibilidad ya de defensa para los nuestros, que, comprendiéndolo así, dispusiéronse a vender cara la vida.

El pabellón de madera fué incendiado, y el de mampostería lo asaltaron, luchándose allí de tal modo, que después se vieron muchos cadáveres de una y otra parte abrazados aún en las convulsiones de una lucha en la agonía.

Así fué la caída de Akba-el-Kola. Nos la quitó la traición. Nos la devolvió el heroísmo de todos, porque fracasado el ataque general, los moros no podían sostenerse en ella.

Los actos individuales de valor sin límites pudieran contarse por el número mismo de los sitiados; pero hay entre ellos uno que supera a los demás, y que constituirá otra de las páginas gloriosas del historial de nuestra Artillería.

La posición estaba virtualmente dominada; en algunos sitios manteníanse combates individuales, que hubo mientras quedó un defensor con vida, y el grueso de los moros dedicábase mientras tanto a la rapiña, a apoderarse de los víveres, matando entonces a los cantineros y robándoles cuanto tenían.

Un grupo se había apoderado de los dos cañones que en Akba-el-Kola había; otro requisaba los fusiles; un tercer pelotón, bastante numeroso, dirigióse al parque de municiones y empezó a recogerlas.

En aquel preciso instante, un artillero voló más que corrió hacia el polvorín, se abrió paso como pudo, y, en sublime acto de valor heroico, disparó sobre las municiones hasta incendiarlas y provocar la explosión.

Una gran llamarada, una detonación espantosa y una nube de restos humanos lanzada al espacio en infinitas partículas.

No se ha conseguido saber el nombre del héroe; baste citar el caso, para que de todos los corazones salga una plegaria, rueden lágrimas por las mejillas y se eleve en todos los pechos un altar a la memoria del mártir.

El comportamiento de los muchachos de Intendencia merece también una mención muy especial de elogio. Estaban, cuando empezó el ataque, elaborando el pan y se disponían a ponerlo en el horno.

Los que podían abandonar la tarea, se unieron a la tropa de defensa y a su lado combatieron; y los que por fuerza habían de estar en el trabajo, continuaron haciéndolo, como si nada ocurriese. Un cabo estaba muerto en la boca del horno, con la pala introducida en éste, lo que prueba que le sorprendieron cuando cumplía, impasible, con su deber. El número de víctimas fué casi igual al de españoles que allí se hallaban.

De Infantería había 120 soldados de Chiclana con las clases correspondientes; en total, unos 135 hombres.

De Artillería, un sargento, tres cabos y 15 soldados.

De Intendencia, un sargento, un auxiliar, tres cabos y 16 soldados.

De Sanidad, seis.

De Ingenieros, zapadores y telegrafistas, 20.

Y estaban, además, la escolta del teniente coronel Valcárcel y algunos otros soldados que, en cumplimiento de servicios especiales, habían llegado a la posición y pernoctaron en ella.

Había, pues, más de 200 hombres, incluso cinco cantineros, que también fueron asesinados.

Se salvaron un sargento, un cabo, un soldado de Caballería, de la escolta, y cuatro soldados.

El jefe y oficiales muertos son:

Teniente coronel Valcárcel.

Capitanes Moradas y Blanco.

Tenientes Chinchilla y Murciano.

Alférez Galán.

Teniente de Artillería Gómez Beltrán.

Y teniente médico Pérez Ortiz.

Sólo se salvó el teniente de Caballería Sauca, que con sus Regulares estaba fuera de la posición y combatió mientras le fué posible, retirándose a Téffer cuando la voladura hizo comprender que todo había terminado.

El lunes se formó una columna de Regulares al mando del teniente coronel González Carrasco, la cual se dirigió a Akba-el-Kola, mientras que otra columna, de Cazadores de Chiclana,

cubría el flanco para impedir que el enemigo recibiese auxilio.

Por fortuna, la operación no costó bajas y fué un éxito inmediato. Los moros, que no se podían sostener allí y que ya habían realizado el saqueo de provisiones, se retiraron, limitándose a hacer unos disparos sueltos y a llevarse en la huída lo poco que les restaba por aprovechar.

Los Regulares entraron en Akba-el-Kola, y fué comenzada seguidamente la piadosa tarea de dar tierra a las víctimas, quemándose en una gran hoguera los cadáveres de los moros que entre aquéllas se encontraron.

El martes salieron fuerzas de Téffer y arrasaron un aduar de los cabileños de El Koloo, haciéndoles también algunas bajas; y al siguiente día hubo también expedición y algún castigo; pero se puede asegurar que ni éste correspondió a la magnitud del suceso, ni todos los responsables has experimentado las consecuencias lógicas que después de su conducta debieron temer, hasta el punto de que la cabila de Beni-Scar, que tenía en sus aduares víveres de los robados, dijo que los guardaban para evitar que se los llevasen otros, y su explicación fué aceptada.

Tal fué el trágico suceso de Akba-el-Kola, se conoció en España tal y como hubo de acaecer, porque un corresponsal no se avino a ser cómplice de los planes ocultistas del alto mando.

cubrió el flanco para impedir que el enemigo recibiese auxilio.

Por fortuna, la operación no costó bajas y fué un éxito inmediato. Los moros, que no se podían sostener allí y que ya habían realizado el saqueo de provisiones, se retiraron, [illegible] al hacer uno [illegible] lo poco que les restaba por saquear.

Los Regulares entraron en Akba-el-Kola, que fué [illegible] seguidamente [illegible] dar tierra a las víctimas, quemándose en una gran hoguera los cadáveres de los moros que entre aquéllas se encontraron.

El mando y [illegible] fuerzas de [illegible] ron un aduar de los cabileños de El Kolo, haciéndoles también algunas bajas y al siguiente día hubo también expedición y algún castigo; pero se puede asegurar que ni éste correspondió a la magnitud del suceso, ni todos los responsables [illegible] lógicas que después de [illegible] tener, hasta el [illegible] de que la [illegible] de Beni-Sicar, que tenía en sus [illegible] de los robados, dijo que los guardaba para evitar que se los llevasen otros, y su explicación fué aceptada.

Tal fué el trágico suceso de Akba-el-Kola, que se conoció en España tal y como había de acaecer, porque no se correspondía [illegible] a ser cómplice de los planes ocultistas del alto mando.

MAGAN

El fracaso del primer intento de sublevación general no decidió a los elementos levantiscos a renunciar a sus planes en absoluto. Muy pronto se tuvieron confidencias estimables de que se preparaba otra intentona con fuerzas pedidas y enviadas del Rif.

De Gomara habían salido para Beni-Urriaguel unos ciento cuarenta xorfas, fakires y otros notables pertenecientes a las cabilas de Beni-Ziat, Beni-Zaled, Beni-Grir, Tagsa y otras; se presentaron a Abd-el-Krim y le pidieron que organizase fuerzas para hacer en toda la zona occidental la guerra santa.

Krim se resistía porque necesitaba sus gentes para guerrear en Melilla, y los gomaris insistieron tenazmente en su solicitud y sacrificaron toros en señal de sumisión.

Al cabo de tantos ruegos y de tantas humillaciones se decidió el jefe a prestarles atención y ordenó que se formase jarca, para lo cual cada una

de las cinco fracciones de Beni-Urriaguel dió un contingente de cien hombres, a los que se unieron otros de Bocoya, Beni-Iteft, Beni-Bufran y gentes sueltas que de otros lugares acudieron al conocer que se hacía la formación. En total, la jarca tenía poco más de mil combatientes.

Abd-el-Krim puso al frente de ella a su hermano Hamed El-Jatabi; pero éste no era jefe más que de nombre, una figura decorativa; los verdaderos jefes eran el Bulajia, Moj-el-Far, Si Amar el Mohamed, Sadix Chara, Amed Budra, Sidi Abdeselam ben Haddu, el fakir Si ben Amar, Al-Luchs-Anguita (que mandaba a los de Bocoya), Mohamed ben el Hach Mesaud (de Axdir) y otros de menos importancia.

Se organizaron las fuerzas, recibieron los jefes instrucciones del Krim y se emprendió el camino en los primeros días de octubre.

Las marchas eran cortas, porque las gentes iban a pie y con mucha impedimenta. En cada cabila se descansaba un día o dos, se cobraba el impuesto de un duro por familia, más el pan para la gente, y se renovaban las acémilas, que eran ochenta y que llevaban municiones, dos cañones de montaña y dos ametralladoras.

En Beni-Erzin se celebró una junta de todos los notables del territorio y se declaró éste en estado de guerra, haciéndose las predicaciones acostumbradas. Desde el momento en que la guerra empieza desaparecen las rivalidades de

moro a moro, todos son hermanos, se castiga al que roba y se encamina el esfuerzo a combatir al enemigo común.

Lo mismo se hizo en otras cabilas y se llegó a Beni-Ziat, donde el cuartel general quedó establecido.

Pasaron seis días sin que se hiciese nada; el Jatabi quería esperar a que llegasen más gentes; pero iban pocas y éstas mal armadas, y como los de Beni-Urriaguel querían tirar en seguida y no los dejaban, se disgustaron y dispusiéronse a regresar al Rif. Tuvo que ir el propio Jatabi a buscarlos y ofrecerles que se atacaría pronto para que se avinieran a volver.

Se presentaron varios jefes procedentes de Beni-Arós y del Ajmás, proponiendo al Jatabi hacer un movimiento general en el territorio, para lo cual ofrecían levantar cuantas gentes fuesen necesarias y decían contar también con el concurso de otras que irían de la zona francesa al mando de Muley Hamed Le Bakar y del Xerif Sidi Moham Ajamreh, que disponía de contingentes rifeños de Senhalla.

El proyecto pareció bien en principio; pero no se pudo realizar porque requería tiempo para preparar el levantamiento y la jarca estaba cada vez más impaciente por entrar en fuego.

Entonces se acordó empezar las operaciones y aprovechar un golpe de efecto para facilitar así la sublevación de las cabilas dudosas.

»Si se hubiera tomado Magán — me afirmaba un moro que estuvo en la jarca — se levanta casi todo el territorio. Por eso se le puso sitio y se le acosó con tanto empeño.»

Se emprendió el ataque general a las posiciones de la costa, amagando a varias para distraer la atención y restar fuerzas de Magán, que por su altura hubiera sido un gran trofeo a la vista de mucho campo. Desde allí se hubiera ido a Uad-Lau, porque Tiguisa y Targa, ocupadas esas posiciones, quedaban atrás y hubieran tenido que entregarse.

La jarca tenía armamento Maüser y fusiles franceses Lebel, de cuatro y de nueve tiros.

La artillería se emplazó frente a Tiguisa, por ser difícil subirla a Magán. La manejaban dos moros procedentes de Regulares, que fueron aprisionados en Melilla y que conocían el funcionamiento, aunque no hacían buenos tiros.

Al principio estaba la gente muy animosa, creyendo que todo sería fácil; pero al ver que no se conseguía el objeto principal decayó el espíritu y empezaron las deserciones. Además, contribuía a deprimir el ánimo la conducta del Jatabi y de otros jefes, que no entraban nunca en fuego y que, desde su tienda, daban órdenes, mientras que el número de bajas subía a cada instante. Por eso principalmente fué más rápida la desbandada de los Beni-Urriaguel.

La posición de Magán fué establecida contra

todos los dictados de la estrategia. Está situada en lo más alto del enorme yebel que limita por la izquierda la playa y valle de Cásera y puede servir para vigilar ese poblado y cañonearlo hasta su demolición en caso oportuno; pero como el acceso es difícil, resulta que si los vigilados son amigos la posición puede ser abastecida, pero si se rebelan, como en este caso, hacen falta millares de hombres que, generosos, den su sangre, para que puedan llegar a Magán unas cubas de agua. Cierto que había una aguada próxima protegida por una tienda fortificada; pero como en Cásera hay cuatrocientos fusiles y en la posición no llegaban a la mitad, el caso seguía siendo tan difícil como la realidad ha demostrado.

Empezaron los ataques de la jarca del Jatabi; fué sitiada la posición, estableciéndose por el enemigo una triple línea de trincheras; se envió cierto día un convoy que no pudo llegar, se hizo al día siguiente con muchas bajas, y durante los tres que subsiguieron, la guarnición no pudo ser socorrida y sufrió los horrores del hambre, de la sed y del hacinamiento de heridos, enfermos y cadáveres.

Mandaba Magán el capitán de Llerena D. José Conde. Tenía cien soldados de su batallón y sesenta moros de Regulares y de la Mehalla jalifiana.

Se le anunció que sería socorrido, y él asegu-

ró que resistiría. Sus soldados, palúdicos muchos de ellos y valientes entre los más bravos, dispusiéronse a todo para mantener su prestigio, el del Cuerpo y el de sus jefes.

El enemigo había cercado de trincheras la posición, y desde ellas todas las noches invitaba a sus compañeros de aislamiento a que abandonasen al perro cristiano, llevándose de paso los fusiles. En caso contrario les conminaban con la bonita operación de cortarles el cuello.

Conde hacía frente a la situación, que se agravaba por momentos.

Para salvarla en parte, discurrióse que los aviadores dejasen caer en el pequeño recinto del fuerte unas barras de hielo; el intento se hizo una vez y fracasó, porque la barra cayó fuera y la cogieron los jarqueños, que así se enteraron de lo difícil del caso en que se veían los defensores.

—Que no me echen más hielo—avisó el capitán Conde—, porque si cae en la posición la barra matará a alguno, y si va a parar fuera, indicará al moro lo que no debe saber.

—Así lo comunicaré—le respondió el teniente coronel de Llerena, D. José de Celis, al recibir ese aviso—; ¿pero qué van ustedes a beber mientras se les socorre?

—Nos beberemos setenta litros de vinagre que por casualidad hay en la cocina. Eso debe ser muy bueno para la sed, y cuando se acaben, ¡se beberá lo que haya!

—Se está preparando una columna fuerte para el convoy.

—Que no se preocupen de nosotros más que para el agua, que aquí resistiremos todo lo que sea preciso. Magán no se rinde ni se pierde.

Y de tal modo estaba organizada la resistencia, que se aprovechó para refrigerar las ametralladoras el líquido procedente de determinada operación menor.

Así pasaron tres días aquellos valientes, palúdicos muchos de ellos; y aun tuvieron alientos para hacer una brillante salida que facilitó el día de la liberación, el acceso del socorro. ¡Llerena escribió una página de gloria en su hermoso historial!

Cuando el 27 de octubre conseguí, al cabo de varias intentonas frustradas por el mal tiempo, llegar a Uad-Laú, el general Marzo operaba con una fuerte columna a fin de establecer posiciones que protegiesen el siguiente día el avance liberador de Magán.

Salió a las siete de la mañana la columna, formada por el batallón de Saboya, dos compañías de Llerena, Regulares, Mehalla jalifiana, Artillería, Ingenieros e Intendencia, y, pasando el vado del Lau, fué en derechura al valle, acometiendo la subida al amparo de la posición de Cásera y de una tienda fortificada que hay al comienzo de la cresta del Axaxá.

El enemigo inició el fuego tan pronto como

las tropas entraron en el valle, y el general Marzo emplazó la artillería y batió las posiciones de aquél, cooperando eficazmente los cañones de la escuadra.

Inmediatamente comenzó la subida, ganándose el terreno paso a paso y batiéndose los muchachos con suma decisión. Saboya entraba por segunda vez en fuego, después de haber sufrido bajas considerables la primera, y lo hizo como tropa veterana.

A las doce llegaba Marzo a la cima de Axaxá y se instaló en ella una posición de compañía y batería, dejándose también una tienda fortificada a doscientos metros de la principal y retirándose después las fuerzas con perfecto orden.

En Uad-Laú estaba ya el coronel Castro Girona, que acababa de ser nombrado jefe del campamento y que llegó aquel mismo día.

Para el siguiente estaba dispuesta la operación principal, que consistía en llegar hasta el fuerte sitiado, salvar a su guarnición y abandonarlo, destruyendo todas las defensas. Por fortuna, el plan fué cambiado durante la madrugada del 28.

A las seis de la mañana se emprendió la salida, revistó Marzo la columna en la vega del Lau y nos dirigimos a Cáseras, donde se esperaba el contacto con el enemigo.

La vanguardia estaba al mando de Castro Girona, y la componían el Tabor de Regulares de Tetuán, al mando de su teniente coronel, D. Ga-

briel de Benito, y una Bandera del Tercio, mandada por su comandante, D. Emilio Villegas. (Estas fuerzas, con ametralladoras y una sección óptica a caballo, eran las que directamente habían de ir a Magán, con Castro a su cabeza.)

Otra columna, al mando del comandante Pareja, cubría el flanco derecho de la anterior, y llevaba en su vanguardia a la Policía con el capitán Capaz, el Tabor de Ceuta y a las ametralladoras del Tercio.

El grueso estaba formado como sigue:

Batallón de Cantabria, mandado por su teniente coronel, Sr. Rámila.

Batería y media de artillería de montaña, al mando del comandante Adam y los capitanes Sampol y Molina.

Zapadores; y

El convoy, compuesto de una compañía de Intendencia, una sección del Parque móvil, ganado de la compañía de Zapadores con material para reparar la posición y acémilas del Tercio, con elementos para la fuerza que relevaba.

La retaguardia la componían:

El batallón de Saboya, con su teniente coronel, Sr. García Jiménez.

Sección de Caballería indígena.

Regulares de Caballería; y

Policía de a caballo.

A las inmediatas órdenes del general iban una sección óptica de a caballo y otra de tendido de

línea, al mando del capitán de Ingenieros señor Sancho, que dispuso los servicios generales de telegrafía.

Dirigióse una de las columnas por el crestón del monte hacia Magán, y la otra por el flanco. Inmediatamente el general emplazó las baterías en el llano de Cáseras y se inició un fuego vivísimo sobre los atrincheramientos del enemigo, en combinación con los cañones del *Laya* y del *Bonifaz*, que también hicieron blancos excelentes.

La caballería indígena recorría mientras tanto las laderas de Axaxá y Saboya destacó una compañía sobre el barranco de Cáseras, desplegándola en guerrillas, para apoyar el extremo del mismo y la retirada en caso necesario.

El enemigo entró en acción tan pronto como vió avanzar a Castro Girona por el difícil camino que llevaba a Magán. Desde las barrancadas hostilizó a las dos columnas de vanguardia, y a su vez fué batido por la artillería y por las ametralladoras, impidiéndosele conseguir el propósito de dificultar el socorro a la posición.

A las nueve de la mañana llegaba Castro Girona a las cercanías de Magán.

De la posición salieron fuerzas en ese instante. ¿La abandonaban sus defensores? ¿La asaltaba quizás el enemigo situado a su retaguardia?

Ni abandono, ni asalto. Fué que Conde, viendo llegar el socorro y viendo que desde una

trinchera lo hostilizaban, hizo una salida genial, cayó sobre los de la trinchera, los aniquiló, les recogió armas, herramientas (picos y palas, con los que habían trabajado y proyectaban seguir atrincherándose), y dejó paso abierto a los que iban en su auxilio.

Evitó muchas bajas y desmoralizó al enemigo, que no pudo reponerse de su sorpresa.

A las nueve y cuarto, Castro Girona y Villegas, el comandante del Tercio, entraban en Magán.

La primera parte de la operación se había cumplido con rapidez maravillosa.

Faltaba la segunda y más difícil: la de llevar los convoyes, el de evacuación y el de aprovisionamiento.

El general, que, impertérrito, sereno, como si a él no fuera a quien principalmente buscaban los zumbones proyectiles que sin cesar se oían, daba órdenes, hacía indicaciones a los jefes de batería, mandaba desplegar guerrillas y aguardaba el instante en que le avisaran de Magán que el convoy debía ponerse en marcha.

A las diez avisaron que lo hiciera y que subiera por el centro del valle, que estaba flanqueado por numerosas fuerzas de Regulares y Tercio.

Entró el convoy; pero al aparecer en el desfiladero el primer mulo, un balazo dió con él en tierra. Desde un ángulo muerto, que Magán no

podía batir, enfilaban la entrada y cortaban el paso a las acémilas.

Una compañía de Saboya fué en auxilio del convoy; pero no pudo, ni aun así, pasar éste, porque el ganado caía y dificultaba el acceso del resto de la columna de Intendencia. Saboya tuvo ahí sus bajas principales; perdió la compañía a su capitán, Sr. Gasca, herido de tres balazos; a los alféreces y a los sargentos, y, sin embargo, la gente no decayó y supo mostrarse a la altura de las circunstancias.

Se batió el atrincheramiento moro; pero como el tiempo avanzaba y el enemigo era obstinado, se optó por enviar las acémilas por la altura, que merced a la eficacia del tiro de la artillería sobre los demás atrincheramientos moros estaba menos batida. Marzo llamó entonces al teniente coronel de Cantabria y le encargó de ese servicio.

—¿Qué fuerza quiere usted llevar?—le dijo.

—Ninguna, mi general; porque a más fuerza, más blanco. Si me lo permite, iré con el ayudante del batallón.

Y así lo hizo: se puso a la cabeza de la columna de acémilas, con el teniente ayudante, y se emprendió la penosa ascensión.

El enemigo, advertido de la maniobra, cambió de frente y quiso ganar posiciones para hostilizar mejor; pero las ametralladoras lo perseguían al descubrirse y le hacían enormes bajas vistas, sin necesidad de gemelos.

Y llegó el convoy felizmente y se hicieron los trabajos de evacuación y de aprovisionamiento, regresándose en igual forma.

El general dispuso entonces la retirada, y al obscurecer estábamos todos en el campamento de Uad-Lau, sin que durante el trayecto se oyese un tiro. ¡La jarca del Jatabi estaba vencida!

Magán libre representaba el fracaso completo de la segunda intentona hecha para sublevar a las cabilas de la región occidental.

Al día siguiente de esa operación, cuando me disponía a salir de Uad-Lau, tuve una breve conferencia con el coronel Castro Girona, que se expresó como verá el lector:

—Yo he sentido—me dijo—no estar antes en esta zona, porque el conocimiento de los naturales tal vez habría podido servirme de algo frente a las propagandas que se hacían. De todas suertes, no creo que la situación tarde en despejarse, entre otras razones, porque el moro es el primer interesado en librarse de la carga que le supone la presencia de la jarca rifeña, la cual, aun cuando pague Mohamed la soldada que se dice, vive sobre el país y lo esquilma.

No me extrañará que se vayan pronto de aquí esas gentes, y lo que hay que vigilar es adónde se dirigen, porque intentarán perturbar en cualquier otro sitio y saquear de paso a los naturales. Aquí me parece que ya no pueden sacar mucho provecho.

Sabíamos desde hace tiempo que Mohamed intentaba laborar sobre esta zona, y también se sabía que levantó una jarca como de mil hombres, entre los cuales habría unos quinientos de Beni-Urriaguel. Con ellos presionó a estas gentes y quizás creyera que, por ofrecerles jornal, le iban a seguir en grandes masas; le han seguido los que siempre están dispuestos a salir y algunos que imaginaron que el golpe podía tener éxito. Ya estarán convencidos de su error.

Supongo que aquí poco habrá ya que hacer; pero, eso no obstante, quizás sea conveniente pensar en mover columnas con tropas entrenadas, recorriendo el territorio hasta dejar a todo el mundo tranquilo.

—¿Y desarmado?

—¡Quién lo duda!

Así habló el gran soldado y el gran político que tenemos en tierras de moros.

¡Lo malo es que el Mando opinó que ni había que mover columnas, ni era preciso desarmar; y así fué posible poco tiempo después la formación de la jarca del Bulajía, que hizo el 13 de abril la tercera intentona de sublevación general del territorio!

MISKREL-LA

CUANDO Abd-el-Krim contestó al cándido requerimiento del Gabinete Maura-Cierva-Berenguer, poniendo sitio a los Peñones, quiso de nuevo intentar un golpe de mano en la región de Yebala y envió a ella a su pariente el Bulajía, anunciando grandes empresas favorables a la causa común de los mahometanos, y requiriendo concurso armado para el momento de realizar una acción combinada en las diversas regiones. La gestión, muy laboriosa, fué reforzada por la influencia del Raisuni, y dió por resultado la organización de una jarca, para la cual cada una de las nueve cabilas gomaris dió cien hombres, enviando rehenes al jefe rifeño para asegurarle contra el peligro de una defección.

Desde que la empresa del Jatabi fracasó en Magán, dábase por seguro que la acción de Castro Girona nos proporcionaria pronto el éxito de la pacificación de ese extenso y fértil territorio, permitiendo a la vez el avance sin enemigo hasta

el límite de la cabila, o sea su contacto con la de Bocoya. Tan optimistas planes se basaban en fundamentos lógicos, porque concurrían las circunstancias de que el castigo había sido duro, de que Magán resistió heroicamente, a pesar de sus pésimas condiciones de emplazamiento, y de que los naturales sentían el peso de su alianza con los del Rif, porque habían tenido que soportar la «muna», que sufrir atropellos y, lo que más que todo les duele, que entregarles todas sus acémilas para conducir los heridos a Beni-Urriaguel.

La gestión del coronel Castro empezó, pues, bajo los más felices auspicios; su gran influencia personal sobre los naturales fué tan decisiva por aquel entonces, que apresuró, sin duda, las sumisiones, y que dió por resultado la pacificación verdadera del territorio, a tal punto, que pocos días después de los de lucha llegaba Castro Girona a uno de los zocos más concurridos del interior, sin otra fuerza que una reducida escolta, y se le acogía con cariñoso respeto, entre protestas de sumisión. Se ha dicho que por aquel entonces el héroe de Chauen propuso al Mando una expedición semipacífica para ocupar posiciones en la costa, lo que sin duda era a la sazón cosa hacedera; y como el intento parece lógico, sería deseable que se supiese si lo hubo o no, y, caso afirmativo, por qué no se llevó a cabo.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que desaprovechamos tan excelentes circunstancias,

y que volvimos de nuevo a aquellas en que se agredía a Tiguisa y se sitiaba a Magán.

La explicación es clara.

El moro, que no obedece más que a la superioridad de la fuerza, no puede comprender que deje de sacarse partido de las ocasiones favorables por aquella misma creadas; y así como la mujer desprecia a quien es tímido en la ocasión propicia, el moro vencido reacciona si no se le somete en el momento oportuno a la condición de dominado. Cayó en Cáseras, y como su derrota no tuvo las naturales consecuencias, y, por el contrario, vió que en el Ajmás cambiaba un tanto el juego, él también experimentó las consecuencias del cambio, y se le puso en condiciones de ceder a la nueva influencia de Abd-el-Krim, robustecida por las audacias lamentables de Alhucemas y del Peñón de los Vélez.

Ese es el desdichado fruto de una política de errores continuados, monstruosa amalgama de energías derrochadas a destiempo y de diplomacias torpes y candorosas.

Para dar clara idea de la importancia de esa tercera intentona y de cuanto en ella ocurrió, empezaré por afirmar:

Que se pretendía dar un golpe de mano sobre Chauen, tomar la posición llave del territorio y aislar las ocupadas en la funesta campaña de enero.

Que la actuación inteligente del capitán de la

Policía de Chauen, Sr. Castelló, y del Bacha, privó a los jarqueños de la colaboración que aguardaban en el interior de la ciudad.

Que la resistencia de Miskrel-la y el esfuerzo de la columna Saliquet han proporcionado a España un éxito efectivo sobre el moro; y

Que a causa de la desorganización, de la incertidumbre en que se vive y del monopolio de atribuciones, que priva a los segundos de toda iniciativa, no se pudo aprovechar la ocasión para perseguir a los derrotados en su retirada forzosa, para destrozar los restos de la jarca, ni para recuperar el cañón que les sirvió para hostilizarnos, y que... ¡sigue emplazado frente a Miskrel-la!

Ocurrió el hecho el jueves 13 de abril. Desde pocos días antes, la Policía y el Bacha de Chauen notaron que entraban gentes desconocidas, que se quedaban en la población, y que ni trabajaban ni intentaban comercio alguno. Se hizo una leva de sospechosos, prendiéndose a más de trescientos; y el ataque de la jarca probó luego que se contaba con su concurso para aprovechar la ocasión en que de Chauen saliesen fuerzas, a fin de repetir el caso de Fez.

Llegué a Chauen a primera hora del día siguiente al de la intentona. Fuí acto seguido a Miskrel-la, y el capitán Loño, jefe de la posición, me hizo el siguiente relato:

«—Teníamos — dijo — la vigilancia montada como siempre, y por eso, a pesar de la astucia

con que había sido fraguado el plan, encontró el enemigo una resistencia invencible desde el primer momento. Aquí no podía haber sorpresa.

»Eran las cuatro de la madrugada. Sonó un cañonazo, y, como si fuese señal convenida, un minuto después rodeaban la posición centenares de moros, avanzando hacia las alambradas con feroz griterío.

»La gente ocupó sus puestos en el acto y a la voz de fuego disparó, con tanta eficacia, que el enemigo se retiró en desorden, cazándolo entonces nosotros como si fuesen conejos.

»El cañón colocó algún proyectil en el recinto, sin que los ánimos decayesen por ello; y, rehechos los moros, atacaron nuevamente, se retiraron otra vez, volvieron a atacar con más furia, si cabe, y estuvieron en las alambradas pugnando por abrirse paso, sin conseguir otra cosa que dejar en ellas mucha gente, para retirarse en definitiva a tomar posiciones en las alturas.

»Eso había empezado a las cuatro de la mañana, como digo, y tuvimos fuego hasta después de las dos de la tarde.

»Hablar del comportamiento de la gente es inútil, porque basta decir que no flaqueó nadie; se cumplió con el deber y nada más.

»Detalles, podría citarlos en abundancia; pero algunos, sólo, darán idea de la realidad. El teniente de Artillería D. Fernando Pérez Fajardo, que mandaba las cuatro piezas de la posición,

será propuesto para la laureada, porque habiéndose quedado casi sin sirvientes y arrostrando el fuego que entraba por las grandes troneras, cargó, apuntó y disparó él mismo (se tiraba a cero), y ordenó a los soldados que le quedaban que cogiesen fusiles y se fueran al parapeto. No se comprende cómo no lo acribillaron.

»Los tenientes de ametralladoras Fausti y De Miguel, ambos heridos, lo fueron cuando se esforzaban por poner las máquinas en condiciones, en el mismo puesto de la torreta en que estaban emplazadas. Son ametralladoras Coll, que a los primeros disparos dejaron de funcionar, y entonces los tenientes ocuparon el lugar de los apuntadores y trataron inútilmente de reanudar el fuego, hasta que los dos quedaron fuera de combate. Si hubieran tenido otras máquinas, la mortandad enemiga habría sido mucho mayor, porque hubo blanco para hartarse.

»Así y todo, alrededor de la posición han quedado muy cerca de cien cadáveres, con armas muchos de ellos. Hoy enterramos más de cuarenta; he mandado nueve a Chauen para que los identifiquen, porque se supone que fueran gentes de importancia; y ahí, en un barranco, quedan bastantes, que no he mandado enterrar porque «paquean» ese sitio y no debo exponer vidas inútilmente.

»La noche ha transcurrido tranquila; hemos cañoneado hoy el aduar de Miskrel-la, de donde

ahora vienen con bandera blanca y con el eterno cuento de que los obligaron a hacer armas; y, aparte el «paqueo», que es cosa corriente, esto está tranquilo en general. Sobre todo, la posición no corre peligro alguno y el enemigo debe haber quedado quebrantadísimo, con más de doscientas bajas porque ayer se le vió retirar muchas, y ha dejado cien muertcs en nuestro poder.»

Así habló el defensor de Miskrel-la. Sería ocioso intentar hacer mejor el relato de la jornada, porque es imposible llegar a grado más alto de sobriedad y de elocuencia.

Los oficiales que formaban la guarnición de Miskrel-la son:

Capitán D. Luis Loño, de la cuarta compañía del batallón expedicionario de Murcia.

Tenientes D. José Jiménez Sandoval y D. Guillermo Rivas.

Alférez D. José Malasechevarría.

Tenientes de ametralladoras D. Jorge Fausti y D. Guillermo de Miguel.

Teniente de Artillería D. Fernando Pérez Fajardo.

Al ser heridos los tenientes de ametralladoras se encargó de ese servicio el teniente de Regulares de Ceuta D. César Guillén, que montó dos máquinas Hockings, y quedó con ellas en el fuerte, donde prestó en el resto de la jornada excelentes servicios.

La guarnición la formaban 80 soldados del ba-

tallón de Murcia, cuotas en su mayoría, y de las regiones gallega y valenciana.

Miskrel-la debía ser conservada tal y como quedó después del fracasado ataque, del mismo modo que se conservan los grandes monumentos artísticos, para enseñanza de todos aquellos a quienes sus aficiones lleven a esa clase de estudios y para gloria del Ejército de la nación. Una línea exterior de defensas mantendría el valor estratégico de la posición llave de Chauen, y en el centro alzaríase, siempre gallarda, la ciudadela, ostentando en uno de sus acribillados murallones la inscripción, en letras de oro, del nombre de quienes los defendieron y los salvaron.

Sólo viéndolo se comprende cuál fué de violento el ataque, y cómo ha sido digna de admiración la defensa. Los muros del parapeto, de piedra, adobes y sacos terreros, tienen los impactos por millares. En uno se advierte la brecha del primer proyectil de cañón que disparó el enemigo; hay trozos de adobe materialmente pulverizados; y hay sacos casi deshechos, que dejan en libertad absoluta la tierra que aprisionaron.

Pero si en el parapeto hay a miles esos admirables testimonios de la violencia de la acometida, en las barracas del interior es donde de modo más gráfico aún se aprecian los rigores de la situación que nuestros soldados soportaron. Baste decir que desde la altura del suelo no quedó trozo alguno de edificación que no esté atravesa-

do por las balas, en espacios de centímetros. Las maderas de un pabellón central, residencia de los oficiales, están perforadas como cribas, y el techo, de zinc ondulado, tiene docenas de airosas desgarraduras, que dejan entrar a raudales la luz zenital. Una guerrera colgada en la percha tiene 26 pequeños orificios, correspondientes a 13 grandes balazos, y un pijama de seda parecía haber servido de pabellón de la nave capitana en el combate de Trafalgar. En las camas, en las mesas, en todo cuanto allí había, se ven los desgarrones o los astillazos hechos por el plomo enemigo. Sobre Miskrel-la cayó, en realidad, una lluvia de fuego.

Realizada la visita a la posición, hube de informarme de cuanto hizo la columna de socorro, mandada por el coronel Saliquet. Uno de los que de ella formaron parte me hizo el siguiente relato:

«En Chauen había mucha zozobra desde que noches pasadas fueron asesinados tres españoles en su propia casa, crimen que hasta ahora está absolutamente impune.

Aumentó los temores de inseguridad el hecho de las prisiones de sospechosos, felizmente llevadas a cabo desde hace pocos días. Sin ellas, es seguro que aquí hubiera tenido inmediata repercusión el ataque a Miskrel-la.

A las cuatro de la madrugada se oyó el estampido de un cañonazo, y poco después vivo fue-

go de fusilería, que se generalizó muy pronto.

Avisaron del fuerte atacado que tenían mucho enemigo ante las alambradas y que esperaban resistirlo a todo trance.

La comunicación quedó interrumpida en ese momento: el teléfono estaba cortado.

Adoptó sin demora el coronel Saliquet, jefe de la plaza, las disposiciones necesarias, y comunicó a Tetuán lo que ocurría, diciendo al propio tiempo que salía con una columna.

En el campamento se dispusieron las fuerzas a salir tan pronto como se oyeron los primeros tiros. Así, cuando Saliquet avisó a los Regulares, le contestaba el bravo comandante Garrido que ya estaban formando, y un minuto después emprendían la marcha.

Estaba constituída la columna en la forma siguiente:

Tabor de Regulares de Ceuta, al mando del comandante Garrido.

Cuatro compañías de Arapiles y una de ametralladoras, mandadas por el comandante Ochoa.

Policía, con el capitán Castelló.

Jarca amiga.

Una batería de montaña, con el capitán Quílez.

Una compañía del Tercio, mandada por el capitán Silva.

Ambulancias.

Emprendióse el avance por el camino del blocao, y muy pronto se estuvo en contacto con

el enemigo, que hacía un fuego formidable.

Los Regulares desplegaron inmediatamente, y con espíritu que supera a la mayor ponderación, atacaron, decididos a hacer que el plan enemigo fracasara. Cayó mortalmente herido su comandante, el bravo Garrido; y le sucedió en el mando el capitán Peñalosa, que los sostuvo, siempre animosos, durante el resto de la jornada.

Saliquet, en primera línea, ordenaba impávido, ante una fusilería espantosa, a la que se agregaban frecuentemente los disparos de cañón. Cayeron entre nosotros varias granadas, de las que sólo explotaron algunas; y debe hacerse notar que el soldado las veía impasible, sin darles importancia alguna.

Fué muy penosa la primera parte de la jornada. El enemigo había ocupado posiciones excelentes, dominando todos los senderos que conducen a Miskrel-la; a tal punto, que en las alturas del Magó había gentes sin armas que nos hostilizaban dejando rodar pedruscos de los que allí tanto abundan.

Eso no obstante, la resistencia iba siendo vencida, aun cuando había que avanzar palmo a palmo, sosteniendo lucha por la posesión de cada risco.

Era mediado el día cuando se estableció el contacto con Mískrel-la.

Sus defensores, que se habían batido heroicamente, y que a su vez contribuyeron con la resis-

tencia a restar enemigo el avance de la columna, tuvieron entonces el primer momento de relativo descanso, bajo el fuego aún, que barría el fuerte, pero con la satisfacción de ver coronada por el éxito su obra de titanes. Miskrel-la, Chauen, la línea de posiciones extremas, todo eso y algo más estaba ya en salvo.

El blocao Miskrel-la 1 estaba guarnecido por quince Legionarios, que mandaba el cabo Isidoro Gallego.

Por la situación de ese blocao, en el paso forzoso entre la posición principal y las faldas del Magó, su dominio era de gran importancia a los fines que la jarca perseguía, y por ello, desde los primeros instantes, a la vez que atacaban aquélla, quisieron hacerse dueños del punto intermedio.

Pero no habían calculado hallar allí la resistencia que tuvieron. Dado lo exiguo de la guarnición, lo rudo del ataque y su simultaneidad, imaginaron que el dominio del blocao sería cosa de momentos; y no sólo no lograron realizar el propósito, sino que el solo hecho de intentarlo les costó una buena parte de las bajas que han sufrido.

El cabo Gallego organizó la defensa, y siguió dirigiéndola a pesar de haber sido herido; y la gente rivalizó en tranquilidad y en bravura, disparando siempre sobre blanco visto, y pensando en todo menos en rendirse o en retirarse del puesto de honor que se les había confiado.

Así transcurrieron varias horas. En los alrededores del blocao veíanse cadáveres de jarqueños a racimos; el fuego no cesaba, y el esfuerzo enemigo era cada vez mayor, igual que la ansiedad de cuantos desde nuestro campo observaban el grandioso espectáculo, temiendo que llegase un instante en que, por agotamiento o porque no quedaran defensores, cayera la posición.

De súbito cesó en ella el fuego. ¿Habían sucumbido los Legionarios? ¿Los habían hecho prisioneros? ¿Estaba perdido el blocao?

El coronel dispuso que, sin pérdida de tiempo, avanzase una compañía, para averiguar lo que ocurriese y para recuperar la posición, caso de que estuviera perdida. Correspondió esta misión, tan difícil como honrosa, a los Regulares de Ceuta, y fué encargado de ella el teniente D. Sabas Navarro, el cual salió a cumplirla en unión del teniente Sr. Alférez y de ochenta hombres más.

Marchó aquel puñado de valientes, entre la ansiedad general de sus compañeros, y avanzó sin vacilación por lugares enfilados, salvándose milagrosamente la mayoría. A cien metros del blocao, el teniente Navarro se adelantó con diez hombres, a pecho descubierto siempre, y se detuvo luego, preguntando a voces a los Legionarios qué les ocurría.

Izaron una guerrera los requeridos, y dijeron que se acercase quien les buscara; pero como en Melilla habían empleado muchas veces los mo-

ros el ardid de fingirse amigos y recibir a balazos a las tropas de socorro, el teniente situó a sus soldados y avanzó solo, hasta ponerse al habla con aquellos incógnitos.

Por fortuna eran los nuestros.

—¿Qué os pasa? ¿Por qué no hacíais fuego?

—Mi teniente—le contestó el cabo Gallego—, nos quedan nada más que dos cajas de municiones, y como no sabíamos si habría socorro, las reservábamos para la noche, porque el ataque era seguro.

—¿Tiene usted bajas?

—Yo estoy herido; tengo un muerto, cinco heridos, y todos los demás están contusos.

—¡Muy bien por los legionarios! ¡Son ustedes unos valientes!

—Hemos cumplido, mi teniente; y ahí quedan en el campo las pruebas.

En efecto, alrededor de la posición había más de treinta cadáveres, que el enemigo no intentaba retirar.

Y debe advertirse que la conversación se sostenía bajo el fuego de la jarca.

Se relevó a los bravos defensores del blocao, quedó éste provisto de municiones, y regresaron auxiliados y auxiliadores, acogiéndoseles en la columna con la admiración y con el entusiasmo que tenían tan merecidos.

Duró el fuego hasta las dos de la tarde, hora en que los jarqueños se decidieron a abandonar

el campo, sin detenerse siquiera a recoger sus cadáveres ni la mayoría de los armamentos. Estaban batidos de veras, y no hubiese sido difícil aniquilarlos si se les hubiera imitado en el procedimiento que emplean cuando su enemigo tiene que retirarse de esa guisa.

La columna, ciñéndose a las instrucciones que habría recibido, se limitó a auxiliar a las posiciones atacadas y a dejar libre el camino entre ellas y la ciudad.»

Así fué la jornada de Miskrel-la. Un enemigo envalentonado, pleno de fanatismo y ansioso de dar el golpe de gracia a estilo Annual, dispuso la acción combinada para apoderarse del fuerte, promover el levantamiento de Chauen, incomunicar las posiciones extremas y dar así origen al derrumbamiento de lo que a tanta costa pudo medio edificarse. Con gallardía muy semejante al suicidio emprendió el ataque y se internó en nuestro campo hasta las puertas mismas de la ciudad codiciada. Con heroísmo que supera a toda ponderación, los bravos de Murcia, al mando de Loño, y los admirables legionarios del cabo Gallego rechazaron las reiteradas acometidas e hicieron un escarmiento ejemplar en los asaltantes mientras la columna Saliquet, con denuedo también insuperable, limpiaba el campo de jarqueños, llegaba a las posiciones atacadas y restablecía el contacto, que ha mantenido la integridad de la ocupación.

Hasta aquí el capítulo de elogios. España debe gratitud a esos valientes, porque sin su ejemplar conducta es seguro que estaríamos ahora por esas tierras al mismo nivel que en Melilla se estuvo en julio de 1921. Pero...

La jarca se retiró en desorden, con tal cantidad de pánico, que no pudo rescatar más de cien de sus muertos, ni siquiera las armas, que en tanta estima tiene el moro. Si se le hubiese perseguido en su retirada, ¿cuántos fugitivos habrían logrado escapar? ¿Qué número de muertos y heridos no hubiese tenido que abandonarnos? ¿Qué suerte habría cabido a los centenares de mujeres y de muchachos que durante la lucha prestaron servicios auxiliares a los combatientes? ¿No estaría ya en nuestro poder el cañón que les sirvió para hostilizarnos y que continúa aún en su emplazamiento?

La victoria nuestra no estribaba solamente en rechazar el ataque, sino que requería la obtención de frutos sazonados, gracias a la conducta de las tropas; y, digan lo que quieran decir (para engañar a la opinión) los servidores del mando, lo cierto es que no hubo batida, ni prisioneros, ni más bajas que combatientes. Se realizó a maravilla la primera parte del drama; pero la segunda, o sea su natural consecuencia, ésa quedó embotellada para mejor ocasión. ¿Por qué?

Porque a causa de la absorción de atribuciones que se padece, no había en aquellos momen-

tos quien pudiera decidirse a arrostrar la responsabilidad de un contratiempo que, si no era probable, no dejaba de ser posible. Hubiese tenido libertad de iniciativa quien tanto la necesitaba entonces, y, sin duda, habría dispuesto que la victoria tuviera sus naturales derivaciones complementarias.

Tales son los frutos del régimen en que se vive, limitado a someterse a las iniciativas del enemigo. El fracaso de la intentona jarqueña nos abría el camino de los poblados que hubieron de favorecerla con su apoyo, y lo menos que debimos hacer fué aprovechar la ocasión favorable para extender nuestras líneas, o siquiera para inculcar en alguna forma a los cabileños la noción de nuestra superioridad.

Pero hay que aguardar [illegible] mejor ocasión, que tal vez se presente antes de lo que fuera de desear, porque el castillo de naipes cada día está más alto.

EN BUSCA DE SOLUCION

HECHA la crítica del régimen en mal hora implantado y sostenido por el general en jefe y Alto Comisario, es deber de quien censura aportar elementos de opinión que puedan servir de apoyo para una labor positiva. Por eso, sin pretensiones de sentar plaza de definidor, pero impulsado por el que considero cumplimiento de un elemental deber, habré de permitirme trazar en algunas líneas el esquema de lo que en Marruecos pudiera ponerse por obra para que la actuación de España no llegue muy pronto a ser insostenible.

«Así no podemos seguir», me dice, en carta que la prudencia impide reproducir íntegra, quien más acreditadas tiene en aquellas regiones sus dotes de militar y de gobernante.

Y agrega:

«Aquí no se ve un plan, ni se hace nada, pues todo se fía al tiempo, y es, por tanto, urgente que sin falta se emprenda el camino rápido y

necesario para llegar a una solución que deje a salvo el honor de España y del Ejército. Después, hay que cambiar radicalmente los procedimientos, trayendo un hombre civil para que los encauce, libre de los prejuicios que tendría si viniera un general, y para que organice definitivamente el Ejército que ha de constituir nuestro Protectorado. Debemos por todos los medios encauzar esto lo más pronto posible, para no dar muestras de la debilidad que demostramos en un problema que es bastante fácil resolver, pues para ello nos sobran elementos. Lo que falta es dirección y organización, empleando personal adecuado, que siempre existe cuando se le quiere buscar. Hay que hacer alto en el camino emprendido, que nos cuesta esfuerzos y elementos en demasía, con grave quebrantamiento de nuestra riqueza, siendo así que con muchísimos menos gastos podría desarrollarse el problema africano, siempre que la dirección fuera más acertada y se encomendase a personas aptas.»

Ahí está la clave de toda solución, en la aptitud de quien haya de encargarse de restaurar las heridas hechas a España por el funesto mando del general Berenguer.

El nuevo Alto Comisario será civil o no será, esto es, o no podrá realizar labor alguna útil. No excluye esto a personalidades que visten el honroso uniforme; lo que sí deja de costas adentro de la Península es el uniforme mismo, porque a

Marruecos no vamos como conquistadores, sino como gobernantes y con criterio de amplitud incompatible con las rigideces de la disciplina.

Es más: un hombre civil afiliado a cualquier partido político tropezaría con dificultades que entorpecerían tal vez su gestión, porque por muy independiente que se estimara, siempre le quedaría un resto de afectividad a los afines y le cercarían los apremios del necesitado de credenciales, del afanoso por emprender empresas mercantiles, del que simplemente se limitara a pretender servirle de guía en su peregrinación protectora...

En cambio, un militar a la europea, a lo Lyautey, que sintiese en su alma la realidad del problema, se adueñaría fácilmente del afecto de los notables y sabría en los momentos en que la acción guerrera fuese insustituible dirigir con mesura enérgica el empleo de los contingentes por él mismo organizados.

En la zona española del protectorado marroquí no hace falta un general en jefe, sino un alto comisario, pleno de poder, consciente de su responsabilidad y dotado de condiciones excepcionales, como las de dominar el idioma del país, conocer la psicología del moro y, principalmente, disfrutar de indiscutible prestigio ante él. Ese hombre existe; lo tiene el Gobierno a la vista; lo tiene el país reconocido como una de sus glorias más preciadas; y, sin embargo, se adoptará

cualquier resolución, y el Pacificador, el Dominador, el Indiscutible continuará en su puesto de lucha, trabajando, sí, con fruto en favor del interés de España, pero sin dar a la nación (porque ésta no sabe utilizarle) todo el beneficio que de sus méritos insuperados puede y debe obtenerse.

Castro Girona es respetado por los naturales; honra al Ejército, que le considera como una de sus glorias más legítimas; domina el idioma, conoce las costumbres, ha estudiado al moro y ha conseguido infundirle la convicción de su indiscutible superioridad; tiene en su abono, además, la historia de sus fructuosas actuaciones, ahora más que nunca apreciadas en la región gomari. Si a la aureola que él se ganó con su esfuerzo se uniera el brillo de una más alta posición oficial, el beneficio sería inmediato, y lo cosecharía, no él, sino España, ahorrándose hombres, dinero y muchas contrariedades.

No se pensará siquiera en nombrarle, porque estamos en el país de la rutina y de los convencionalismos; pero, valga por lo que valiere, allá va la propuesta, y conste que con un alto comisario de esas cualidades, con varios jefes de zona que actúen cuando sea absolutamente preciso, y con unas guarniciones más respetables por su educación militar y por los elementos de que dispongan que por su efectivo numérico, los resultados dirían muy pronto que, si ahora se está

perdiendo el tiempo, es única y exclusivamente por culpa del régimen que a todo trance se trata de sostener.

«Dominar al que domina» ha de ser el lema de nuestra acción protectora en Marruecos, y para conseguir el afecto de los naturales prestigiosos es necesario un Mando que les inspire garantías máximas y que a la vez las tenga en la opinión española, la cual, por fortuna, empieza ya a convalecer del criterio revanchista que se impuso al surgir el desastre, porque si bien es cierto que con un plan militar diáfano, con independencia y responsabilidad en el mando y con provisión abundante de elementos a la moderna, se llegaría al cabo a realizar la obra de conquista, eso tiene el grave inconveniente de que establecería el protectorado a base de enormes guarniciones permanentes para sostenerlo, y sería más costoso en sangre y en recursos que una política sabia y decididamente colonizadora, que inspirase confianza a los notables de las cabilas, y que, en caso preciso, contara con el apoyo eficaz de la fuerza armada.

Ya hemos visto cómo resultan estériles los esfuerzos que la nación prodiga desde julio último, y cómo la guerra se hace crónica, con grave riesgo de total ruina para la economía nacional.

¿No le dicen nada a los hombres de gobierno las enseñanzas que de la zona misma hemos recibido? ¿No se recuerda cómo posiciones que

hubiesen costado muchísima sangre (el Fondak, por ejemplo), se ocuparon sin disparar un tiro y han sido base de otras empresas que nos llevaron a pacificar extensos territorios?...

Sin que el prestigio de nuestro Ejército padezca, porque él pone en la balanza cuanto sacrificio se le pide, hay que reconocer que la labor diplomática de algunos jefes militares ha rendido el 90 por 100 de los éxitos que en nuestro haber figuran. Marina y Jordana obtuvieron sus mayores triunfos cuando se lanzaron a negociar plenos de poderes con el enemigo. Silvestre pasa a la Historia bajo la pesadumbre de su desgraciada acción guerrera, y le abonan, en cambio, los éxitos de la zona occidental y aun las ocupaciones negociadas, que le permitieron dominar el Mauro y otras posiciones; y Chauen se tomó sin bajas merced a la audaz marcha de Castro, que sorprendió al enemigo desde las alturas de El Kala, cuando se disponía a impedir el avance de Berenguer. Eso nos dice el somero estudio de la realidad; y, en cambio, si volviésemos la hoja..., ¡cuánta desdicha hallaríamos a cada paso!

Ha de ser la nuestra una acción exclusivamente política; pero no debe olvidarse que para poder llegar a ella hemos de empezar por reconquistar el prestigio que en muchas empresas desdichadas perdimos ante los naturales, porque en las actuales circunstancias, al iniciar las negocia-

ciones, trataríamos, por lo menos, de igual a igual, y para eso... sobra el protectorado, porque, ¿quién protege?

Ahora bien: ¿cómo habría de ser la acción guerrera para que, en el menor espacio de tiempo posible y con el mínimum de sacrificio, nos llevase al fin deseado?

Tenemos en la experiencia la fuente principal de enseñanzas; y nos dice, ante todo, que si los sistemas hasta ahora empleados sólo han conducido a esterilizar el esfuerzo enorme de la nación, lo menos que debe hacerse es rectificarlos en absoluto y proceder como si al principio de obra nos hallásemos.

Demuestra la realidad que no es acumulando hombres como se aniquila el impulso enemigo, sino empleando fuerzas instruídas *ad hoc*, que sigan la misma táctica moruna. Contingentes escasos en número, de gran movilidad, de sólida instrucción, de moral levantada, conocedores del terreno y convencidos de que es más útil que alardear de valentía peleando a pecho descubierto, ocultarse cuanto se pueda, y algo más, para causar bajas con el menor riesgo posible.

El máximo error de los directores de la campaña estriba en que aplican a una guerra de guerrillas, de emboscadas y de sorpresas, los procedimientos adecuados a la lucha en campo abierto o en terrenos montañosos contra fuerzas organizadas y disciplinadas. Se forman nuestras

columnas como si saliesen a maniobras; se acumulan regimientos que han de marchar por lugares en que no hay caminos; se acampa en sitios donde no existen medios de subsistencia, empezando por el agua; se multiplica la impedimenta, a pesar de que así y todo falta mucho de lo imprescindible para que el soldado no sufra privaciones de las que abaten, y se hace preciso sostener líneas de comunicación y aprovisionamiento para convoyes diarios, que nos cuestan crecido número de bajas y que no siempre llegan íntegros a su destino, porque aun no siendo hostilizados, se pierden muchas acémilas, despeñadas o muertas por el exceso de fatiga.

Si después de sufrir tales rigores se pudiese tener la seguridad de hallarse frente a un enemigo que, derrotado, dejase el campo libre, por bueno se debiera dar todo el esfuerzo; pero resulta, y el Mando lo debe saber por experiencia, que jamás conseguimos el contacto con núcleos numerosos, y que se lucha con pequeñas partidas móviles, que eligen lugar adecuado para hostilizarnos y que huyen luego, al amparo de los accidentes del terreno, para volver a empezar en cualquier otro sitio, haciendo la guerra inacabable.

Empleamos la artillería de grueso calibre contra grupos dispersos y contra chozas también diseminadas, y, en cambio, falta Caballería—y a la poca que hay se le suele tener en pasividad in-

concebible—; no sobra artillería de montaña; se necesitan más ametralladoras, y no se sabe nada de los modernos fusiles de repetición, de los lanzabombas, de los lanzallamas, de los gases y de todos los demás elementos que la ciencia ha proporcionado al genio militar para impedir la cronicidad de las guerras, y que en la de Marruecos impondrían la sumisión inmediata de los que apreciasen una sola vez sus efectos destructores.

Enviar al campo fuertes columnas con miles y miles de hombres, equivale a ofrecer más y más blanco al enemigo, más contingente a las enfermerías y más dificultades al aprovisionamiento. En cambio, si un día saliesen veinte columnas de a 500 hombres, y simultáneamente operasen contra determinados objetivos, se adelantaría más en la obra de pacificación que utilizando durante un mes una sola columna integrada por el total de aquéllas. El moro nos dice cuál debe ser el sistema, y debemos aprovechar lección tan reiterada.

Por eso siempre dije, y repetiré hasta que el éxito demuestre lo contrario, que en Marruecos sobran cien mil hombres y falta una organización que sepa sacar partido de los muchos elementos útiles que en ese ejército existen. Con ellos y con material eficiente, la guerrra cambiaría en absoluto de aspecto.

Resta, para concluir este ligero estudio de la

situación militar, hacer algunas consideraciones sobre la acción continua, que es todo lo contrario del sistema en vigor.

Se atribuye al general Lyautey el propósito de rectificar radicalmente su plan de campaña, en el sentido de emprender las operaciones a base de no interrumpirlas un solo momento hasta haber logrado la sumisión absoluta de las cabilas contra las cuales se hiciesen.

En la zona francesa se organizaban las columnas, salían al campo y actuaban durante la jornada, replegándose luego a posiciones para volver a empezar, y así sucesivamente. El sistema, copiado por nosotros al pie de la letra, resulta desastroso en la práctica, porque permite al enemigo hostilizar los repliegues, rehacer sus quebrantos y situarse en lugares estratégicos, aprovechando la enseñanza adquirida durante cada encuentro y conociendo por experiencia la cuantía y el estado de las fuerzas con que ha de volver a luchar.

Lyautey rectifica su procedimiento, si los informes de la Prensa de su nación no pecan de inexactos; pero varíe o no él sus planes militares, nosotros estamos en el caso de cesar en la imitación de los que empleaba, siguiendo una línea de conducta que se amolde a la realidad de esta campaña, y que, por consiguiente, nos evite los contratiempos, las demoras y las ineficacias que de continuo lamentamos.

Con una candidez angélica se disponen las operaciones a bombo y platillo, se acumulan elementos en los lugares que se conceptúa adecuados, se hace la concentración de fuerzas y se inicia en su día la acción sobre objetivo que, por lo general, el enemigo no desconoce, porque se lo indicaron previamente las exploraciones ofensivas de la aviación y los anuncios, no sigilados, que en el campo y en la plaza circularon de boca en boca. El moro, que tiene acceso libre a los zocos, ve lo que se prepara, conversa con sus informadores naturales y vuelve a la cabila enterado de lo que esencialmente le interesa: lugar donde ha de operarse, fuerzas preparadas para intervenir y quizás hasta el tiempo de duración de las operaciones, calculado por la cantidad de provisiones que se transporta. Más adelante, el hecho de la concentración confirma sus cálculos, y, seguro ya que ha de ser agredido, prepara la defensa y requiere el auxilio de las demás cabilas insumisas, que por el momento no están directamente amenazadas. Si hubiera simultaneidad de ofensivas, esas acumulaciones de enemigo serían imposibles; pero como se opera por sectores aislados, siempre tenemos enfrente el mayor conjunto posible de fuerzas adversarias.

Con ser muy lamentable el error en lo que a la preparación afecta, mucho más lo es en cuanto se refiere a la ejecución material de los planes. Operamos por entregas, avanzando a costa

de sacrificios heroicos, de los que jamás se obtiene el rendimiento total apetecible. Nuestras columnas salen, muy alto el sol, por regla general; avanzan y se repliegan, dejando en el menor número de casos alguna fuerza establecida en el territorio recorrido. Se opera un día o dos en esa forma, y se da descanso indefinidamente, para volver a empezar al cabo del tiempo, en rueda sin fin, que agota la paciencia y las posibilidades de la nación.

El resultado está a la vista. Hay que recorrer más de una vez, en lucha, lo que se debió dejar pacificado al primer intento; de cada centenar de bajas sufridas, dos terceras partes corresponden a los repliegues; y si bien es cierto que el descanso repara las fuerzas del soldado (que podría tener relevo), también es evidente que permite rehacerse al enemigo, el cual se agotaría al luchar incesantemente, porque carece de elementos de reserva.

Pecará de simplista el procedimiento, y quizás no esté acorde con los imperativos del arte militar; pero el sentido común dice al profano que, si se operase simultáneamente contra las diversas cabilas en armas, serían imposibles las concentraciones de todas ellas en un solo sector de lucha; y también señala el hecho de que, merced a las interrupciones de la acción guerrera, puede el enemigo librarse del agotamiento, porque le permiten rehacerse, recuperar posiciones aban-

donadas por nosotros, rectificar los planes y organizar nuevas resistencias.

Nuestras columnas necesitan descanso, para que puedan atacar después con nuevos bríos; pero, aparte de que los repliegues son inútil derroche de energías, hay que tener en cuenta que para algo superamos en número al enemigo, y ese exceso de hombres permite renovar contingentes en plazos cortos, de tal manera, que siempre haya tropas de refresco en primera línea. En la gran guerra, cada semana eran relevadas las fuerzas de extrema vanguardia. Allí, si avánzasemos sobre seguro, en forma tal que ocupación equivalga a dominio absoluto del territorio recorrido, porque no se dejen atrás contingentes indígenas con armas, el relevo semanal de combatientes sería sencillo y nos permitiría ejercer una acción continua, de resultado eficaz en plazo breve.

Operaciones aisladas, con repliegues diarios y con descansos fijos, representan la prolongación indefinida de la guerra, el agotamiento de las energías propias y el resurgir de las enemigas.

Este régimen (que Burguete pudiera realizar a maravilla) sería transitorio, sin durar un minuto más del tiempo indispensable para que recobrásemos el prestigio que corresponde a quien ha de ejercer una acción protectora. Después, tan pronto como ese fin quedase obtenido, el programa español sería:

Desarme general de cabilas.

Organización de la Policía indígena al servicio de los caídes, con residencia en los aduares y con servicio permanente en el campo.

Supresión absoluta de las pequeñas posiciones.

Formación de Mehallas jalifianas, con instructores españoles, que recorriesen el territorio para apoyar a los representantes del Gobierno magzeniano.

Sostenimiento de grandes centros militares, en sitios estratégicos, guarnecidos por columnas de voluntarios españoles, en aptitud siempre para apoyar a las fuerzas jalifianas.

Y sobre esas bases...

¡¡¡PROTECTORADO!!!

POR QUE CAEN LOS IMPERIOS

PARA el gobierno de las cabilas no se elegía a los mejores, a los más capacitados, a los más íntegros.

»Se designaba a los de las camarillas, a los que ofrecían mayor participación en el botín.

»Se les daba una patente de corso.

»Y caían sobre el país entregado a su gobierno como cae la tormenta sobre el sembrado. Todo lo arrasaban.

»No había ley. El capricho y la codicia eran la base del derecho.

»Por un puñado de monedas se conseguía todo lo ambicionado.

»El sultán era bueno; pero vivía fuera de la realidad.

»Le engañaban aquellos en quienes depositó por entero su confianza.

»Y ésos vendían sus bienes.

»Vendían los cargos.

»Vendían la influencia.

»Vendían la justicia.

»Y lo vendieron a él mismo.

»Y perdimos el imperio de Marruecos, porque lo que en él ha quedado de la soberanía de los sultanes es una ficción.»

Pausadamente, con voz que parecía sollozo, el gran señor tangerino que me recibía en su morada suntuosa, dejó caer esas afirmaciones a modo de versículos coránicos y quedó cabizbajo, meditabundo, en lucha de recuerdos imborrables clavados para siempre en su corazón.

Respeté su dolor, rindiéndole el tributo del silencio, y al cabo de la tregua, él prosiguió y dijo:

«—No sé cómo estaréis gobernados en España.

»El ejemplo de nuestro desastre no os ha aprovechado.

»Allí habrá gentes mejores que algunas de las que aquí vinieron.

»Atendéis más a los apellidos y a los títulos que al saber y a la integridad.

»¡Qué de cosas podría contarte!

»A unos los colmáis de honores que quizás no merecieron, mientras que a otros, acreedores a la recompensa de la nación, los abandonasteis en vida, como después a sus viudas y a sus hijos.

»Mira un caso en que yo intervine:

»Hubo en Marruecos un cónsul español que durante más de veinte años sirvió a su patria con fidelidad.

»Era incorruptible, infatigable en el trabajo, inteligente y entusiasta para defendernos. ¡Cómo sería que yo lo admiraba y lo elogio, a pesar de que era cristiano!

»Murió el pobre, y su mujer y su hijo quedaron a perecer de hambre.

»Yo fuí a Madrid y visité a Romanones, que era ministro de Estado, para pedirle que pusieran una pensión a esa familia.

»Me dijo que me quería mucho y que atendería mi ruego; pero otro día me contestó que aquel señor no tenía derecho.

»Yo le dije:—Si hubiera tenido derecho nada te pediría yo; vengo a hacer un acto de justicia moral, y si no me atiendes no volveré a pedirte cosas, porque serás de los que quieren con la palabra, y no con el corazón. Además, en día de lluvia, ¿qué es una gota de agua?

»Fuí atendido, y los dos estamos contentos de haber hecho bien.

....

»Escribe a tu periódico. Quizás te hagan caso, porque a nosotros, los adictos, que queremos a España mejor que a ninguna otra nación, no nos atienden cuando advertimos lo que nos parece equivocado y peligroso.

»Inglaterra, Francia y otros pueblos envían a los protectorados y a las colonias gentes que parece que son turistas y que no son turistas, sino personas de talento, que, con habilidad, se ente-

ran de lo bueno y de lo malo que hace allí cada uno y lo dicen luego al Gobierno. Yo, aunque los encargados de mis fincas me dicen que no hay novedad, me pongo otras ropas, y vestido de moro pobre voy a ver lo que pasa en cada una para no estar engañado.

»¡Escribe, escribe, escribe a tu periódico!»

No creo que, a modo de epílogo, huelgue la reproducción de ese puñado de consejos en una obra que tiene por finalidad principal contribuir a salvar a España del mal paso en que la han comprometido.

....

INDICE

